



UNIVERSIDAD DE LA DEFENSA

(Ley 27015 12/11/14)

FACULTAD DE DEFENSA NACIONAL

MAESTRÍA EN DEFENSA NACIONAL

(CONEAU Res 615/10)

Geopolítica e integración regional. La UNASUR: estrategia de los países suramericanos

DIRECTORA: Mg. Mariana Altieri

AUTOR: Lic. Elio De Antoni

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Mayo de 2021

Índice

Introducción	4
Marco teórico.....	13
Bases fundacionales de la disciplina: el determinismo geográfico y el posibilismo humano	13
Doctrinas del poder naval y terrestre	17
Estrategia de la contención al poder terrestre y surgimiento de la doctrina de poder aéreo	25
Geopolítica (neo) clásica y geo-estrategia	30
Geopolítica crítica	35
Ocaso y resurrección de la geopolítica	39
Definición del termino.....	46
Estado del arte	54
El pensamiento geopolítico local y su enfoque Estado-céntrico	63
Pensamiento geopolítico brasilero	63
Pensamiento geopolítico argentino	73
Influencia práctica del pensamiento geopolítico	83
Conclusiones preliminares	89
El pensamiento geopolítico local y su enfoque integracionista	93
Geopolíticos integracionistas	93

Conclusiones preliminares	116
El pensamiento geopolítico local y la UNASUR	121
Proceso de conformación de la UNASUR.....	122
América del Sur como espacio regional diferenciado.....	132
Consejo de Defensa Suramericano	136
La UNASUR como plataforma de gestión de crisis.....	143
Autonomía y continentalismo en la UNASUR	155
Conclusión.....	Error! Bookmark not defined.
Anexo.....	168
Bibliografía.....	175

Resumen

Este trabajo de investigación se propone indagar sobre el pensamiento de los principales autores geopolíticos a nivel mundial y regional, con el objetivo general de obtener herramientas teóricas que sean de utilidad para la planificación de la política exterior. En virtud de ello, se hará un repaso de las principales escuelas teóricas de la disciplina desde su surgimiento hasta la actualidad, con especial énfasis en los autores locales. A su vez, como objetivos específicos se propone identificar una línea de pensamiento geopolítico autóctono y reconocer una experiencia histórica donde se puedan ver reflejados aquellos postulados teóricos.

La hipótesis central del trabajo sostiene que la evolución del pensamiento geopolítico local -desde una visión estado-céntrica nacional hacia una mirada integracionista- se puede ver plasmada en el surgimiento y la consolidación de la UNASUR como proyecto de integración regional, en el período que va desde el 2008 al 2013. A lo largo de estas páginas, se intentará demostrar que dicho organismo se nutrió del legado intelectual del *continentalismo*, entendido como una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales, para alcanzar mayores niveles de autonomía en el sistema internacional.

Introducción

En el período denominado “guerra fría” (1945-1991) existían dos polos de poder en pugna que estructuraban el sistema de relaciones internacionales y no había polémicas entre los especialistas a la hora de definir el orden político global. Sin embargo, luego de la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se abrió un profundo debate dentro del ámbito académico para definir las características del sistema internacional, que aún continúa.

Fukuyama (1992) afirma que con la desaparición del socialismo real como alternativa y la implantación en todo el mundo de las democracias occidentales basadas en

el capitalismo de libre mercado, se impuso definitivamente el liderazgo uni-lateral de Estados Unidos. Kagan (2004) sostiene que la superioridad de las fuentes de poder estadounidense y la inexistencia de un proyecto alternativo de poder hacen probable un largo periodo hegemónico, caracterizado como “nuevo siglo americano”. Para Donnelly (2003) el único país con la capacidad coercitiva de imponerse globalmente es Estados Unidos, por lo tanto, hay que institucionalizar la uni-polaridad para que el sistema internacional tenga mayores niveles de estabilidad.

Hoffmann (Barbé, 1995) hace referencia a un multi-centrismo en el que las potencias ejercen como tales en áreas diversas: Rusia en lo militar, Japón y Alemania en lo económico-financiero, China y la India en lo demográfico y Estados Unidos en lo económico-militar. Huntington (1997) sostiene que es improbable un protagonismo único y excluyente de la civilización occidental, porque la globalización generó un doble proceso en oriente: por un lado absorbió las entidades culturales que fueron totalmente asimiladas por la cultura occidental, pero por otro potenció a aquellas que se pudieron adaptar al entorno, como China, India o Japón, que pasaron a ser jugadores globales del sistema internacional. Según su visión, la estructura bipolar de poder de la “guerra fría” dio paso a un modelo “uni-multipolar”, donde una superpotencia que tiene una amplia superioridad militar sobre el resto -Estados Unidos- convive con otros países como Rusia, China o India que son potencias emergentes que desafían su hegemonía política.

Para Zakaria (2009) en el plano político-militar Estados Unidos sigue siendo la única superpotencia, pero en todas las dimensiones restantes –industrial, financiera, educativa, social y cultural- la distribución del poder está cambiando, mudándose fuera del dominio norteamericano. Por lo tanto, estamos ante la emergencia de un mundo de mayor complejidad, no tanto por la decadencia de Estados Unidos, sino por la ascendencia de potencias emergentes como Brasil, Rusia y principalmente China e India. Kegley y Raymond (2004) apuntan que si bien Estados Unidos tiene una capacidad militar que excede ampliamente al resto, su despliegue estratégico global requiere de una capacidad financiera que no tiene, y eso representa una restricción fundamental para su proyección de poder, porque lo convierte en el principal deudor del planeta. Waltz (2005) afirma que así

como las dos guerras mundiales terminaron de modificar un sistema internacional que tenía como eje de poder al continente europeo, en la actualidad se está consolidando un proceso de cambio sustancial porque el centro de gravitación de poder se está trasladando hacia Asia, y así el mundo transita desde la uni-polaridad hacia la multi-polaridad.

Haass (2008) señala que la característica principal de las relaciones internacionales del siglo XXI está siendo la no polaridad, porque no existe el dominio por parte de uno o varios Estados, sino por docenas de actores que tienen y ejercen diversos tipos de poder. Hurrell (2009) sostiene que estamos en un período de re-estructuración de la balanza de poder mundial, donde diversos actores pugnan por promover sus intereses y configurar zonas de influencia regional. Entre estos actores se encuentran Estados nacionales, pero también organizaciones internacionales, corporaciones transnacionales, actores no-estatales de diverso orden y regiones geográficas con un cierto nivel de institucionalización.

Nye (2011) plantea que la distribución de poder actual es tridimensional: en la primera dimensión ubica al poder militar, con Estados Unidos como actor supremo y una configuración claramente unipolar; en la segunda al poder económico, con varios actores relevantes como Estados Unidos, Europa, Japón y China, en una distribución marcadamente multipolar desde fines del siglo pasado; y en la tercer dimensión, donde se despliegan las relaciones transnacionales de actores que trascienden el control estatal, el poder es ampliamente difuso y no se pueden identificar polaridades. Acharya (2018) denomina al sistema internacional actual como un mundo “multiplex”, en el cual múltiples actores que reflejan una diversidad cultural y una distribución desigual de poder relativo compiten en diversos niveles simultáneos.

Como se puede apreciar, existe un profundo debate entre los especialistas sobre la caracterización del sistema internacional en la etapa de “pos-guerra fría”. Sin embargo, a pesar de las divergencias, se puede identificar un punto en común en la mayoría de sus diagnósticos: la difusión del poder en sus distintos niveles. En gran parte, este proceso se explica por el ascenso del área Asia-Pacífico en el plano económico, que comenzó hacia fines del siglo xx con el despegue de los países asiáticos y se consolidó a comienzos del nuevo siglo, con China ejerciendo un marcado rol de liderazgo.

Esta dinámica tuvo un fuerte impacto en la región suramericana. El espectacular auge de la demanda y del precio de las materias primas, motorizado por la creciente industrialización de los países asiáticos— especialmente de China— impulsó un proceso de fuerte crecimiento económico en la mayoría de los países de la región, que experimentaron una mejora notable en cuanto a sus niveles de progreso social. El aumento del empleo, los salarios y la demanda doméstica se combinó con un proceso de creciente inversión y consumo privado, que a su vez fue acompañado por un rol más interventor del Estado, a través del incremento del gasto público en infraestructura y programas sociales y la aplicación de políticas redistributivas que contribuyeron a reducir notablemente la pobreza, generando un proceso considerable de movilidad social ascendente (Comini y Frenkel, 2016).

En ese marco, surgen proyectos de integración regional como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Alianza del Pacífico (AP) o la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). Con diferentes matices y diferencias, estas iniciativas buscaban incrementar la cooperación regional, en línea con las tendencias multi-polares de regionalización de poder que se registraban a nivel global.

Sin embargo, durante la segunda década del siglo XXI comenzaron a darse una serie de cambios que afectaron la dinámica de poder global. La desaceleración económica de las potencias emergentes como Rusia, Brasil y en menor medida China e India, junto con la lenta recuperación de la economía estadounidense luego de la crisis financiera de 2008 expresaron síntomas de reacomodamiento. El ascenso de Donald Trump al poder fue un factor clave en ese sentido, pues se trata del primer presidente de Estados Unidos desde los años treinta que cuestionó abiertamente el internacionalismo liberal a través de una agresiva política de revisión del multilateralismo vigente, y en particular de las normas comerciales en las que se sustenta la globalización, al mismo tiempo que aplicó una política de fuerte proteccionismo para potenciar la recuperación económica (Sanahuja, 2018).

Nuevamente, los efectos en la región se hicieron sentir rápidamente. El fin del ciclo de auge de las materias primas y su correlato con la considerable baja de precios, la

reorientación de la economía china hacia un modelo de crecimiento basado fundamentalmente en el mercado interno, la recuperación productiva de Estados Unidos con su consecuente atracción de capitales, entre otras variables, generaron un nuevo escenario político en la región, que se tradujo en un retorno de los gobiernos liberal-conservadores en varios países de la región, con posiciones favorables a la apertura y estrategias de inserción internacional globalistas. Sin embargo, estas iniciativas se encontraron con fuertes limitaciones externas, ya que las potencias centrales estaban adoptando posturas menos favorables a la apertura, el multilateralismo y la globalización. En consecuencia, los países de la región estuvieron condicionados por un contexto de fuertes restricciones económicas, y varios de ellos recurrieron a un aumento significativo del endeudamiento público que derivó en un ciclo de alta volatilidad financiera y también a recortes en el gasto público que provocaron un descontento social creciente y una mayor inestabilidad política (Comini y Sanahuja, 2018).

En ese contexto, los proyectos de integración regional anteriormente mencionados sufrieron una fuerte parálisis. La UNASUR fue progresivamente vaciada, pues luego de tres años sin cumbres de Jefes y Jefas de Estado y Gobierno y seis meses sin Secretario General por falta de acuerdo entre las partes, la mayoría de los países suspendieron su participación y en la actualidad solo lo integran Venezuela, Surinam y Guyana. Por su parte, proyectos como el ALBA y la CELAC perdieron gravitación política, porque con el declive de Venezuela –sumergida en una grave crisis política, social, económica y humanitaria- y la falta de interés de países importantes como Argentina y Brasil -con gobiernos alineados a Washington- se quedaron sin sus pilares de apoyo principales.

Por otro lado, algunos países buscaron instalar una nueva dinámica regional, con la búsqueda de una articulación comercial entre el Mercosur y la Alianza del Pacífico –que nunca trascendió del plano discursivo- o la firma de un acuerdo entre el Mercosur y la Unión Europea, que si bien registró algunos avances todavía tiene que atravesar un largo proceso de aprobación, que presenta varios obstáculos por la oposición de algunas naciones europeas. Por último, a principios de 2019 se creó el Foro para el Progreso de América del Sur (PROSUR), promovido por un grupo de países mayoritario de la región que

previamente habían coordinado su salida de la UNASUR, cuya actividad se limitó a la realización de dos cumbres presidenciales.

En síntesis, durante este nuevo ciclo político predominó la fragmentación regional, con gobiernos que implementaron una estrategia de inserción internacional individual que desestimaba las herramientas de integración, y priorizaba los vínculos comerciales con las potencias extra-regionales.

Como se puede observar, existe una estrecha relación entre la dinámica global y regional, que se expresa en términos de oportunidades y restricciones para los países que ocupan una posición periférica en el sistema internacional. La falta de una política exterior de largo plazo que se mantenga a pesar de los vaivenes del escenario político internacional es una limitante fundamental para los países suramericanos.

En ese contexto, es indispensable para estos últimos contar con una estrategia de inserción internacional que tienda a controlar la influencia de los procesos externos, y ganar así márgenes de autonomía para modificar progresivamente su estatus dependiente. En términos de Russell y Tokatlian (2013) concebimos esta estrategia como un principio ordenador de la acción externa de los países que permanece constante a pesar de los cambios en el “entorno estratégico”, que se dan tanto en el plano global como regional.

El análisis de las condiciones estructurales -geográficas, históricas y culturales- es fundamental a la hora de trazar una estrategia de inserción internacional estable que pueda sortear las vicisitudes que impone la coyuntura mundial. En ese sentido, el estudio de la geopolítica aparece como una herramienta fundamental para la planificación de la política exterior a largo plazo, porque ofrece un conjunto de elementos teóricos que explican la relación entre poder y espacio a través del tiempo.

Este trabajo de investigación se propone indagar sobre el pensamiento de los principales autores geopolíticos a nivel mundial y regional, con el objetivo general de obtener herramientas teóricas que sean de utilidad en la planificación de la política exterior a largo plazo de los países de la región. En virtud de ello, se hará un repaso de las principales escuelas teóricas de la disciplina desde su surgimiento hasta la actualidad, con especial énfasis en los autores locales.

El trabajo se centrará particularmente en el pensamiento geopolítico elaborado en Argentina y Brasil, con la excepción de un autor uruguayo –Alberto Methol Ferré- cuya obra es crucial para sistematizar los contenidos autóctonos, porque parte de una reflexión que vincula determinadas experiencias históricas de la región con el corpus teórico tradicional de la disciplina. Si bien la meta ulterior es identificar elementos para la construcción de un pensamiento geopolítico que sea de utilidad a todas las naciones suramericanas, se decidió acotar la investigación a estos países por razones de extensión, porque de otra manera no se habría podido hacer un análisis profundo que vincule el desarrollo teórico de los principales autores con el contexto histórico en el que fue elaborado.

Asimismo, el trabajo de investigación tiene dos objetivos específicos: por un lado reconocer una línea de pensamiento geopolítico autóctono, es decir, un conjunto de ideas y conceptos que están lógicamente relacionados y abordan fenómenos determinados bajo una perspectiva en común, y por otro lado, identificar una experiencia histórica donde se puedan ver reflejados aquellos postulados teóricos autóctonos.

El primer capítulo corresponde al marco teórico y recoge los principales aportes disciplinares de la geopolítica desde su surgimiento hasta la actualidad. Allí se hará un análisis de las principales escuelas y pensadores geopolíticos del mundo, marcando también el contexto histórico que los impulsó a elaborar su obra, para finalmente llegar a las definiciones actuales que mejor sintetizan el concepto. Se utilizará un criterio de selección que pondera la importancia de la obra del autor en función de su repercusión en el campo de estudios -es decir, si sus planteos fueron retomados o generaron debates dentro de la disciplina- y también su incidencia en las decisiones tomadas en materia de política exterior.

En el segundo capítulo se hará una exposición del estado del arte, mencionando los trabajos académicos realizados en los últimos años que analizaron los proyectos de integración regional contemporáneos utilizando categorías analíticas provenientes de los estudios geopolíticos.

En el tercer capítulo se hará un análisis de los principales pensadores geopolíticos de Brasil y Argentina, en un período que va desde el surgimiento de la disciplina hasta el fin de la “guerra fría”. El corte temporal se realiza en función de enmarcar el enfoque “Estado-céntrico” característico en los geopolíticos de ambos países, que se corresponde con el contexto histórico de guerras mundiales y luego de enfrentamiento bi-polar entre Estados Unidos y la URSS, donde las relaciones internacionales estaban marcadas por un sesgo fuertemente militarista. Allí se utilizará el mismo criterio de selección que en el capítulo anterior, y se hará una mención a los efectos prácticos que tuvieron los aportes teóricos tanto en el plano doméstico como en el regional.

En el cuarto capítulo se expondrá la obra de los principales pensadores geopolíticos de ambos países en el período de posguerra fría, incluyendo también los aportes del uruguayo Methol Ferré. Allí se verá cómo influyó el cambio de las condiciones históricas en la producción teórica geopolítica, con el fin de la bi-polaridad y la consolidación del sistema democrático y la retirada del poder de las fuerzas armadas en los países de la región. El propósito aquí es identificar una línea de continuidad entre los estudios geopolíticos de ambos períodos, a pesar de los significativos cambios que se dieron en el entorno mundial y regional.

En el quinto capítulo se abordará la vinculación que existe entre el pensamiento geopolítico local y el proceso de conformación y desarrollo de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Allí se resaltarán tres aspectos donde se puede ver reflejado el acervo geopolítico autóctono: la construcción de América del sur como espacio regional diferenciado; la función del Consejo de Defensa Suramericano y el Centro de Estudios Estratégicos de Defensa como organismos encargados de identificar intereses estratégicos comunes; y el rol de la UNASUR como plataforma de gestión de crisis, destacando su eficacia para resolver conflictos internos sin la intervención de potencias extra-regionales.

Finalmente, en el último capítulo se recogerán las principales conclusiones y resultados obtenidos a largo del desarrollo de esta tesis, y se mencionarán los principales aportes obtenidos de cada capítulo y para cada línea de investigación planteada.

Este trabajo de investigación sostiene como hipótesis central que la evolución del pensamiento geopolítico local -desde una visión Estado-céntrica nacional hacia una mirada integracionista- se puede ver plasmada en el surgimiento y la consolidación de la UNASUR como proyecto de integración regional, en el período que va desde el 2008 hasta el 2013. A lo largo de estas páginas, se intentará demostrar que dicho organismo se nutrió del legado intelectual del *continentalismo*, entendido como una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales, para alcanzar mayores niveles de autonomía en el sistema internacional.

Esta tesis de investigación tiene entonces un carácter explicativo, dado que intenta explicar la relación entre el pensamiento geopolítico local con la experiencia de integración que se dio en el marco de la UNASUR. Para su realización se utilizó una perspectiva metodológica cualitativa, ya que los datos y el conocimiento sobre el tema a investigar se obtuvieron a partir de la revisión bibliográfica de fuentes primarias y secundarias disponibles, la recolección de datos de archivo, artículos periodísticos y análisis documental. La recolección del material se realizó principalmente a través de consultas a bibliotecas especializadas en formato físico y digital, de carácter público y gratuito, como fuente de acceso a publicaciones recientes, tanto a nivel nacional como internacional.

Tal como afirma Sautu (2005), el carácter acumulativo del conocimiento científico implica que el punto de partida de toda investigación sea el conocimiento producido en otras investigaciones. También agrega que las dudas sobre lo ya conocido son un motor fundamental para avanzar en la construcción de nuevos conocimientos, porque cuando se plantea una hipótesis o se replica total o parcialmente estudios pre-existentes se cuestiona su validez, incluso cuando eventualmente los resultados la confirmen. En ese sentido, con este trabajo de investigación se intenta generar un aporte a la comunidad académica que pueda servir de antecedente para futuras investigaciones.

Capítulo 1

Marco teórico

Como marco teórico se utilizarán los principales aportes disciplinares de la geopolítica. En primer lugar, se hará un recorrido conceptual por los principales pensadores del mundo de la disciplina, para luego tomar las definiciones del término que mejor se ajustan a los fines del trabajo. De esta manera, se hará una selección minuciosa de autores y herramientas de análisis, marcando también el contexto histórico que los impulsó a elaborar su obra, para finalmente llegar a las definiciones actuales que mejor sintetizan el concepto.

Bases fundacionales de la disciplina: el determinismo geográfico y el posibilismo humano

A pesar de que sus trabajos sean previos a la aparición de la disciplina como tal, el geógrafo alemán Friedrich Ratzel es considerado el fundador de la geopolítica moderna, porque fue el primero cuyo pensamiento no quedó aislado y tuvo continuadores que retomaron sus conceptos para criticarlos, adaptarlos o ampliarlos.

Para comprender cabalmente su obra, es necesario situarla en el contexto histórico, porque está fuertemente atravesada por el clima intelectual que se vivía en aquellos tiempos. Hacia fines del siglo XIX, el positivismo estaba en su máximo esplendor en Europa, y las teorías evolucionistas de Darwin estaban siendo trasladadas al terreno político, con gran aceptación en la comunidad científica. Las analogías entre conceptos de la biología y las ciencias políticas eran moneda corriente, porque la mayoría de los científicos sociales se encontraban en la difícil y embrionaria tarea de construir un marco metodológico que diera resultados determinantes, tal como lo hacían las ciencias exactas.

Para Ratzel el Estado funciona como un organismo vivo que pasa por diferentes etapas, y se va desarrollando al calor de la lucha por la supervivencia. El concepto central

de su obra es el de *lebensraum* o *espacio vital*, que significa el área de influencia que un Estado necesita para poder desarrollarse. Se trata de un proceso natural, donde el crecimiento de la población genera una presión demográfica que requiere de mayor espacio geográfico para realizarse, lo cual provoca un juego de “suma cero” entre los Estados para conseguir mayor dotación territorial.

Este sesgo evolucionista de Ratzel se puede notar claramente en uno de sus pasajes, donde afirma que

“el crecimiento de los territorios ocupados por los pueblos no ocurre por simple yuxtaposición y posterior integración de los pequeños espacios. El fenómeno ocurre por el desarrollo de espacios mayores que, al crecer, absorben los territorios menores y los penetra por tener una evolución mucho más rápida. Los nómades desbordan a los agricultores, los marinos a los pueblos terrestres, lo más avanzados culturalmente a los más primitivos” (Ratzel, 1975)

Para el geógrafo alemán, en la cultura humana hay una tendencia natural hacia la propagación, un impulso determinante hacia la difusión de sus costumbres, tradiciones y modos de comportamiento social. En efecto, los pueblos que logran extender su idiosincrasia hacia grandes porciones de la tierra, imponiéndose en la competencia con el resto, demuestran tener aptitudes superiores, porque “la expansión territorial constituye la materialización más evidente y concreta del éxito histórico” (Ratzel, 1975: 86).

Ratzel sintetizó este proceso con la elaboración de siete leyes que explican la configuración espacial de los Estados: 1) El tamaño del Estado se incrementa a medida que lo hace también su nivel de cultura; 2) El crecimiento de los Estados es consecuencia de las otras manifestaciones del crecimiento de los pueblos, que han de preceder necesariamente al crecimiento estatal; 3) El crecimiento del Estado pasa por la anexión de miembros menores al agregado inicial, simultáneamente la relación entre población y la tierra se estrecha continuamente; 4) La frontera es el órgano periférico del Estado, el portador de su crecimiento así como su fortaleza, y participa en todas las transformaciones del organismo

del Estado; 5) En su crecimiento, el Estado lucha por alcanzar posiciones valiosas desde el punto de vista político; 6) El primer estímulo al crecimiento espacial de los Estados procede del exterior; y 7) la tendencia general hacia la integración y nivelación espaciales reproduce el crecimiento de Estado a Estado y lo incrementa incesantemente (Ratzel, 1975).

Como señala Gomez Rueda (1977), existe cierto determinismo geográfico en la apreciación de Ratzel, porque allí los factores geográficos determinan la vida y evolución de los Estados, puesto que los seres humanos y las instituciones políticas están entonces subordinados a la geografía, contra la cual es inútil luchar.

El panorama político internacional era una fuente de inspiración para las ideas de Ratzel. Hacia fines del siglo XIX, Alemania había concluido exitosamente su proceso de unificación -de la mano del canciller Bismarck- y de esta manera potenciaba su poder económico, político y militar, y entraba de lleno en la lucha europea por la expansión colonialista. En esos tiempos la división internacional del trabajo estaba plenamente configurada, con países productores de manufacturas por un lado, y proveedores de materias primas por otro, en un contexto de gran desarrollo industrial que necesitaba de nuevos mercados para colocar sus productos. Gran Bretaña lideraba ese proceso, luego de desplazar a España de sus zonas de influencia, tras las revoluciones atlánticas que transformaron en naciones independientes a las colonias hispanoamericanas, quedando así libres de comerciar sus bienes con quienes crean conveniente.

En ese contexto, los alemanes eran conscientes de que corrían con desventaja con respecto al resto de las potencias europeas, porque habían alcanzado tardíamente el desarrollo industrial. Y las ideas de Ratzel venían a justificar teóricamente la necesidad de expandir su territorio e incrementar sus esferas de influencia en el resto de los continentes. En efecto, entre 1884 y 1886, el emperador Guillermo I junto al mencionado canciller Bismarck, agregaron a la unidad alemana territorios pertenecientes al continente africano, y hacia fines de ese siglo también harán presencia en el Océano Pacífico¹.

¹ En el primer caso se trataba de Camerún, Togo, Tanganika, Rwanda, Burundi y África Sudoccidental (Namibia), y en el segundo caso de las Islas Marianas (vendidas por España en

Las críticas a la obra de Ratzel no tardaron en aparecer, y no casualmente provinieron de un autor francés, en un contexto de fuerte rivalidad entre ambas naciones, que finalmente desembocó en la guerra franco-prusiana y más tarde en la primera guerra mundial. El geógrafo y profesor universitario Vidal de la Blache fundó lo que se denomina “doctrina posibilista”, que analizó la relación entre las sociedades y el espacio desde una perspectiva humanista y se opuso frontalmente a las consideraciones deterministas del alemán.

Desde una lógica inversa, el autor establece que el espacio geográfico es el “objeto”, mientras que los seres humanos son los “sujetos” activos que valorizan, organizan y modifican el medio geográfico, a pesar de que no pueden desprenderse de las condiciones que este último establece. Es decir, el autor reconoce que hay una relación determinante entre geografía y humanidad, porque estamos condenados inexorablemente a vivir en las condiciones naturales que la geografía presenta, pero de ninguna manera estas subordinan la actividad humana porque eso sería anular su capacidad de pensamiento y acción (Sarno, 2003).

Para el autor, el valor de un espacio geográfico se constituye a partir de los intereses que motivan a los seres humanos a dárselo en un momento determinado. Aquí no existe una relación mecánica como en la teoría del *espacio vital*, donde los sujetos tienen un rol pasivo y son dominados por el medio, porque es la concepción humana la que valoriza el espacio, en función de los elementos de interés que identifique allí. Surge de esta manera el “posibilismo humano”, que establece las aptitudes de los pueblos para enfrentar a la geografía, vencer sus obstáculos y modificarla para mejorar sus características para el desarrollo de la vida. Las sociedades tienen la capacidad de adaptarse a una región mediante un conjunto de técnicas, hábitos y costumbres, que el autor denomina “géneros de vida”, para establecer una relación de equilibrio con el medio geográfico, la cual se construye a través de la historia (Sarno, 2003).

1889), Nueva Guinea, Islas Carolinas, Islas Marshall y Samoa.

Doctrinas del poder naval y terrestre

La intensificación del proceso de expansión colonial que se dio en el siglo XIX nos remite necesariamente al poder marítimo. Fueron los portugueses y los españoles quienes utilizaron primeramente a gran escala esta eficaz herramienta, incorporando los extensos territorios americanos a sus respectivos dominios, luego los ingleses con la ocupación del norte del continente y la progresiva apropiación de las rutas comerciales marítimas que atravesaban el Océano Atlántico y conectaban al viejo con el nuevo continente.

Ya en el siglo XVI durante el reinado de Isabel I hubo quienes reflexionaron acerca del poder marítimo. El almirante Walter Raleigh, supo convencer a la corona de la conveniencia en mantener las aventuras de ultra-mar, asegurando que el predominio de las rutas marítimas llevará a dominar el comercio y, en consecuencia, el mundo. Pero fue el almirante estadounidense Alfred Mahan quién abordó de manera sistemática la relación entre poder y espacio marítimo, con la publicación en 1890 de su libro “la influencia del poder marítimo sobre la historia”, traducida a varios idiomas y con gran repercusión internacional.

Mahan sostiene que los factores para que un Estado pueda desarrollar plenamente su poderío son tres: en primer lugar, la producción y comercialización a gran escala; en segundo lugar, la navegación mediante vías comerciales seguras, protegidas por armadas eficientes y poderosas; y por último el establecimiento de colonias como un punto de apoyo fundamental para la proyección mundial. En resumen, un Estado que cuenta con gran capacidad productiva necesita desarrollar una marina mercante para comercializar esos bienes, a su vez necesita una marina de guerra que pueda proteger las vías marítimas que hacen posible el comercio internacional, y a medida que conquiste nuevos mercados va a necesitar contar con espacios de refugio para sus embarcaciones, donde puedan reaprovisionarse y realizar el intercambio mercantil, es decir, expandirse a través del establecimiento de colonias en diferentes puntos estratégicos del globo.

El ideario de Mahan se puede sintetizar en la frase “quien domine las olas dominará el mundo” que significaba contar con una eficiente marina mercante que explotara el comercio exterior, protegida por una poderosa marina de guerra, y constituía una clara exhortación a las autoridades estadounidenses para transformar su país en una verdadera potencia marítima. En su libro menciona seis factores que posibilitan el poderío marítimo: la posición geográfica en relación con el espacio marítimo; las características de su litoral marítimo: su extensión, su accesibilidad hacia y desde el mar, la existencia o no de puertos naturales; la extensión de su litoral marítimo en comparación con la extensión geográfica total del país; la proporción de habitantes dedicada a las actividades del mar; la aptitud para comerciar con ultramar; y la consciencia y dedicación de los gobiernos para otorgar importancia estratégica al desarrollo del potencial marítimo de su país (Sarno, 2003).

Estos postulados fueron seriamente considerados por la elite política estadounidense, que invirtió fuertemente en el desarrollo de una marina poderosa, y la dotó de una proyección estratégica. Una serie de eventos marcan la irrupción de su poderío naval: el triunfo en la guerra hispano-estadounidense, que les proporcionó el dominio formal de Puerto Rico, Filipinas y Guam, y ubicó bajo su órbita de influencia a la recientemente independizada República de Cuba; la anexión de Hawái, que les permitió tener una plataforma en el camino hacia Oriente, con Filipinas como base estratégica entre el sudeste asiático, China y Japón; y el decisivo control del Canal de Panamá, que les brindó una comunicación inmediata entre sus dos litorales y una presencia total en ambos océanos.

Como se mencionó, las ideas de Mahan tuvieron gran repercusión internacional, y prácticamente todas las potencias que tenían aspiraciones expansionistas invertían cuantiosos recursos en desarrollar su poderío naval. Sin embargo, en ese mismo momento aparece un geógrafo inglés con una reveladora advertencia a las principales potencias, indicando que su posición dominante era transitoria, porque mientras se dedicaban a explotar el dominio de sus rutas marítimas, no podrían detener el crecimiento de una gran potencia terrestre, que por sus características geográficas era inmune al poderío naval. Se trata del profesor de geografía económica Halford Mackinder, quien en 1904 pronunció

una conferencia en la Royal Geographical Society que revolucionó la manera de entender la geopolítica y anticipó el orden mundial que predominó durante gran parte del siglo XX.

En dicha conferencia, el geógrafo afirmó que la humanidad estaba políticamente cerrada, porque se habían terminado los espacios geográficos para su expansión y en consecuencia, se alcanzó un punto de saturación de poder. También advirtió que la preponderancia del poder marítimo estaba comenzando a ceder, porque los avances tecnológicos en materia de transporte colocarían rápidamente al poder terrestre como principal elemento de dominación (Mackinder, 1975).

Mackinder elabora un mapa geopolítico que estructura el planeta en tres aéreas: *la isla mundial*, que contempla Europa, Asia y África y en términos de población, riqueza y extensión territorial es la más importante; *el creciente interior o marginal* que bordea la anterior e incluye las islas británicas y las islas del Japón; y por último el *creciente exterior o insular* donde ubica a América y Oceanía. En ese esquema, denomina como *heartland* (corazón de la tierra) a la vasta región alejada de los litorales marítimos y recostada sobre las regiones polares del Norte, que abarca Europa Oriental y Asia Central (Mackinder, 1975) (Ver mapa 1).

El *heartland* o *región pivote* tiene una particularidad especial: es relativamente inmune a las invasiones marítimas, pues Mackinder señala que las incursiones militares históricas no han penetrado más allá de los litorales euroasiáticos, y en consecuencia, cuenta con una gran ventaja para aprovechar la movilidad y la comunicación por vías terrestres. Además, al poseer el patrimonio geográfico más extenso del mundo, posee con los recursos naturales necesarios para no depender del comercio marítimo dominado por las potencias navales.

Para el pensador inglés, la aparición de los ferrocarriles transcontinentales -en ese momento estaba terminándose de construir el transiberiano que une Moscú con la costa pacífico- constituía un evento histórico de gran magnitud, ya que hasta entonces los ferrocarriles eran tributarios del comercio oceánico. Si bien este avance tecnológico no era un beneficio exclusivo de Rusia -de hecho, Estados Unidos fue el primero en construir un transcontinental de grandes dimensiones para unir sus costas oceánicas en 1869-

Mackinder afirmaba que el mayor impacto se iba a dar en el *heartland* euroasiático, porque allí existían condiciones para crear una movilidad de poder militar y económico de alcance extraordinario (Mackinder, 1975).

Con el objetivo de reforzar sus pronósticos, el autor realiza una profunda lectura histórica que demuestra el rol central que tuvieron los pueblos que habitaron la *región pivote*, y de esa manera llega a una conclusión reveladora: quien gobierne en Europa del Este dominará el *heartland*, quien gobierne el *heartland* dominará la *isla Mundial*, quien gobierne la *isla Mundial* controlará el mundo (Mackinder, 1975).

Al igual que sus predecesores geopolíticos, las reflexiones realizadas por Mackinder están orientadas por un sentido práctico y tenían como finalidad asesorar a la elite política anglosajona, por eso advierte que

“el vuelco del equilibrio de poder en favor del Estado pivote, como resultado de su expansión por las tierras marginales de Eurasia, permitiría la utilización de los amplios recursos continentales para la construcción de una flota, y un imperio de alcance mundial estaría a la vista. Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia” (Mackinder, 1975).

En otras palabras, Mackinder le estaba diciendo a sus estrategias que, si querían conservar su posición mundial dominante, debían evitar una alianza entre Alemania y Rusia. Como se podrá apreciar, esta lectura estratégica anticipó gran parte de los eventos que marcaron la primera mitad del siglo XX.

La consolidación de la geopolítica como disciplina de estudio

El profesor sueco Rudolf Kjellen fue el primero en acuñar el término “geopolítica”, en su libro “el Estado como forma de vida” publicado en 1916. Dedicado al estudio de las sociedades políticas en toda su amplitud, tanto en su dimensión interna (organización territorial, funcionamiento económico, sistema político, etc.) como en su dimensión externa

(relaciones inter-estatales, estrategia de inserción internacional, etc.) este docente de derecho político quería aportar elementos teóricos para el desarrollo de una disciplina en ciernes, como lo era la ciencia política. La estrecha vinculación entre política doméstica e internacional es sencillamente explicada:

“El estado es el hogar de sus ciudadanos. En el deben tratar de satisfacer todas sus necesidades materiales, y el país debe estar organizado con el fin de servir este propósito. Sin embargo, a veces las necesidades de la población superan al Estado; entonces deben tratar de satisfacerlas de otra forma, fuera de sus límites” (Kjellen, 1975).

Continuador de la obra de Ratzel, motivado también por la búsqueda de una estrategia propia que acrecienta los recursos de poder de su nación, Kjellen concibió cinco grandes áreas del fenómeno político:

1) la *cratopolítica* dedicada al estudio de los factores de poder: el gobierno, la clase dirigente, los grupos poderosos e influyentes;

2) la *demopolítica* que estudia la población de cada Estado con todas sus características (orígenes, composición étnico-religiosa, cultura, idioma, etc.);

3) la *ecopolítica* que sería lo que hoy se conoce como política económica, y se refiere a las herramientas de intervención que tiene el Estado para regular la actividad económica;

4) la *sociopolítica* que analiza las relaciones entre los gobiernos y los grupos internos, las estructuras institucionales, etc.;

5) la *geopolítica* que comprende todas las manifestaciones de un Estado como una sociedad política sobre el espacio geográfico, siendo este último un aspecto fundamental para entender la lógica funcional de las unidades políticas.

De esta manera, podemos inferir que la geopolítica queda ubicada bajo la órbita de la ciencia política -o ciencia del Estado, como la llamaba el autor- y no como una ciencia independiente (Kjellen, 1975).

Para Puntigliano (2015) la obra de Kjellen puede ser vista como un estudio de estrategias de desarrollo para superar las vulnerabilidades de Estados más débiles, entre las cuales se encuentra en primer lugar la geográfica, que se da cuando el Estado no posee el espacio territorial suficiente para el desenvolvimiento pleno de su soberanía, tal como afirmaba Ratzel con su teoría del *espacio vital*. En segundo lugar, otro signo de gran debilidad es la falta de armonía entre el Estado y la población que lo habita, que puede dificultar severamente el dominio territorial. Y en tercer lugar, la falta de desarrollo económico que conlleva hacia la carencia de autonomía en aspectos fundamentales de una sociedad, por eso el autor recomendaba tener una política económica “autárquica”, libre de dependencias externas. Según las palabras del propio Kjellen:

“la autarquía, por lo tanto, no es más que la individualidad económica del estado, del mismo modo que su territorio físico es su individualidad geográfica y su nacionalidad su individualidad étnica. La política económica se convierte en un sinónimo de la geopolítica y también coincide con la etnopolítica, que exige una población homogénea” (Kjellen, 1975: 64).

De esta manera, se daba nombre a un conjunto de conocimientos de gran utilidad, que se encontraban relativamente dispersos y desordenados, pero que captaban cada vez más la atención de los estrategas de las principales potencias mundiales.

Así como Kjellen se encargó de nominar lo que hoy conocemos como geopolítica, Karl von Haushofer llevó a cabo la tarea de sistematizar y organizar institucionalmente su estudio. Luego de participar en la “gran contienda” como mayor general del ejército alemán, decide abandonar su profesión militar y dedicarse de lleno al estudio académico en la Universidad de Munich. Junto con un grupo de colaboradores, entre los cuales estaba Ernst Obst, Herman Lautensach y Otto Maull, funda la “revista de geopolítica” en 1923, que durante muchos años sirvió como plataforma para el conjunto de investigaciones y publicaciones que dieron forma al estudio de esta nueva disciplina.

Como ocurrió con los anteriores pensadores, el contexto histórico fue sumamente

determinante en la producción teórica del general alemán. La dura competencia económica y militar entre las potencias europeas había desembocado en un enfrentamiento bélico de magnitudes impensadas, que dejó como saldo la muerte de 16 millones de personas aproximadamente, innumerables pérdidas materiales, la disolución de cuatro imperios y un rediseño del mapa político mundial, que afectó profundamente a Alemania. Con la firma del armisticio primero, y el “Tratado de Versalles” después, los germanos tuvieron que aceptar las duras condiciones de derrota que prácticamente anulaban la posibilidad de recuperar su poderío militar, económico y geopolítico².

Agudo lector y fiel seguidor de las ideas de Ratzel y Kjellen, pero también de Mackinder, Haushofer es considerado el fundador de la *Geopolitik* o escuela alemana. Retoma el concepto de *espacio vital* para ubicarlo como principio rector de su obra, y considera que un análisis profundo del panorama mundial debe basarse en la distribución del espacio vital disponible en la tierra. El autor establece que

“las potencias del mundo quedan divididas en dos grupos fundamentalmente distintos: por una parte, aquellas que tienen mucho más espacio del que alguna vez podrían dominar y, por otra, aquellas que cuentan con menos espacio que el que debieran tener para alimentar en forma adecuada a su población actual” (Haushofer, 1975).

Siguiendo este criterio de ocupación territorial, Sarno (2003) menciona que Haushofer proyectó un reparto del mundo en áreas de influencia, que quedaría configurado de la siguiente manera:

- "Pan-américa": incluiría todo el continente americano y tendría a Estados Unidos como nación rectora, lo cual significaba eliminar la influencia británica en América Central y del Sur.

² La pérdida territorial fue muy significativa, pues incluía parte de su superficie europea, pero también la totalidad de su imperio colonial en África y Asia, que fue repartido entre las naciones vencedoras.

- "Eurasia": comprendería Europa, Medio Oriente y África, con Alemania reemplazando a Gran Bretaña como actor dominante.
- "Pan-Rusia": abarcaría el espacio ocupado por la ex URSS, más los territorios coloniales británicos del indico, y estaría presidida por Rusia.
- "Región de co-prosperidad de la Gran Asia": se trataría del espacio litoral marítimo del Pacífico, incluido el continente oceánico, y estaría dominado por Japón (Ver mapa 2).

Este reparto territorial puede ser interpretado como un sistema equilibrado de poder entre las principales potencias, que tiene como característica novedosa el desplazamiento de Gran Bretaña de su posición dominante global. Es que Haushofer fue un lector minucioso de la obra de Mackinder, y seguramente tomó nota de su advertencia acerca de la potencialidad que encarnaría una alianza continental ruso-alemana. El general alemán creía que detrás del "Tratado de Versalles" se encontraba la estrategia inglesa de impedir dicha unión, mediante la creación de una serie de unidades políticas como Polonia, Checoslovaquia, los países Bálticos, etc. que separaban territorialmente a ambos Estados (Sarno, 2003). Es decir que, desde una perspectiva inversa, Haushofer proyectaba un sistema de alianzas en el seno mismo del *heartland*, para explotar las ventajas geográficas que ofrecía esa extensa y rica porción del planeta.

Los vínculos de Haushofer con el nazismo se daban en un plano personal -era íntimo amigo de Rudolf Hess, principal hombre de confianza de Hitler-, pero también en el plano de las ideas. Su participación en el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes nunca estuvo demasiada clara, pero lo cierto es que el régimen nazi adoptó parte de los postulados teóricos de su escuela geopolítica y los convirtió en doctrina oficial. El concepto de *espacio vital* -mencionado reiteradas veces por Hitler en sus discursos- fue utilizado como fundamento teórico y científico para llevar a cabo la política de expansión territorial del "tercer reich", que había encontrado así una manera de legitimar su rechazo al "Tratado de Versalles" y aglutinar fuerzas sociales en torno a una causa nacionalista, que

luego se transformó en etnicista. Sin embargo, los hechos históricos demuestran que la interpretación que hizo el “führer” de las ideas de Haushofer fue muy arbitraria, pues su avance hacia el este y la invasión inesperada a territorio soviético supuso una dura transgresión al sistema equilibrado de poder que el general había ideado para desplazar a Gran Bretaña de la hegemonía mundial.

Terminada la guerra, Haushofer fue sometido a juicio en Nuremberg, pero fue absuelto³. En 1946 publicó “Defence of German Geopolitics”, obra en la que reivindicaba la geopolítica como campo de estudio alejado de la interpretación nazi. Sin embargo, de allí en mas todo aquello que estuviera relacionado a esta disciplina sería fuertemente cuestionado por la comunidad científica, la dirigencia política y la opinión pública internacional, que lo vinculaba a las políticas de expansión territorial con base en argumentos racistas y etno-centricos. De esta manera, se da inicio a un período de estigmatización de la geopolítica como ámbito de estudio, quedando prácticamente proscrita de las principales instituciones académicas del mundo.

Estrategia de la contención al poder terrestre y surgimiento de la doctrina de poder aéreo

Los resultados de la segunda guerra mundial reconfiguran el mapa geopolítico en clave bi-polar. La URSS pasa a dominar definitivamente la región euro-asiática, luego de una exitosa política de expansión sobre Europa oriental, que le permitió conservar el territorio arrebatado a Finlandia, satelizar los países bálticos, incorporar Polonia oriental,

³ Anteriormente, Haushofer había sido acusado de conspirar contra Hitler en el famoso atentado de 1944, cuando un grupo de oficiales encabezados por el coronel Claus von Stauffenberg intentó terminar con la vida del “führer”. Como consecuencia, fue apresado por la GESTAPO y su hijo, miembro destacado de la diplomacia nazi y activo opositor de Hitler en su etapa final, fue ejecutado.

además de Ucrania y Moldavia, y a través del “Pacto de Varsovia” completar el cerco que incluye a Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Alemania oriental. En oriente el avance se consolidó mediante la satelización de Mongolia, la anexión de las islas Sakhalín y Kuriles, y la ocupación militar provisional del ex Manchukúo japonés.

En frente se encontraba el “bloque occidental” capitaneado por los Estados Unidos, con una cadena de alianzas estratégicas que en el Asia Pacífico iba desde Japón, pasando por Corea del Sur, Taiwán, Filipinas, el sudeste asiático (SEATO) y llegaba hasta Australia y Nueva Zelanda (ANZUS); en Medio Oriente y sus proximidades se asentaba en la Organización del Tratado Central (Irak, Irán, Pakistán y Turquía); en Europa occidental se apoyaba en la OTAN; en continente americano sobre la OEA, mientras que en África las zonas de influencia seguían siendo aquellas que estaban bajo el dominio directo o indirecto de los países europeos y Estados Unidos.

Detrás de esta red de alianzas se encontraba la “estrategia de la contención” ideada por el diplomático norteamericano George Kennan. Mendez Gutierrez (2011) analiza su artículo “las fuentes del comportamiento soviético” publicado en 1947, donde analiza la política exterior de la URSS como la suma de dos fuerzas: por un lado el secular expansionismo ruso desde la época de los zares, que le llevó a alcanzar las costas del Pacífico y las cordilleras del Asia Central, así como su obsesión por una potencial amenaza externa y el deseo de alejar a las potencias rivales de sus fronteras mediante la creación de un *glacis de seguridad* y la búsqueda de un acceso a mares cálidos. Por otro lado, el proselitismo ideológico comunista, que rearmaba al país con una utopía de dominación mundial tras su triunfo sobre el capitalismo y podía alimentar nuevos afanes expansivos mediante la ocupación directa de territorios o mediante el apoyo a movimientos revolucionarios en cualquier lugar del mundo. Para Kennan había que cercar al territorio soviético con una serie de bases estratégicas a su alrededor que contengan su expansión, porque llegado el momento de medir fuerzas en combate, era preferible hacerlo allí en la periferia euroasiática donde “el poder de los ejércitos soviéticos se puede contrarrestar defensivamente por el poderío naval, anfibia y aéreo de los Estados Unidos y sus potenciales aliados” (Mendez Gutierrez, 2011). El poder terrestre pronosticado por

Mackinder había sido demostrado por la URSS en la segunda guerra mundial, pero encontraba trabas en la potencia marítima y aérea que habían desarrollado los anglo-sajones durante el período de guerras.

La irrupción de Estados Unidos en el terreno de los grandes jugadores mundiales supuso un duro golpe a la teoría del *heartland* de Mackinder, y su conceptualización del poder terrestre como determinante geopolítico. En efecto, el geógrafo inglés realizó una breve revisión de sus postulados mediante la publicación de un artículo titulado “El mundo redondo y la búsqueda de la paz” en 1943. Allí afirma que además del *heartland* euroasiático, existe otro *heartland* nor-atlántico: un enorme puente terrestre-marítimo que se apoya en América del Norte hacia el oeste, y en Gran Bretaña y Francia hacia el este, con el Atlántico Norte como océano intermedio, y agrega que el mundo de pos-guerra debía tener un sistema equilibrado que incorpore a Alemania, China, India y Japón (Mackinder, 1975). De esta manera, no solamente predijo el escenario de la “guerra fría” (hay que recordar que en 1943 la URSS era un aliado de Estados Unidos) sino también parte del esquema del Consejo de Seguridad de la ONU.

Sin embargo, el pensador que se encarga de actualizar los planteos de Mackinder y adaptarlos mejor a su entorno estratégico es el profesor estadounidense Nicholas Spykman. El debate sobre intervencionismo o aislacionismo en materia de política exterior norteamericana había sido superado luego de su ingreso a la guerra en 1942, el mismo año en que Spykman publica su célebre obra “America’s Strategy in World Politics”⁴. Allí sostiene que el aislacionismo suponía un suicidio y que Estados Unidos tenía que cumplir un papel global destacado, en el marco de un sistema equilibrado de poder, con “seis grandes potencias” como protagonistas del mundo de pos-guerra, las cuales según Sarno (2004), puede interpretarse que son Gran Bretaña, Rusia, China, Alemania, Japón y Estados Unidos. Este diseño geopolítico concebía un orden global liderado por potencias regionales, que mediante el acuerdo pacífico de sus respectivas zonas de influencia, sentarían las bases

⁴ Su otra gran obra se titula “The Geography of the Peace” y fue publicada en 1944, un año después de su temprana y repentina muerte.

definitivas para la estabilidad y la paz mundial. Para lograrlo, el autor señala que había que cumplir con la dificultosa tarea de “equilibrar a Rusia y Alemania en Europa, y en el Lejano Oriente a China” (Sarno, 2003).

Spykman parte de la caracterización geopolítica realizada por Mackinder, pero introduce algunas modificaciones. Según su interpretación, el *heartland* euroasiático estaba rodeado por el *rimland*⁵, cuyos límites son similares al *creciente interior*, y abarcan un amplio cinturón de tierras que va desde Europa septentrional, central y occidental, al sur del continente y el extremo oriente asiático. Por otro lado, el *creciente exterior* es rebautizado como *off-shore continents* por su escaso contacto terrestre con las formaciones anteriores, e incluye a América, África, Australia y los archipiélagos de Oceanía (Spykman, 1975) (ver mapa 3).

Luego de esta re-lectura del mapa, el norteamericano lanza una conclusión llamativamente diferente a la de su colega:

“la sentencia de Mackinder ‘quien controle la Europa Oriental domina el *heartland*; quien domina el *heartland* domina la Isla Mundial; y quien domina la Isla Mundial domina al mundo’, es falsa. Si hay un slogan para el poder político del Viejo Mundo, debe ser: ‘Quien controla el *rimland* domina Eurasia; quien domina Eurasia controla los destinos del mundo’” (Spykman, 1975).

El *heartland* dejaba de tener la centralidad geopolítica que le había otorgado el geógrafo inglés, pues se trataba de un territorio en gran parte deshabitado. Ese lugar era ocupado ahora por su periferia inmediata, el *rimland*, por tres razones complementarias: por un lado, buena parte de los Estados más poderosos, así como de la población y los recursos del globo, se localizaban allí; por otra, las mejores condiciones para ejercer el poder corresponderían a aquellas regiones que tienen un doble frente, continental y marítimo, lo

⁵ Algunos lo traducen como “tierra orilla” o “anillo exterior”. El cambio en la denominación se debe a la necesidad de precisar su carácter de litoral marítimo con respecto al continente euroasiático.

que les permite extender su influencia en ambos sentidos; y por último, la segunda guerra mundial ponía de manifiesto que las potencias del Eje se situaban en ambos extremos del *rimland*, y buscaban expandir su radio de influencia tanto por vías marítimas como terrestres. En línea con las recomendaciones de Kennan, quien se inspiró en estas consideraciones, Spykman establecía la necesidad de levantar un muro de contención en ese espacio vital para los destinos del mundo, que impida la aparición de potencias hostiles dentro del *rimland* y al mismo tiempo contuviera la expansión de la potencia continental afianzada en el *heartland* euroasiático, es decir, la URSS (Mendez Gutierrez, 2011).

Spykman también señaló que la aparición de las armas aéreas y la posibilidad de operar a larga distancia cambiaron las escalas de actuación, y por ende había que cambiar también la perspectiva geoestratégica del mundo. Así, mediante el uso de cartografía con proyección cenital, demostró que la distancia menor entre las fronteras de Estados Unidos y la URSS se encontraba en el océano Ártico (Spykman, 1975).

Más tarde, el estratega militar estadounidense de origen ruso, Alexander Seversky, profundizó estos planteos y señaló que el desarrollo del poder aéreo rompió con el trazado de áreas de dominio exclusivo de las potencias, pues ahora había zonas donde se superponían las esferas de influencia del poder aéreo, como pasaba en el Ártico. De esta manera, surgió la “doctrina del poder aéreo” como alternativa a los preceptos geopolíticos establecidos por Mackinder y Mahan sobre el poder terrestre y marítimo, respectivamente.

En su obra “Poder Aéreo: clave de la supervivencia” publicada en 1950, Seversky plantea que la versatilidad ofrecida por las aeronaves permite que se puedan superar las barreras defensivas que se construyen sobre las condiciones geográficas, dejando completamente obsoletos tanto el poder naval como el terrestre. Estos postulados pusieron en cuestión principalmente la teoría desarrollada por Mackinder, ya que la protección que tiene el *heartland* a partir de la masa terrestre que la rodea y su falta de acceso a través del mar puede ser quebrada por las armas aéreas (Sarno, 2003).

En plena “guerra fría”, el autor realizó un mapa geopolítico que divide en tres áreas: un área bajo dominio aéreo de Estados Unidos, siendo América Latina la principal reserva para la industria americana; un área de dominio aéreo de la Unión Soviética, en la que

África entra como reserva propia; y finalmente un área de decisión, donde se ubican los centros industriales de ambas potencias (ver mapa 4). De esta manera, Severesky incorpora una visión tridimensional al estudio de la geopolítica, que va a ser tomada en cuenta por los planes geoestratégicos de las potencias, y también contribuye a darle forma teórica a un nuevo campo de disputa de la “guerra fría”: la carrera espacial.

Geopolítica (neo) clásica y geo-estrategia

La “estrategia de la contención” ideada por Spykman y formulada por Kennan sirvió como base para la política exterior estadounidense durante buena parte de la “guerra fría”. Sin embargo, el curso de los acontecimientos empezaba a demostrar que aquella teoría no era tan consistente en términos prácticos, con el avance de la URSS sobre territorios antiguamente coloniales, saltando el cerco que lo rodeaba.

Aparecen entonces voces críticas, entre las cuales se destaca la de Saul Bernard Cohen. Este geógrafo proveniente de la Universidad de Harvard, sostenía que había que complejizar el mapa geopolítico realizado por sus antecesores, puesto que el aumento de las inter-relaciones y la mutua dependencia entre naciones tornaba inviable los esquemas rígidos. El error de considerar al *rimland* como un todo homogéneo, llevó a aplicar una estrategia única en una extensísima región del planeta, que contiene una gran diversidad.

En su obra, escrita durante las décadas del 60 y 70, divide al mundo en dos grandes regiones geo-estratégicas, cuyos territorios están integrados en función de su ubicación, y sus vínculos económicos, políticos y culturales con las superpotencias dominantes (Estados Unidos y la URSS), manteniendo también la clásica oposición entre el mundo marítimo y el continental, delineado por sus predecesores. Pero la novedad consiste en la introducción de *regiones geopolíticas* que, a pesar de mantener altos niveles de dependencia con alguna de las superpotencias -sobre todo en el plano militar e ideológico-, tienen características

específicas que las diferencian. Allí tienden a surgir potencias de segundo nivel⁶, que se caracterizan por tener una clara superioridad en su zona geográfica, con capacidad para regular la actividad regional; una relación de entendimiento y apoyo con otras potencias de segundo nivel; y la destreza de conseguir el apoyo de las potencias de primer nivel, pero sin convertirse en un satélite de aquellas (Mendez Gutierrez, 2011).

Para Cohen, el surgimiento de estas potencias regionales daría forma a un mundo progresivamente multipolar o multicéntrico, por lo tanto, Estados Unidos tenía que buscar una política de alianzas estratégicas que haga innecesaria su intervención directa en aquellas regiones. Sin embargo, existían algunas áreas denominadas *cinturones de quiebra*, donde sí era necesario hacer uso de la acción directa, porque se trata de zonas de alta conflictividad, donde las superpotencias chocan por sus intereses opuestos, y no existe una potencia regional definida que aporte estabilidad e imponga su arbitrio. El autor puntualizó tres áreas concretas: el Medio Oriente (desde el nordeste de África hasta Afganistán); el sudeste asiático (abarca la península indochina y llega hasta Indonesia) y el África Subsahariana. Allí se encuentran una gran cantidad de recursos naturales (petróleo, gas, minerales, etc.) pero también importantes rutas marítimas y terrestres, que son vitales para el funcionamiento del comercio internacional. La política exterior norteamericana debía enfocarse entonces en dar apoyo -diplomático, pero también militar- a países con cierto grado de estabilidad (como Israel o Turquía), para limitar los conflictos armados solamente en aquellos casos de máxima prioridad, y permitir la neutralidad en algunas zonas (Mendez Gutierrez, 2011) (Ver mapa 5).

Similares fueron los planteos realizados por Henry Kissinger, aunque con más aceptación y repercusión en el ámbito de la diplomacia, dada su participación en el gobierno como consejero de Seguridad Nacional (1969-75), y Secretario de Estado de los Estados Unidos (1973-77).

⁶ Cohen ubica en esta clasificación a países como Japón, Australia, India, Brasil, Canadá, China, Corea, Sudáfrica y la Comunidad Económica Europea.

Al igual que Cohen, Kissinger intenta anticiparse al orden de pos-guerra fría y al creciente surgimiento de potencias regionales que experimentaba el sistema internacional en ese momento. En su libro “la política exterior americana” (1969) afirma que la bipolaridad era sumamente peligrosa⁷, pero también lo era la unipolaridad y el dominio absoluto de una sola superpotencia, por eso recomienda construir un marco de multipolaridad entre las potencias con mayor desarrollo económico y militar. Su fórmula fue bautizada como *estrategia de los países llave*, donde cada región debía tener su *país gerente o gendarme* que se encargue de ordenar las relaciones inter-estatales en su respectiva zona de influencia (Kissinger, 1974).

Para reforzar sus argumentos, el autor recurre a una experiencia histórica concreta: el sistema internacional europeo surgido del Congreso de Viena (1815), donde las cinco potencias dominantes de la región (Gran Bretaña, Francia, Rusia, Prusia y Austria) acordaron un equilibrio de fuerzas, dejando atrás las intensas disputas de los tiempos napoleónicos (Kissinger, 1974).

Estos planteos tuvieron su reflejo en la realidad política internacional, dada la doble condición de pensador y decisor político de Kissinger. La incorporación de China al Consejo de Seguridad y al sistema de la ONU, así como los primeros acuerdos internacionales para avanzar hacia el desarme multi-lateral⁸, marcaron una tendencia hacia la multipolaridad y se puede considerar parte del legado que dejó en su paso por el aparato diplomático estadounidense.

En la misma línea se encuentran los aportes teóricos de Zbigniew Brzezinski, politólogo norteamericano de origen polaco, y miembro también del Consejo de Seguridad Nacional (1977-81). Sus reflexiones parten de una fuerte crítica hacia la estrategia anti-soviética adoptada por su país, cuyo resultado consideraba insatisfactorio, ya que reinaba

⁷ El uso del armamento nuclear estaba permanentemente en la agenda y el escenario de destrucción mutua no se descartaba, lo cual suponía la desaparición de la especie humana.

⁸ En 1972 Estados Unidos y la URSS firmaron el SALT (Tratado sobre Misiles Anti-Balísticos) para limitar el número de sistemas de misiles antibalísticos (ABM) que se utilizaban para defenderse contra misiles con carga nuclear. Se considera el primer paso del proceso de entendimiento y desarme en la etapa final de la “guerra fría”.

un clima de tensión global permanente, producto de una carrera armamentística que amenazaba a la humanidad toda. Pero su principal preocupación era la negativa de la URSS a integrarse en un concierto equilibrado de potencias y su apuesta permanente por el desarrollo industrial-militar como única estrategia de superación.

Luego de un minucioso estudio de las condiciones del sistema de poder soviético, Brzezinski advierte que su principal debilidad era la poca cohesión interna. Luego de tres décadas, sus herramientas de dominación seguían siendo principalmente coercitivas, y la mayoría de los pueblos que se encontraban bajo su esfera de influencia mantenían sus características culturales originarias, con lo cual, existía allí un núcleo de resistencia vital al intento de “sovietización”. En consecuencia, el estratega norteamericano sostenía que había que explotar esa vulnerabilidad, fomentando el espíritu religioso y/o nacionalista que se encontraba latente en aquellos países, para quebrar internamente su dominación política, y al mismo tiempo, apoyar a otras potencias mundiales para disminuir el peso de los rusos en el plano internacional. Según sus palabras, Estados Unidos debía

“perseguir dos objetivos fundamentales. El primero es debilitar la capacidad ofensiva del Kremlin aumentando sus preocupaciones internas. El segundo, es promover la pluralización del bloque soviético y eventualmente, de la URSS misma, a través de un aliento prudente de la autoafirmación nacional” (Brzezinski, 1988: 188).

La estrategia consistía en obligar a los rusos a ceder ante sus problemas internos, para no tener que amar un cerco a su alrededor -como se venía haciendo- sino simplemente integrarlos como socios en el grupo limitado de potencias mundiales. La historia es bien conocida, finalmente la URSS implosionó por las dificultades económicas, políticas y sociales que tenía para mantener su inmenso aparato de dominación, en un contexto crecientemente competitivo con su rival, que demostraba tener bases más sólidas para sostener el ritmo de confrontación (Brzezinski, 1988).

Ya fuera de sus funciones gubernamentales, pero como miembro del influyente Consejo de Relaciones Exteriores, en 1997 publicó su principal obra “El gran tablero mundial: la primacía americana y sus imperativos geo-estratégicos”. Desde una lectura geopolítica heredera de Mackinder, Brzezinski sostiene que el escenario donde se libra la lucha por la primacía mundial seguía siendo Eurasia, porque allí se concentra alrededor del 75% de la población, más del 60% del PNB y hasta un 75% de la producción energética del mundo. Además, agrega que todas las potencias nucleares reconocidas excepto una, y todas las encubiertas excepto una, están en territorio euroasiático. Sin embargo, también afirma que las dimensiones gigantescas y heterogéneas de esta porción del planeta hacen difícil el establecimiento de una unidad política consistente (Brzezinski, 1998).

En su esquema -similar al de Cohen, pero en un contexto mundial diferente- menciona a un primer grupo de Estados que califica como *jugadores geo-estratégicos*, que son potencias con recursos de poder, pero también con una presencia activa en las relaciones internacionales. Allí ubica a Francia y Alemania, como vertebradores de la Unión Europea, a una Rusia en proceso de recuperación, y a China e India como líderes del Asia Pacífico, dejando a Gran Bretaña y Japón fuera de este grupo, por no tener opciones propias de política exterior. En segundo lugar, existe un segundo grupo de Estados que constituyen los *pivotes geopolíticos*, y su importancia radica en la posesión de recursos naturales y su ubicación estratégica, como rutas comerciales o muro de contención frente a potencias rivales, situados en lo que Spykman denominaba el *rimland* de Eurasia. Allí ubica a Ucrania, Turquía y Azerbayán en el margen occidental, a Irán en el extremo sur, y a Corea del Sur en oriente, siendo pasibles de sumarse Kasajstán, Uzbekistan en el Asia Central, Pakistán al sur y Tailandia y Taiwán en el este (Brzezinski, 1998).

Como se puede apreciar, el triunfo en la “guerra fría” y su consecuente condición de única superpotencia global, no llevó a un relajamiento de los estrategas norteamericanos. El surgimiento y la consolidación de potencias regionales en áreas estratégicas del globo -que como vimos, se venía advirtiendo hacía décadas- afianzaban cada vez más las tendencias multi-polares que los intelectuales habían pronosticado. En ese entonces, con una notable visión de futuro, Brzezinski sentenciaba que los intereses estratégicos de Estados Unidos

deberían ser “preservar a corto plazo su poder global único y transformarlo a largo plazo en una cooperación global cada vez más institucionalizada” (Brzezinski, 1998:48).

Geopolítica crítica

El sistema internacional había empezado a experimentar profundos cambios a partir de la década de 1970, que se profundizaron luego de la caída del Muro de Berlín y el fin de la “guerra fría”. La globalización aceleró su ritmo, con el desarrollo de las tecnologías de la información como punta de lanza, provocando una creciente interdependencia entre los países, y un fuerte proceso de transnacionalización, que parecían imponer una lógica de desterritorialización en las relaciones internacionales. En ese contexto, dentro de la comunidad académica empezaba a ganar consenso una serie de planteos que consideraban superados los conflictos denominados “geopolíticos” –es decir, simplificados como meras disputas territoriales características de la “guerra fría”- y de esa manera la geopolítica como disciplina de estudios parecía desvanecerse.

Sin embargo, aparecen una serie de autores que toman en cuenta estos profundos cambios históricos y fundan una nueva corriente de pensamiento sobre la base del cuestionamiento al desarrollo teórico predecesor: la “geopolítica crítica”. Dos de sus principales referentes, Thuathail y Dalby (1998), sostienen que la geopolítica clásica es una disciplina que condensa un conjunto heterogéneo de discursos, representaciones y prácticas, que de ninguna manera puede considerarse como una ciencia coherente, neutral y objetiva. Por el contrario, el conocimiento geopolítico es parcial y localizado, y surge como resultado de un conjunto de visiones subjetivas, que al mismo tiempo modelan prácticas geopolíticas que se van modificando con el tiempo y responden a la representación del espacio que ejercen las elites de poder.

De esta manera, al reconocer la pluralidad dentro de los estudios geopolíticos, los autores realizan una clasificación que distingue dos tipos: por un lado, una “geopolítica práctica”, donde el mundo es “espacializado” en regiones con características propias, cuyo ejercicio es realizado por la burocracia encargada de la política exterior de los Estados –

diplomáticos y militares-, para orientar a los máximos decisores políticos; y por otro lado, una “geopolítica formal” desarrollada por los intelectuales de la seguridad (académicos, investigadores, think-tanks, etc) para guiar y justificar las acciones de la geopolítica práctica, a través de la elaboración de teorías, modelos y estrategias. Más tarde, otros autores (Shmp, 1993; Dodds, 2001) sumaron a esta clasificación el concepto de “geopolítica popular”, para referirse a los razonamientos geopolíticos que se elaboran en los medios de comunicación y otros medios de difusión cultural (cine, literatura, etc.) que contribuyen a la producción y circulación de un “sentido común” geopolítico que se instala en la sociedad, y hacen inteligible la geopolítica práctica y la formal.

Con la fundación de una “geopolítica crítica”, Thuathail y Dalby (1998) buscaban elaborar una apreciación más completa, que tenga en cuenta la ubicación temporal y espacial de la producción del conocimiento, que reconozca los intereses políticos y estratégicos que se encuentran detrás de la elaboración de los discursos, y también las relaciones transnacionales que se pueden dar entre las zonas fronterizas, pero también en los contactos intercontinentales. En definitiva, la “geopolítica crítica” pone sobre el centro de la escena la noción de perspectiva, entendida como el lugar desde donde se realizan las interpretaciones geográficas del mundo (Thuathail y Dalby, 1998).

Otro gran referente de esta escuela es el geógrafo político británico-estadounidense John Agnew. Para el autor, las representaciones y prácticas geopolíticas fueron desarrolladas casi en su totalidad por las elites políticas de las grandes potencias, que han tenido la capacidad de imponer sus visiones al resto del mundo. De esta manera, la geopolítica imperante impuso una visión del mundo propia de los países que la crearon, pertenecientes a la civilización occidental, mediante la elaboración de postulados que fueron concebidos a través de un razonamiento práctico en función de sus intereses. Esto se puede observar claramente en la confección de mapas, que representan una visualización del espacio desde un punto de vista parcial, que responde a los intereses de sus creadores (Agnew, 1998).

Agnew destaca cuatro puntos críticos de la geopolítica clásica:

- 1) La elaboración de percepciones binarias que simplifican la diversidad cultural y política con categorías geográficas imperiales, como por ejemplo: Oriente-Occidente; Norte – Sur; países continentales – países marítimos.
- 2) El desarrollo de postulados teóricos que fusionan tiempo y espacio, transformando el primero en una simple categoría del segundo, al colocar el desarrollo europeo-norteamericano como modelo. De esta manera crean nuevas distinciones binarias, como por ejemplo: atrasado-moderno; desarrollado-subdesarrollado.
- 3) La centralidad del Estado-nación y la espacialización del poder que se sustenta en tres suposiciones: los Estados tienen la exclusividad del poder en sus territorios; los asuntos domésticos y exteriores se encuentran en ámbitos separados, a los cuales se debe aplicar reglas diferentes; y por último que las fronteras del Estado definen las fronteras de las sociedades.
- 4) La jerarquía entre Estados se establece de la siguiente manera: las diferencias de estatus están referidas al poder relativo de los Estados, que está vinculado fundamentalmente a las ventajas de la localización geográfica, al tamaño de la población y los recursos naturales disponibles, combinados con los diferentes modos de producción. A su vez, el poder es enteramente atributo de los Estados territoriales que lo intentan monopolizar, en competición con otros Estados, en un contexto que se caracteriza por la falta de reglas y de “anarquía internacional” (Agnew, 1998).

Los cambios en el contexto internacional también generaron un fuerte descrédito en la teoría realista de las relaciones internacionales. Esta corriente describe al sistema internacional como un campo de lucha permanente entre los Estados, en el marco de un juego de “suma cero” donde el interés de cada uno excluye los intereses de los otros. El concepto de interés es definido en términos de poder, y los Estados son libres de perseguir sus objetivos, sin restricciones morales o legales de ningún tipo, por eso la actividad internacional más característica es la guerra, y la paz siempre es transitoria. Para el realismo

los únicos objetivos morales o legales en política internacional son los del propio Estado, por eso dirige su política exterior siguiendo solamente los principios de la prudencia o la conveniencia, y los acuerdos internacionales solo pueden ser respetados si las naciones creen conveniente hacerlo, de allí que el sistema internacional sea considerado de naturaleza anárquica (Llenderrozas, 2013).

Así, se ponía en cuestión un precepto central que la geopolítica clásica compartía con el realismo: el Estado concebido como actor racional y monolítico, en continua competencia con sus pares para garantizar su supervivencia y aumentar su posición de poder relativo. Como se mencionó anteriormente, el avance de la globalización y el desarrollo de nuevas tecnologías hicieron menos rígidas las fronteras nacionales, y dieron lugar a una lógica de relaciones transnacionales que trascendían la modalidad inter-estatal. De esta manera, el contexto obligó a revisar dos premisas básicas de la geopolítica clásica: el Estado ya no puede considerarse como un actor unificado, sino que se puede desagregar en actores subnacionales; y por otro lado, dejó de ser el único actor del sistema internacional, ya que ahora existe un gran universo de sujetos que tienen capacidad de influir en la vida internacional, los cuales van desde organizaciones internacionales, estatales o no estatales, hasta grupos de presión que abarcan tanto grupos empresariales, como organizaciones terroristas.

De esta manera, la geopolítica se desprende del realismo y empieza a compartir más elementos con el “constructivismo” en el campo de las relaciones internacionales. Este enfoque planteaba que los intereses de los Estados no se pueden apreciar exclusivamente desde una óptica materialista, porque los factores simbólicos/ideales cumplen un rol fundamental en su constitución, por ende, la identificación de identidades, estructuras y normas sociales es crucial para comprender la dinámica del sistema internacional.

La “geopolítica crítica” intentó entonces incorporar estos cambios al desarrollo teórico de la disciplina, creando una serie de conceptos que consideren las particularidades del nuevo mundo globalizado, con una multiplicación de actores internacionales, una creciente interdependencia y la emergencia de nuevos peligros “desterritorializados”.

Ocaso y resurrección de la geopolítica

La caída del muro de Berlín y el triunfo de Estados Unidos en la guerra fría consolidó la visión que establecía que la mayoría de los desafíos geopolíticos habían sido superados. Los argumentos de quienes sostenían esta postura eran principalmente que los conflictos internacionales ya no giraban en torno a conceptos como esferas de influencia, autodeterminación nacional, bases militares o límites territoriales (Mead, 2014). En este contexto, el desarrollo de estudios desde la geopolítica sufrió un impasse, y salvo algunos autores que profundizaron sobre las líneas que estableció la geopolítica crítica, no surgieron nuevos enfoques.

Sin embargo, podemos tomar los estudios de un prestigioso autor, que si bien no proviene de la geopolítica, realizó importantes aportes para pensar desde la disciplina. Se trata del politólogo Samuel Huntington, quien planteó una interpretación alternativa a la teoría predominante en aquella época –el “fin de la historia” y la superación de los conflictos ideológicos formulada por Fukuyama (1992)- al afirmar que los enfrentamientos en el mundo de la posguerra fría iban a tener una dimensión más profunda.

En su influyente obra “El choque de civilizaciones y la re-configuración del orden mundial” publicada en 1997, Huntington comienza afirmando que las principales diferencias entre los pueblos no son ideológicas, políticas o económicas, sino culturales. Por ende, el foco de análisis debe ponerse en el estudio de las civilizaciones, entendida como “el agrupamiento cultural más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas”, puesto que “se define por elementos objetivos comunes tales como lengua, historia, religión, costumbres, instituciones, así como por la autoidentificación subjetiva de la gente” (Huntington, 1997: 48). Y luego de señalar que las principales civilizaciones de la historia humana se identificaron estrechamente con las grandes religiones del mundo, el autor llega a la conclusión de que el rasgo de identidad más determinante es la religión (Huntington, 1997).

En su concepción, los Estados-Nación continúan siendo los protagonistas en el sistema internacional, pero los conflictos políticos mundiales pueden mutar hacia

enfrentamientos que incluyen grupos humanos particulares, naciones o civilizaciones enteras.

Con este criterio, realiza un mapeo geopolítico donde identifica nueve civilizaciones, de las cuales seis tienen perfiles bien definidos: la occidental, de origen europeo y que incorpora a sus antiguas colonias de poblamiento en Norteamérica y Oceanía; la ortodoxa, heredera de la bizantina, con centro en Rusia y extensión hacia los pueblos eslavos de los Balcanes; la sínica o confuciana, que incluye a China y se extiende por Corea y Vietnam; la japonesa, limitada a este archipiélago; la hindú, centrada en la península del Indostán; y la musulmana o islámica que, surgida en la península arábiga, se extiende desde las costas atlánticas norteafricanas hasta los archipiélagos del sureste asiático y desde Asia central hasta el sur del Sahel. Las tres restantes son: la civilización latinoamericana, a la que califica como híbrida entre la europea y la amerindia prehispánica; una civilización africana subsahariana sin identidad bien definida debido a su fragmentación interna; y una civilización budista, que incluye desde Mongolia y el Tíbet a una parte de la península de Indochina (Huntington, 1997) (Ver mapa 6).

Huntington toma este mapa como referencia para afirmar que existe un mundo multi-polar apoyado en múltiples civilizaciones, cuyos lazos culturales se refuerzan cada vez más ante el avance de la globalización y su efecto homogeneizador. El autor encuentra asidero empírico para su tesis en algunos hechos contemporáneos, como la reunificación de Alemania, que demuestra la preeminencia de sus rasgos culturales comunes por sobre la división ideológica que impuso el muro de Berlín, o la disgregación de la URSS y Yugoslavia, que se encontraban bajo sistemas de dominación muy rígidos pero con una base cultural poco cohesionada.

Existe entonces una tendencia en los pueblos a agruparse en torno a *Estados centrales o dirigentes* de cada civilización, porque

“las sociedades que comparten afinidades culturales cooperan entre sí, los esfuerzos de hacer pasar sociedades de una civilización a otra resultan infructuosos, y los países se

agrupan en torno a Estados dirigentes o centrales de sus civilizaciones” (Huntington: 1997: 34)

En esas líneas, hay una fuerte advertencia dirigida a los líderes del hemisferio occidental, pues ya no se puede pensar más en un proceso mundial de protagonismo único de la civilización occidental. Esto se explica porque aquellas entidades culturales que se han “occidentalizado” como producto de la globalización, fueron totalmente asimiladas hasta perder sus rasgos originarios y por ende destruidas, o por el contrario, se pudieron adaptar al entorno potenciando fuertemente sus identidades esenciales, como por ejemplo Japón, China o India. El declive relativo de Occidente en términos demográficos, económicos, militares y de control territorial, frente a la emergencia de otras civilizaciones como la sínica o la islámica, que experimentaron un extraordinario crecimiento económico en el primer caso y demográfico en el segundo, supone un cambio significativo en el equilibrio de poder (Mendez Gutierrez, 2011). Huntington cierra su advertencia con una reflexión alarmante:

“Occidente conquistó el mundo, no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a las que se convirtieron pocos miembros de otras civilizaciones), sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales a menudo olvidan este hecho; los no occidentales, nunca” (Huntington, 1997: 58).

Para el estratega estadounidense existen zonas de alto riesgo denominadas “líneas de fractura” que se ubican en regiones de distinta civilización dentro de un mismo Estado o bien entre Estados vecinos pertenecientes a distinta civilización. A diferencia de la era bipolar, donde había una sola línea de fractura entre dos super-potencias, ahora pueden aparecer múltiples entre las diversas civilizaciones que existen en el planeta, algo que explica la proliferación de conflictos de baja intensidad en el mundo de pos-guerra fría. En este escenario, el riesgo mayor sería la formación de *coaliciones intra o inter-civilizatorias*

que llevasen al enfrentamiento entre algunos de sus *Estados centrales*, con lo cual estaríamos ante una guerra de proporciones gigantescas, con consecuencias incalculables.

Es por eso que el autor finaliza su obra recomendando a los máximos decisores políticos -del mundo occidental, pero principalmente de Estados Unidos- que acepten y reconozcan las características estructurales de un mundo multi-civilizatorio, para dar forma a un orden político multi-polar. Para lograrlo, las potencias debían concertar una *pentarquía* entre los *Estados centrales* de las cinco principales civilizaciones: Estados Unidos (occidental), Rusia (ortodoxa), China (sínica), Japón (japonesa), India (hindú)⁹.

La etapa de posguerra fría proporcionó una imagen fugaz de un supuesto nuevo orden internacional con Estados nacionales integrados prácticamente hasta su extinción, en virtud de una inter-penetración cultural global estimuladas por el libre comercio y una comunicación más directa. Lejos de esta imagen, el advenimiento del siglo XXI demostró que el protagonismo de los Estados nacionales seguía siendo muy fuerte, y las disputas territoriales y por esferas de influencia volvieron a ocupar un rol importante en el escenario internacional. La vieja dicotomía entre liberalismo y totalitarismo, o entre occidente y oriente volvió a emerger para alinear a las diferentes potencias a lo largo del globo, y los atentados a las torres gemelas revivieron un enfrentamiento con profundas raíces entre la cultura moderna secular y la islamista radical.

En este nuevo contexto, la geopolítica vuelve a aparecer como una herramienta de análisis fundamental para interpretar los nuevos sucesos, y también para cumplir su histórico rol de asesorar a los decisores políticos de máximo nivel. En este sentido, creemos que la obra del geopolitólogo Alexander Dugin es de gran utilidad para entender los fenómenos contemporáneos, porque brinda una visión profunda de la dinámica política internacional en la actualidad y propone líneas de acción para modelar un sistema multi-polar que fortalezca la autonomía de las naciones emergentes.

⁹ Europa aparecía representada por Estados Unidos como líder de la civilización occidental, mientras que la civilización islámica carece de un Estado central, como se mencionó anteriormente.

Según la apreciación de Dugin, el orden político internacional actual es unipolar, con el mundo occidental globalizado como centro y Estados Unidos como su núcleo principal. En sus trabajos destaca fundamentalmente dos aspectos de la actual configuración de poder mundial: el primero se manifiesta en el terreno ideológico, puesto que la unipolaridad se basa en valores propios de la modernidad y la posmodernidad (individualismo, tecnocracia, materialismo) que son abiertamente anti-tradicionales, por su pretensión de universalidad. Este proceso va de la mano de la globalización, la cual se aceleró notablemente con el desarrollo de la comunicación digital y constituye una amenaza directa contra la capacidad soberana de las sociedades y la multiplicidad de culturas que existen alrededor del mundo. En palabras del autor,

“la globalización es un proceso uni-polar, porque no es una globalización realizada bajo el concepto del valor intrínseco de cada civilización. Es la imposición de una sola forma de civilización atlantista a todos los otros pueblos”. (Dugin, 2018: 21).

El segundo aspecto de la unipolaridad tiene un carácter eminentemente geopolítico, porque supone la dominación estratégica y el control territorial por parte de la superpotencia norteamericana, y un esfuerzo por organizar el equilibrio de poder en el planeta de tal modo que pueda gobernar el mundo según sus propios intereses nacionales¹⁰. Como es de suponer, hay una conexión directa entre ambos aspectos, porque ese cuerpo ideológico -que se puede sintetizar en el liberalismo -se manifiesta en el espacio geográfico a través de la estrategia geopolítica “atlantista” promovida por Estados Unidos y sus aliados estratégicos, que se materializa en la OTAN (Dugin, 2018).

¹⁰ Este esfuerzo se puede apreciar claramente en las estrategias trazadas por los intelectuales norteamericanos que teorizaron sobre la emergencia de una multi-polaridad, analizados anteriormente.

Dugin retoma el axioma geopolítico de Mackinder sobre el poder terrestre y el poder marítimo, y recupera conceptos de Carl Schmitt (1942), para realizar una interpretación que establece una oposición entre la “civilización de la tierra”, compuesta por sociedades tradicionales y conservadoras, donde la religión tiene un rol fundamental en la identidad colectiva de sus integrantes; y por otro lado la “civilización del mar”, con sociedades más dinámicas y progresistas, donde el materialismo, la transacción y el libre cambio son sus valores constitutivos (Dugin, 2018).

Se trata de dos estructuras geopolíticas que sintetiza bajo los nombres de *continentalismo* y *atlantismo*, que alcanzaron el máximo nivel de enfrentamiento durante la “guerra fría”, pero es un fenómeno que trasciende esta coyuntura histórica, por la función estratégica que ocupan sus territorios. Para el autor, el conflicto bélico entre anglosajones y españoles en 1588 -conocido como “el fin de la gran armada” por la victoria de los primeros- marcó el inicio de la hegemonía atlantista en el hemisferio occidental y constituye una expresión de lo que denomina *gran guerra de continentes* entre ambas civilizaciones (Dugin, 2018).

A pesar de la caída del muro de Berlín, y la extinción del “pacto de Varsovia”, la OTAN no solamente se mantuvo sino que se expandió sobre los países del este europeo. Para el autor, la democratización de las ex naciones soviéticas sirvió como pretexto para ampliar la esfera de influencia atlantista, lo cual demuestra que la dinámica geopolítica descrita siguió latente. De esta manera, los norteamericanos lograron correr notablemente las fronteras del *rimland*, con el avance sobre Europa oriental y luego en Medio Oriente, mediante las “guerras contra el terrorismo” en Afganistán e Irak (Dugin, 2018).

Sin embargo, esta avanzada estratégica fue interrumpida en Ucrania primero y en Siria después. La separación de Crimea y el fallido intento por derrocar a Bashar al Asad no hubieran sido posible sin la intervención de Rusia, reintroducida en el terreno de los grandes jugadores mundiales bajo el liderazgo de Vladimir Putin. Para Dugin, el despertar del gigante euroasiático plantea entonces una revitalización de la *gran guerra de continentes*, que se expresa ahora como una lucha entre la uni-polaridad y la multi-

polaridad, porque Rusia necesita aliados estratégicos para contrabalancear el poder atlantista (Dugin, 2018).

El autor propone la creación de una red de alianzas entre bloques emergentes, sobre la base de grandes espacios geopolíticos, para construir una multi-polaridad efectiva y real. La unidad continental de los distintos pueblos del mundo debe basarse no solo en meras asociaciones de Estados a partir de intereses económicos, sino fundamentalmente sobre la idea de pertenecer a una misma tradición, a un mismo entramado cultural/histórico, y debe tener objetivos políticos comunes. Retomando a Huntington, Dugin sostiene que los actores protagónicos de las relaciones internacionales deben ser las grandes civilizaciones, que no necesariamente se tienen que articular sobre alianzas entre Estados nacionales, sino también sobre instancias locales con un alto grado de autonomía, en el marco de grandes estructuras con atribuciones soberanas a nivel continental. En este esquema, el autor asigna una función primordial a las fuerzas armadas de los Estados/continente, como partícipes activos de la estrategia política, y sugiere su integración en bloques de fuerza regionales con un ejército, una armada y una aviación común (Dugin, 2018).

Para el filósofo ruso, se pueden identificar ejemplos en la actualidad que cumplen con algunos de estos requisitos. La Unión Europea constituye un ejemplo paradigmático de civilización/continente, puesto que se trata de un actor político concreto, con su propia visión estratégica, que se construyó sobre una base cultural compartida¹¹. La Unión Euroasiática (Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Bielorrusia y Armenia) representa otro polo en gestación, que se apoya sobre una civilización histórica que no es ni europea, ni asiática, sino euroasiática. China representa otra civilización/continente, aunque es caracterizado por el autor como un centro geopolítico de carácter dual: por un lado se encuentra el territorio costero, fuertemente integrado al mundo atlantista liberal que utiliza la globalización en su propio beneficio, y por otro lado está la china continental, con una economía

¹¹ Para el autor, el “brexit” representa una gran oportunidad para la Unión Europea, porque la presencia anglosajona subvertiría los valores de la civilización europea, fuertemente asentados en la cultura común greco-romana. Además, era una pieza fundamental para mantener al viejo continente dentro de la estrategia geopolítica atlantista.

principalmente agraria y una gran masa poblacional en condiciones de pobreza. Sin embargo, el férreo control del régimen gubernamental sobre ambas partes hace posible la concertación hacia un orden multi-polar (Dugin, 2018).

Como ejemplo de red de alianzas entre bloques emergentes, Dugin menciona a los BRICS, en tanto asociación no hegemónica, ya que los poderes de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica son asimétricos y complementarios. La relación de fuerzas de sus dos principales potencias lo explica: Rusia posee poder energético, pero no demográfico ni tecnológico, mientras que la situación de China es inversa, con lo cual ninguno de los países puede hegemonizar el espacio (Dugin, 2018).

Finalmente, si bien se pueden identificar tendencias claras hacia la multi-polaridad en la realidad política internacional, Dugin señala una condición fundamental para contrabalancear el poder del bloque atlantista y debilitar la uni-polaridad: una alianza estratégica entre Rusia, Irán y Turquía¹². De esta manera, se fortalecería notablemente el bloque *continentalista*, y tendría bases más sólidas para cimentar un sistema de alianzas entre aquellos países que representan a la denominada *civilización de la tierra*. Y según el autor, por características identitarias y función geopolítica, los países de América del Sur deberían ubicarse aquí.

Definición del termino

Luego de hacer un exhaustivo repaso por los principales pensadores de la disciplina a nivel mundial, estamos en condiciones de abordar las definiciones que sintetizan a la geopolítica como ámbito de estudio.

Jorge Atencio es uno de los principales estudiosos de la materia en nuestro país, y como tal, referencia obligada para cualquier trabajo académico. En su libro “¿Que es la

¹² Para el autor, la incursión rusa en Siria no solamente significó un freno a la avanzada estadounidense, sino un paso muy importante en su estrategia *continentalista*, por la coordinación con Irán y Turquía.

geopolítica?” (1982) señala que, si bien el término fue formulado por primera vez por Kjellen en 1916, previamente existía un conjunto de conocimientos que hacen al pensamiento geopolítico, pero no estaba sistematizado y ordenado bajo ciertas reglas o principios comunes que los distinga de disciplinas como la geografía o la ciencia política. De igual modo, quienes se dedicaron a sus estudios posteriormente, lo hicieron desde un punto de vista parcial, a los fines de aconsejar a los estrategas políticos de turno y no se preocuparon por metodizar sus postulados teóricos o dar definiciones precisas acerca del nuevo término.

El coronel argentino realiza un pormenorizado trabajo donde intenta dar una definición lo suficientemente exhaustiva de la geopolítica como disciplina de estudio. Para ello, comienza trazando una frontera de división con la geografía política, rama de la geografía que muchas veces es confundida con nuestro objeto de análisis.

La geografía política estudia las condiciones en que viven las agrupaciones humanas en la tierra desde el punto de vista político, y por ende, ante las variaciones que experimentan estas condiciones, su conocimiento debe referirse a un momento determinado. Como bien sabemos, las fronteras de las naciones, incluso sus divisiones internas administrativas, son contingencias históricas que están en permanente modificación. Es evidente que el estudio de estas condiciones es un soporte fundamental de la geopolítica, pero no alcanza, pues esta debe apoyarse también en el conocimiento íntegro de la geografía general, que proporciona el análisis de las condiciones relativamente estables, como lo es el ambiente geográfico. Para el autor,

“geopolítica es la ciencia que estudia la influencia de los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político, señalando que el factor geográfico está siempre presente, independiente de la voluntad de los hombres, pero no es determinante en la vida y desarrollo de los Estados” (Atencio, 1982: 41).

En virtud de orientar al decisor político, la geopolítica necesariamente tiene que considerar los factores variables, como la voluntad humana o el patrimonio cultural de una población, pero también aquellos factores que permanecen relativamente estables y solo mutan a largo plazo, como lo es el medio geográfico. De esta manera, comparte con la geografía la tarea de estudiar las condiciones geográficas que sirven de escenario a los hechos políticos, pero tiene como misión principal analizar las relaciones entre ese escenario y el comportamiento humano.

Finalmente, Atencio concluye su demarcación epistemológica señalando que, por su base geográfica, la geopolítica forma parte del campo de las geociencias, y por su finalidad, se vincula directamente con la ciencia política.

El coronel José Felipe Marini fue otro destacado militar argentino que se especializó en el estudio de la geopolítica. El autor resalta que la geopolítica es una disciplina independiente, porque tiene bien delimitados su campo, objeto y método de estudio. Con respecto al primero, su campo de estudio se define como el “espacio donde se desarrolla la política en su plenitud integral, ya se trate de las jurisdicciones territoriales de los Estados, o del ámbito donde los Estados pretenden extender su influencia” (1985:40). En cuanto al segundo, el objeto de estudio es el espacio geopolítico, definido como el “área geográfica en cuyo seno actúan recíprocamente los factores geográficos y políticos que conforman una situación geopolítica que se desea estudiar o resolver” (1985:45). Con respecto al tercero, para Marini el método de estudio varía de acuerdo a la escuela que se utilice, aunque básicamente todas analizan los factores que operan en la geografía (factores estables) con los de la política y economía (factores variables). Sobre estas consideraciones, el autor define a la geopolítica como “la ciencia que estudia las mutuas relaciones, influencias y acciones entre el Estado y el espacio, a fin de aportar conocimientos o soluciones de carácter político” (1985:44).

Hugo Sarno, otro militar argentino especialmente dedicado al estudio de la geopolítica, nos ofrece una definición más completa y actual. En su reconocido libro “lecciones de geopolítica, volumen I” (2003), afirma que “la geopolítica es la disciplina por la cual se encara el espacio geográfico, tanto en las ideas como en los hechos, de acuerdo

con los fenómenos de poder que actuaron, actúan y pueden actuar sobre el” (Sarno, 2003: s/n). Es decir, analiza la aplicación concreta del poder sobre el espacio geográfico, pero también las manifestaciones y los intereses políticos que tienen, y eventualmente proyectan, los centros de poder (político, económico, cultural, etc.) sobre el medio geográfico. Como vemos, difiere con la definición estado-céntrica de Atencio y Marini - realizada veinte años antes, en un contexto histórico donde los Estados nacionales tenían más peso en el sistema internacional-. Por otro lado, coincide en remarcar el carácter preeminente político de la disciplina, pero a diferencia de aquellos, no la considera una ciencia independiente, sino una rama de la Ciencia Política.

Sarno menciona que los países tienen bienes propios que se pueden clasificar en múltiples patrimonios: demográfico, donde la población es valorada según su calidad (salud, educación, nivel social, etc.) y cantidad (totales y parciales, distribución, orígenes, migrantes, etc.); el patrimonio cultural: sus artistas e intelectuales, su idioma, su religión, sus sistemas de enseñanza, etc.; el patrimonio histórico: sus orígenes y evolución; el patrimonio científico y técnico; el patrimonio en bienes de capital: obras públicas, tierras fiscales, etc.; el patrimonio económico y el financiero; y finalmente el que más interesa a los fines de los estudios geopolíticos, el patrimonio geográfico, que está compuesto por el espacio terrestre emergido (no cubierto por el mar) y su subsuelo, el espacio aéreo que lo cubre (Sarno, 2003) -y nosotros podríamos agregar que en la actualidad también debe considerarse el ciber-espacio-. Los países ribereños también cuentan con los espacios marítimos inmediatos (y sus subsuelos y espacio aéreo que los cubre), según lo otorga el Derecho del Mar sancionado en 1982 por la Asamblea General de la ONU.

Sarno sostiene que, desde la geopolítica, el patrimonio geográfico se puede considerar en tres partes:

- “El *núcleo vital*: esta denominación corresponde a la región más desarrollada de cada país, donde la concentración política, económica y cultural, la distingue sobre el resto del territorio por su potencialidad. Un país puede

llegar a tener más de un núcleo vital. Por ejemplo, el Ecuador tiene dos: Guayaquil y Quito.

- El *hinterland*: extensión del patrimonio geográfico que contiene las grandes producciones del sector primario de la economía (alimentos, minerales, energía), articulado en regiones de actividad característica y cohesionado con redes de circulación y comunicaciones.
- La *frontera*: es la faja territorial inmediata al límite internacional. Su característica es la transición, porque en la frontera se combinan las manifestaciones de los dos países vecinos” (Sarno, 2003)

Por último, llegamos a la definición más útil a los fines de nuestro trabajo, realizada por el profesor español Ricardo Méndez Gutierrez del Valle. El autor (2011) aclara que prefiere optar por una acepción del término, utilizada en el ámbito anglosajón, que está estrechamente ligada al plano de las relaciones internacionales. En ese sentido, destaca tres aspectos de la dimensión espacial de las relaciones internacionales:

“Por un lado el poder de los Estados, sus estrategias de actuación o sus riesgos de conflicto, se relacionan con sus características territoriales específicas, entre otros factores. En ese sentido, no importan tantos aspectos como su tamaño, posición, o dotación de recursos naturales, como el crecimiento, movilidad, y cualificación de los recursos humanos que contienen, el tipo de instituciones y relaciones sociales que en el imperan, o el stock de capital financiero, físico (infraestructuras, empresas) y cultural acumulado históricamente. En definitiva, el territorio no es simple escenario o soporte físico donde tienen lugar los procesos políticos, económicos o sociales, sino que debe entenderse como un sistema integrado de objetos y acciones, que interactúa de forma dinámica con ellos.

Por otra parte, las estrategias de poder y las relaciones interestatales, pero también las que se establecen entre otro tipo de actores que operan en el ámbito internacional, provocan impactos sobre los territorios, tanto de carácter tangible como intangible, que afectan lo mismo sobre su estructura interna que su dinamismo,

favoreciendo situaciones de relativo equilibrio y estabilidad, o por el contrario, la intensificación de las desigualdades. [...]

Finalmente, buena parte de los fenómenos que interesan a la geopolítica pueden localizarse sobre mapas. [...]. Las referencias que se hacen al mapa geopolítico aluden a la propuesta de esquemas o, si se prefiere, modelos simplificados y selectivos de la realidad, que buscan destacar sus rasgos esenciales, dejando de lado los accesorios” (Mendez Gutierrez, 2011: 17).

Antes de cerrar el marco teórico, tenemos que hacer referencia brevemente a la definición del término de autonomía que utilizaremos a lo largo del trabajo. Este se basa en el concepto de “autonomía relacional” elaborado por Russell y Tokatlian (2002), entendida como la capacidad que tiene un país para tomar decisiones con otros por voluntad propia y para hacer frente en forma conjunta a procesos ocurridos dentro y fuera de sus fronteras. Los autores sostienen que a diferencia del siglo pasado -donde el término estaba asociado al modelo de industrialización por sustitución de importaciones-, en la actualidad con el avance de la globalización y la inter-dependencia, la autonomía ya no se define por el poder de un país para aislarse y controlar procesos y acontecimientos externos, sino por su poder para participar e influir eficazmente en los asuntos mundiales. En ese sentido, afirman que el incremento de los grados de autonomía no puede provenir hoy de políticas de aislamiento o de autosuficiencia, porque eso necesariamente supone una baja participación en esquemas cooperativos y regímenes internacionales, difíciles de implementar en el actual escenario internacional sumamente globalizado e interconectado (Russell y Tokatlian, 2002).

En definitiva, los autores señalan que

La autonomía relacional como condición se refiere a la capacidad y disposición de un país para actuar independientemente y en cooperación con otros, en forma competente, comprometida y responsable. La autonomía relacional como interés nacional objetivo -esto es la preservación y ampliación de grados de libertad- se funda en un nuevo patrón de actividad, una nueva estructura institucional y un nuevo sistema de ideas e identidades. Prácticas, instituciones, ideas e identidades se definen y

desarrollan dentro de un marco de relaciones en que "el otro", en vez de opuesto, comienza a ser parte integral de lo que uno es (Russell y Tokatlian, 2002: 179).

Resumen de definiciones de geopolítica

- | |
|---|
| <ul style="list-style-type: none">• “Geopolítica es la ciencia que estudia la influencia de los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político, señalando que el factor geográfico está siempre presente, independiente de la voluntad de los hombres, pero no es determinante en la vida y desarrollo de los Estados”. (Atencio: “¿Qué es la geopolítica?”. 1982). |
| <ul style="list-style-type: none">• “La geopolítica es la disciplina por la cual se encara el espacio geográfico, tanto en las ideas como en los hechos, de acuerdo con los fenómenos de poder que actuaron, actúan y pueden actuar sobre él”. (Sarno: “lecciones de geopolítica. Volumen uno”. 2003).• “La geopolítica es la ciencia que estudia las mutuas relaciones, influencias y acciones entre el Estado y el espacio, a fin de aportar conocimientos o soluciones de carácter político” (José Felipe Marini: “el conocimiento geopolítico”. 1985). |
| <ul style="list-style-type: none">• “La geopolítica es el estudio de relaciones y estrategias de poder que establecen diferentes actores -principalmente aún los Estados, pero también otros- y que tienen implicaciones espaciales. Poder, política y espacio son, por tanto, conceptos clave siempre presentes en los análisis geopolíticos”. (Méndez Gutierrez: “El nuevo mapa geopolítico”. 2011). |

Otras definiciones de geopolítica

- | |
|--|
| <ul style="list-style-type: none">• “La geopolítica es la ciencia del Estado como organismo geográfico, tal como se refleja en el espacio”. [...] “Es la influencia de los factores geográficos, en la más amplia acepción de la palabra, en el desarrollo político en la vida de los pueblos y Estados”. (Kjellen: “El Estado como forma de vida”. 1916). |
| <ul style="list-style-type: none">• “Geopolítica es la ciencia que trata de la dependencia de los hechos políticos con relación al suelo. Se basa sobre los amplios cimientos de la geografía, en especial de la geografía política, doctrina de la estructura espacial de los organismos políticos (...) La geopolítica aspira a proporcionar las armas para la acción política, y los principios que |

<p>sirven de guía en la vida política (...) La Geopolítica debe convertirse en la conciencia geográfica del Estado” (Weigert, 1942).</p>
<ul style="list-style-type: none"> • “La geopolítica es el estudio de los fenómenos políticos considerados en sus relaciones espaciales y también en las relaciones que mantiene con la tierra... En otros términos, la geopolítica será lo que significa la etimología de la palabra: la política geográfica, es decir, la política interpretada geográficamente” (L.D. Kristof: “The origins and evolution of geopolitics”. 1960).
<ul style="list-style-type: none"> • “La esencia de la geopolítica es estudiar la relación que existe entre la política internacional de poder y las correspondientes características de la geografía” (S.B Cohen: “Geography and politics in a divided world”. 1963).
<ul style="list-style-type: none"> • “En los múltiples casos en que hoy se habla de geopolítica, se trata de hecho de rivalidades de poder sobre territorios y sobre los hombres que allí se encuentran” (Y. Lacoste: “Dictionnaire de geopolitique”. 1993)
<ul style="list-style-type: none"> • “En las diferentes situaciones en las que hoy se habla de geopolítica, se trata esencialmente de conflictos de poder. Los razonamientos geopolíticos no se plantean solo a nivel planetario. No se tratan exclusivamente de relaciones interestatales, sino que se inscriben también dentro del ámbito de cada Estado” (P. Lorot: “Histoire de la geopolitique”. 1995).
<ul style="list-style-type: none"> • “Se utiliza el termino geopolítica para denotar una cierta espacialidad del poder, que traspasa y transgrede las fronteras internacionales” (D. Slater: “Geopolitic and postmodernism”. 1996).
<ul style="list-style-type: none"> • “Geopolítica es el estudio de las relaciones internacionales y los conflictos desde una perspectiva geográfica. La perspectiva geográfica sugiere que la localización, la distancia y la distribución de los recursos naturales y humanos ejercen significativas influencias sobre las relaciones internacionales” (K. E Braden y F.M Shelley: “engaging geopolitics”. 2000).

Capítulo 2

Estado del arte

El arribo de gobiernos progresistas favorables a la cooperación y el surgimiento de nuevos procesos de concertación regional como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) despertaron el interés de los científicos sociales especializados en integración regional. De esta manera, cobraron notoriedad los trabajos de una generación de estudiosos de las relaciones internacionales que Perrotta (2018) denomina el movimiento del “regionalismo con adjetivos”, que abordaron el fenómeno utilizando categorías nuevas, para dar cuenta de los cambios que se dieron con respecto a las experiencias de integración de la década de 1990.

Un primer grupo de autores acuña el concepto de “regionalismo pos-liberal” para hacer referencia a los procesos de integración regional que se dieron a partir de principios de siglo. Sanahuja (2012) sostiene que estos pasaron de estar centrados en la liberalización del comercio y las inversiones a dar prioridad a objetivos políticos, sociales y productivos, y resalta las siguientes características:

- a. La primacía de la agenda política, y una menor atención a la agenda económica y comercial, promovida fundamentalmente por los distintos gobiernos de izquierda o nacionalistas que llegaron al poder en el nuevo milenio.
- b. El retorno de la “agenda de desarrollo”, con políticas que pretenden distanciarse de las estrategias del regionalismo abierto de la década del '90, centradas en la liberalización comercial.
- c. Un mayor papel de los actores estatales, frente al protagonismo de los actores privados y las fuerzas del mercado.
- d. Un énfasis mayor en la agenda “positiva” de la integración, centrada en la creación de instituciones y políticas comunes y en una cooperación más intensa en

ámbitos no comerciales, lo que ha dado lugar a la ampliación de los mecanismos de cooperación sur-sur.

e. Mayor preocupación por las dimensiones sociales y las asimetrías en cuanto a niveles de desarrollo, y la vinculación entre la integración regional y la reducción de la pobreza y la desigualdad, en un contexto político en el que la justicia social ha adquirido mayor peso en la agenda política de la región.

f. Mayor preocupación por las carencias de la infraestructura regional y la falta de seguridad energética.

g. La búsqueda de fórmulas para promover una mayor participación y la legitimación social de los procesos de integración.

Andres Serbin (2011) coincide con la caracterización de “regionalismo pos-liberal” y lo sintetiza como los tres grandes retornos: el retorno del Estado, la política y la agenda de desarrollo. El autor agrega que la UNASUR rescata el capital acumulado de las experiencias comercialistas desarrolladas en el marco del regionalismo de la década de 1990 (en su estatuto reconoce el legado del MERCOSUR y la Comunidad Andina de Naciones) y las pone en función de una mirada productivista y fundamentalmente política, que permite incrementar los niveles de autonomía de los países de la región frente a los Estados Unidos y diversificar sus vínculos a nivel internacional en un contexto multi-polar.

Por otro lado, Riggiozzi (2012) prefiere caracterizar estos procesos como una expresión del “regionalismo pos-hegemónico”, basada en el planteo de Acharya (2009) sobre el fin de la hegemonía estadounidense y el surgimiento de “hegemonías regionales” como resultado. Para la autora, a diferencia del “regionalismo abierto” de la década de 1990, que fue un mecanismo defensivo frente a la globalización, el “regionalismo pos-hegemónico” intenta ser algo más que una herramienta defensiva, para pasar a ser un espacio de contestación y resistencia al neo-liberalismo y la hegemonía norteamericana. En su visión, este regionalismo es una forma de gobernanza que abarca múltiples dimensiones comerciales, políticas, militares, de infra-estructura y ofrece varios caminos que no se agotan solo en el enfrentamiento con Estados Unidos.

Prieto y Betancourt (2014) también abonan a esta visión, porque tanto el ALBA como UNASUR tienen la intención de restringir la influencia de Estados Unidos en los asuntos regionales, pero sobre todo en el direccionamiento del regionalismo. Para los autores, es en la dimensión de seguridad y defensa donde más se expresa el carácter pos-hegemónico de la UNASUR, cristalizado en la creación del Consejo de Defensa Suramericano en 2008 (Prieto y Betancourt, 2014).

Por último, Briceño Ruiz (2011) y Vázquez (2011) utilizan el término de “regionalismo social” porque conciben que la integración regional no sirve de manera única a propósitos de liberalización comercial y atracción de capitales, sino que también es un mecanismo para la puesta en marcha de políticas sociales regionales que permitan generar estándares sociales, impulsar políticas redistributivas y fomentar la perspectiva de derechos. Esta visión también supone la necesidad de reducir las asimetrías entre los socios regionales.

Sin embargo, hay una línea poco explorada en la comunidad académica, que es el estudio de estos procesos de integración regional desde una perspectiva geopolítica. Durante buena parte del siglo pasado, el estudio de la disciplina tuvo una presencia importante en los sectores militares que concentraban el poder político en los países suramericanos, pero como veremos a lo largo de este trabajo, predominaba una visión Estado-céntrica y eminentemente nacional que chocaba de lleno con las ideas integracionistas. Además, su estudio se limitaba a los círculos castrenses, y estaba fuertemente emparentado con el pensamiento estratégico que se estructuraba a partir de las hipótesis de guerra con los países vecinos, bajo un marco de interpretación “realista” de las relaciones internacionales.

Como señala Julio Burdman (2015), en la actualidad la geopolítica no cuenta con demasiados espacios en las universidades y centros de investigación suramericanos, ya que su enseñanza está confinada a los institutos de formación de civiles y militares para la defensa y la seguridad, o a algunos cursos aislados, y tampoco existe una gran producción académica en la materia. A pesar del resurgimiento del interés por el estudio de la disciplina que se dio a principios de siglo, y la proliferación de investigaciones locales

sobre los proyectos de integración regional, existen muy pocos trabajos que intenten vincular ambos aspectos. A continuación, haremos un repaso de estos.

Rivarola Puntigliano (2012) analiza el papel de los planteos geopolíticos en torno a los procesos contemporáneos de integración regional suramericano. En efecto, realiza un recorrido conceptual que presenta, en primer lugar, la relación entre la geopolítica y la teoría de las relaciones internacionales, en segundo lugar, ahonda en las conceptualizaciones de la geopolítica y sus diferentes corrientes de pensamiento, para finalmente concentrarse en un análisis sobre la realidad suramericana y la influencia de los postulados geopolíticos en la constitución de la región como una entidad político-estratégica.

Uribe Escalante (2016) lleva a cabo una profunda investigación que tuvo como objetivo el estudio y análisis de la integración regional desarrollada en América del sur, haciendo hincapié en la UNASUR, en un marco temporal que abarca el período 2002-2016. Allí toma como corte el ingreso de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC), que luego posibilitó el denominado *boom* de los commodities, la conquista del gobierno por parte de partidos, movimientos sociales o líderes políticos que se definen como progresistas o de izquierda, y el fin de ciclo que significó el ascenso al poder de Mauricio Macri en Argentina en 2015 y la destitución de Dilma Rousseff y la asunción de Michel Temer en Brasil en 2016. La autora plantea que con la creación de la UNASUR se ha motorizado e intentado lograr el desacople político de la región respecto a Estados Unidos, que tuvo que atravesar un proceso de reorganización de sus intereses, mediante una estrategia de creciente militarización, y la utilización de herramientas multidimensionales para generar desestabilización política en la región. Sin embargo, Uribe Escalante señala que en la práctica la UNASUR fungió también como un mecanismo para mejorar el posicionamiento regional e internacional de los actores dominantes -en especial de Brasil- que ha centrado su estrategia geopolítica en los regionalismos para facilitar su capacidad de negociación y mejorar el posicionamiento de sus empresas en la región.

Koutoudjian (2015) realiza un trabajo de investigación que intenta demarcar cuales deberían ser los nuevos objetos de estudio de la geopolítica suramericana. A los elementos

tradicionales (los problemas limítrofes, el aumento demográfico, y el control de los espacios territoriales, marítimos y aéreos) el autor agrega la protección de los recursos naturales, minerales y energéticos y también las políticas de integración regional, que fueron ganando cada vez más lugar en la agenda de la política exterior de los países a partir de la década de 1980. Luego de hacer un breve repaso por las principales tendencias y escuelas geopolíticas suramericanas, Koutoudjian señala que se produjo una devaluación de los geopolíticos nacionalistas del siglo pasado, porque sus trabajos estaban fuertemente anclados en el marco de interpretación conceptual de la “guerra fría”, y en la actualidad existen pocos autores que utilicen un marco doctrinario geopolítico en sus análisis. El autor remarca que para avanzar hacia procesos de integración regional, los países deben resolver los problemas tradicionales, ligados a la falta de ocupación e integración territorial, los conflictos fronterizos, y la ausencia de un pleno control del espacio marítimo y aéreo y de los recursos naturales. Finalmente, concluye que en la actualidad no existen proyectos geopolíticos que intenten abordar con claridad estos desafíos.

Julio Burdman (2020) analiza el discurso de Perón en la Escuela Superior de Guerra en 1953, el cual considera un parteaguas en el pensamiento geopolítico suramericano porque en los fundamentos del proyecto de integración del ABC allí esbozados, se puede apreciar una ruptura con las categorías y conceptos tradicionales de la disciplina. Para el autor, el mandatario argentino formula una geo estrategia nacional-popular para la consecución de transformaciones geográficas y sociales, que tiene como elemento central el apoyo de la ciudadanía y la denominada “diplomacia de los pueblos”, que hace referencia al aspecto social de la integración regional. Para Burdman, sobre esta concepción novedosa se construyó una teoría del regionalismo suramericano que ha sido analizada en clave histórica, enfatizando el contexto particular de la “guerra fría”, y así se la vinculó a una práctica geopolítica clásica de origen ratzeliano. Sin embargo, el autor plantea que la innovación de Perón significó un giro hacia lo que hoy entendemos como geopolítica crítica y en ese entonces no existía aún, porque además de disentir con el orden hegemónico, Perón advierte sobre los límites de la política exterior de los Estados-nación y el fin de la geopolítica convencional.

Barrenengoa (2016) realiza un trabajo que analiza algunos aspectos claves del denominado “regionalismo estratégico” a partir de las estrategias de integración física impulsadas por el Consejo Sudamericano de Infraestructura y Planeamiento (COSIPLAN) de la UNASUR, en el período 2007- 2011. Para la autora, el fenómeno de la regionalización le confiere a latinoamérica una impronta particular, porque se da en un período de configuraciones y acciones estatales en dirección a la generación de plataformas de integración que se traducen en diferentes experimentos de articulación bajo novedosas agendas. Barrenengoa presenta una serie de interrogantes que surgen al plantear que el COSIPLAN es un organismo que nace en un escenario latinoamericano reconfigurado y caracterizado como “postliberal”, pero que al mismo tiempo retoma una iniciativa de proyectos que responde a una coyuntura de acumulación decididamente neoliberal, como la IIRSA. En este cruce problemático radica parte del planteo y los interrogantes en torno a las estrategias del COSIPLAN desde Argentina y Brasil, los cuales la autora intenta indagar.

Bruno Fornillo (2015) sostiene que la geopolítica posee una amplia tradición en suramérica que no ha sido correctamente analizada y ponderada. En función de esa vacancia, el autor desarrolla un trabajo que presenta un panorama general sobre la consolidación de la disciplina durante la segunda posguerra mundial y sus posteriores derivas, hasta llegar a las perspectivas actuales, dominadas por la expansión de una “geopolítica crítica”, que ya no se encuentra confinada en la esfera militar sino que se ha pluralizado. Fornillo plantea como hipótesis que la geopolítica con su carga prescriptiva tuvo un papel fundamental en la formulación de muchas políticas medulares que los gobiernos de la región implementaron durante el siglo pasado, y que a diferencia de otras formulaciones teóricas como por ejemplo la “teoría de la dependencia”, no tuvo la consideración correspondiente por parte de los especialistas locales.

Por otro lado, tenemos una serie de trabajos que analizan específicamente la formación y el desarrollo de la escuela geopolítica brasilera, en función de sus aportes a los procesos de integración regional actual.

Matías Battaglia (2011) lleva a cabo una extensa investigación que intenta explicar de qué manera el pensamiento geopolítico brasileño contemporáneo evolucionó desde el

contexto de guerra fría hasta el ascenso del Partido de los Trabajadores (PT) al poder en 2003, marcando como logró sostenerse como una fuente válida de conocimiento para la toma de decisiones políticas estratégicas. La hipótesis central del trabajo sostiene que Brasil promovió la UNASUR desde una perspectiva geopolítica, en tanto que su propulsor – Lula Da Silva- tomó la decisión fundamentándose en los criterios básicos de la escuela geopolítica brasilera. Para el autor, se dio un “redescubrimiento” de la geopolítica por parte del PT, que se evidencia en las políticas que lleva a cabo el gobierno en materia de integración regional, pero también de organización y articulación productiva hacia el territorio nacional, proyección hacia el Pacífico, colonización de espacios vacíos amazónicos y del centro-oeste, el establecimiento de una industria de defensa de peso, entre otras. De esta manera, se puede observar que el estudio de la geopolítica en Brasil pasó de ámbitos castrenses o académicos relativamente cerrados, hacia otros mas abiertos vinculados a la dirigencia civil y política, marcando un proceso de popularización de la geopolítica en la etapa democrática.

Rebollar Viana (2010) realiza una investigación académica que analiza el discurso del gobierno brasilero en torno a la creación de la UNASUR, tomando como base los aportes de la geopolítica crítica. Así, mediante la identificación de las representaciones y practicas espaciales, la autora busca exponer la artificialidad de un discurso que pretende llegar a ser dominante en la región suramericana, estableciendo un conjunto de prácticas hegemónicas que buscan imponerse sobre otras, en función del proyecto de nación de Brasil. Rebollar Viana destaca que el país carioca se convirtió en un actor estratégico del escenario internacional porque tuvo una acertada administración de los recursos geopolíticos, una diplomacia activa y una política exterior perseverante en su búsqueda de convertir a la nación en una potencia.

Tobar Mora (2015) realiza un estudio descriptivo de los intereses geopolíticos de Brasil con referencia a la promoción de un régimen de seguridad y defensa regional dentro del marco institucional de UNASUR. El autor recoge una serie de elementos geográficos e históricos para caracterizar la geopolítica brasileña con respecto a suramérica y realizar un diagnóstico sobre los intereses de seguridad y defensa nacional del país carioca. Luego

compara estos en función de la similitud que tienen con los objetivos regionales pregonados en el seno del Consejo de Defensa Suramericano, a partir del análisis del contenido discursivo brasileño, contemplando tanto elementos conceptuales como materiales. El autor intenta de esta manera examinar el rol que cumple Brasil en la instauración de un régimen formal de seguridad y defensa en el subcontinente.

Gallardo, Gonzalez y Aguirre (2012) analizan la trayectoria de las aspiraciones geopolíticas de Brasil, que evolucionaron desde su restricción regional, en que sus consideraciones se centraron en sus oportunidades para hegemonizar suramérica, hasta sus contemplaciones globales contemporáneas. Los autores llevan a cabo un recorrido histórico para comprender cómo Brasil logró construir una percepción interna de su capacidad para llegar a ser una potencia regional, y posteriormente, como se trasladó esa percepción hacia el ámbito global. Ese proceso de ascenso se analiza en función de las fortalezas y debilidades, señalando que el potencial geopolítico está fuertemente limitado por los niveles de subdesarrollo que tiene el país carioca, con fenómenos como pobreza extrema, desnutrición infantil y desempleo estructural, pero que igualmente presenta condiciones para construir un liderazgo latinoamericano.

José William Vesentini (2007) plantea que durante gran parte del siglo XX existió en Brasil una mirada geopolítica con un peso significativo en el ámbito de la política exterior estratégica, que entró en crisis a partir de la década de 1980. Allí, el autor realiza un análisis profundo del desarrollo de la escuela geopolítica brasilera desde principios del siglo pasado, cuyos temas centrales eran la ocupación de la amazonía, la potenciación del Estado como principal agente del desarrollo económico, la construcción de vías de comunicación internas, entre otros, desde una perspectiva geopolítica clásica que estaba fuertemente vinculada al contexto bi-polar y la doctrina de la seguridad nacional. Sin embargo, la democratización en la década de 1980 y la profundización de la globalización generaron un nuevo escenario histórico que, para el autor, expuso con claridad las limitaciones de la escuela geopolítica clásica.

Por último, si bien el trabajo de Ostos Cetina (2014) no se enmarca dentro de los estudios sobre integración regional, podemos incluirlo aquí porque utiliza elementos

teóricos de la geopolítica clásica para explicar la reconfiguración de los intereses estadounidenses en la región suramericana durante las últimas décadas, mediante la estrategia de combate a las denominadas “nuevas amenazas” del terrorismo y el narcotráfico. El autor señala que Estados Unidos estructura su política exterior en la región a partir de un diseño geopolítico que identifica a Colombia, ubicado geográficamente entre el mar Caribe y los territorios que conforman la cuenca andino-amazónica, como el *rimland* y pieza central del cerco estratégico desde el cual se pretende “vigilar” las acciones de su vecino inmediato, Brasil, que constituye el *heartland* o *área pivote* de la región suramericana.

Capítulo 3

El pensamiento geopolítico local y su enfoque Estado-céntrico

En este capítulo abordaremos el pensamiento de los principales autores geopolíticos de Brasil y Argentina desde el surgimiento de la disciplina hasta el fin de la “guerra fría”. El corte temporal se realiza en función de enmarcar el enfoque “Estado-céntrico” característico en los geopolíticos de ambos países, que se corresponde con el contexto histórico de guerras mundiales y luego de enfrentamiento bi-polar entre Estados Unidos y la URSS. Utilizaremos el mismo criterio de selección que en el capítulo anterior, que pondera la importancia de la obra del autor en función de su repercusión en el campo de estudio —es decir, si sus planteos fueron retomados o generaron debates dentro de la disciplina—, además de la influencia que pudo ejercer dicha obra en los círculos de decisión política.

Pensamiento geopolítico brasileiro

Según Vesentini¹³ (2007), se puede hablar de una escuela geopolítica brasilera porque existe un conjunto de autores que compartieron inquietudes intelectuales y abordaron temáticas comunes desde una perspectiva geopolítica, y también dialogaron entre sí generando intercambios permanentes, con visiones que en determinados aspectos coincidían pero en otros no. La preocupación por la integración territorial y las fronteras nacionales, las críticas al federalismo existente y su alegato en favor de la construcción de un Estado fuertemente centralizado, y la aspiración de convertir a Brasil en una potencia

¹³ El autor es doctor en geografía por la Universidad de Sao Paulo, docente en esa casa de estudios y su especialización es el estudio de la geopolítica y la planificación territorial en Brasil.

regional y mundial fueron algunos de los temas que trataron sistemáticamente en sus obras. Como veremos, muchas de estas consideraciones fueron llevadas a la práctica por los gobiernos de turno, reafirmando el vínculo tradicional que existe entre geopolítica y poder.

El general Mario Travassos¹⁴ es considerado el precursor de la escuela geopolítica brasileña. En su obra plantea que la geografía sudamericana está atravesada por dos antagonismos fundamentales: uno vertical, compuesto por el Océano Pacífico y el Océano Atlántico, y otro horizontal, que enfrenta la cuenca del Amazonas con la cuenca del Plata. Ambos son los principales determinantes de las condiciones del espacio sudamericano en general, y dada su magnitud, del brasileño en particular (Travassos, 1930).

Para el autor, el primer antagonismo establece una división entre los pequeños Estados del Pacífico, ubicados entre una costa estrecha y los valles andinos, cuya proyección de poder esta severamente limitada por la cordillera de los Andes, y por otro lado, los dos grandes Estados del Atlántico Sur -Argentina y Brasil-, con una dotación territorial mayor. Con respecto al segundo antagonismo, Travassos sostiene que la rivalidad entre la cuenca platense y la amazónica se expresa en el control de Bolivia, cuyo territorio posee ambos sistemas fluviales, y es disputado por la vecina nación de Argentina, que en ese entonces tenía una red de infraestructura más desarrollada (Travassos, 1930).

Según Travassos, Brasil debía trazar una estrategia geopolítica que trascienda esos antagonismos, al establecer un poder marítimo defensivo en la costa del atlántico, y proyectar su poder territorial hacia la cordillera de los Andes y el Plata. Aquí podemos observar la influencia de los geopolíticos clásicos como Mackinder, Mahan o Ratzel, pues para el autor la proyección de poder marítimo, territorial y la ocupación de los espacios vacíos constituyen un aspecto fundamental en el desarrollo del potencial geopolítico brasileiro.

¹⁴ Mario Travassos (1891-1973) fue un general del ejército brasileiro, que participó de la Fuerza Expedicionaria brasileña en la segunda guerra mundial y se destacó como comandante de la escuela de educación superior del ejército -Academia Militar de Agulhas Negras (AMAN)-. También participó de la comisión que diagramó la planificación del traslado de la capital hacia Brasilia.

En su obra, el territorio nacional aparece dividido en cuatro áreas: el Nordeste Subecuatorial, la Vertiente Oriental de los Altiplanos, el Brasil Amazónico y el Brasil de la Cuenca del Plata. Las primeras dos componen lo que denomina el Brasil longitudinal y funcionan como conectores de los sistemas fluviales del Amazonas y del Plata, por lo tanto, para el autor cumplen el rol de garantes de la unidad nacional. Mientras que el Brasil amazónico y del Plata son áreas vitales para ampliar el poder nacional en el subcontinente (Travassos, 1930).

Para Travassos, la cuenca amazónica tiene un potencial centrípeto en el Cono Sur, por la capacidad de conexión que tiene su sistema fluvial, uniendo territorios que van desde Bolivia hasta Venezuela, pasando por Perú, Ecuador y Colombia. Según sus palabras, la cuenca amazónica

“Representa una verdadera fuerza homogeneizadora, asignando al cauce inmenso del Amazonas el papel de péndulo regulador de las oscilaciones de aquellos territorios [...] Tócale al Brasil adquirir conciencia de esa formidable realidad geográfica. En sus manos está el curso del Amazonas, el majestuoso desenlace de todo el drama económico que se prepara en los bastidores del soberbio anfiteatro amazónico del cual hemos recorrido a largos pasos sobre la carta geográfica” (Travassos, 1930:40).

Por su parte, la importancia de la cuenca del Plata radica en la influencia que puede ejercer Argentina a través de su sistema fluvial. En efecto, Travassos proponía intervenir esa región mediante la apertura de líneas de comunicación ajenas al alcance de Buenos Aires, para extender la influencia brasilera sobre el triángulo central de Bolivia (Santa Cruz, Cochabamba, Sucre) y así contrarrestar la incidencia argentina sobre los considerados “Estados tapones” de Bolivia, Paraguay y Uruguay. Esta estrategia tenía al Matto Grosso como centro de proyección de poder subcontinental, dado que se encuentra geográficamente en el “corazón” de la masa continental, en medio de los sistemas del Plata y del Amazonas, y en el límite de los países mediterráneos.

Como vemos, la preocupación por contener la expansión argentina en la región es una constante en la obra del general brasileiro. El desarrollo en infraestructura, el control de las vías de comunicación fluvial y terrestre que conectan su territorio con los países vecinos, su cohesión interna y la existencia de una identidad cultural común hispanoamericana eran rasgos que posicionaban a Argentina como el actor predominante de la región, según el autor. Para disputar su liderazgo, Brasil tenía que emprender una “marcha hacia el oeste” que conecte al país con los Estados andinos y mediterráneos - ofreciéndoles una salida al Atlántico- para de esta manera poder superar los dos antagonismos fundamentales que caracterizan a la región sudamericana y contrarrestar así la hegemonía argentina (Travassos, 1930).

El profesor universitario Everardo Backheuser¹⁵ contribuyó notoriamente a la consolidación del pensamiento geopolítico brasileiro desde su especialidad, los estudios geográficos. Agudo lector de Ratzel, seguidor también de las ideas evolucionistas que promovía el darwinismo social, temía que la “inferioridad” de la raza local le impidiera a Brasil poder jugar en el concierto de las grandes naciones del mundo. Por eso encontró en la planificación territorial un instrumento válido para promover la civilización de la población, utilizando la inmigración europea, el desarrollo de las instituciones educativas y un trazado territorial que resuelva las diferencias en el desarrollo a nivel regional, formando así un sentido de pertenencia e identidad nacional superior (Backheuser, 1952).

Backheuser contribuyó significativamente a la institucionalización y sistematización de los estudios geográficos en Brasil. Colaboró activamente en la creación del Consejo Nacional de Geografía (1937), y el Consejo Nacional de Estadística (1936) -que luego se fusionó con el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (1938)-, los cuales trabajaron intensamente junto al Estado para recopilar información sobre el territorio y aportaron insumos fundamentales para la planificación territorial de Brasil.

¹⁵ Everardo Backheuser (1879-1951) fue un destacado ingeniero, geólogo y geógrafo brasileiro. También fue uno de los principales ideólogos de la reforma urbana de Río de Janeiro (Distrito Federal en ese entonces) implementada por el alcalde Pereira Passos en 1902, con quien compartía la profesión de ingeniero y las preocupaciones por la urbanización y modernización del país.

La preocupación principal de Backheuser pasaba por una eventual desintegración territorial de su país, a través de la balcanización de las provincias con límites fronterizos. En efecto, promovía una fuerte “política de fronteras”, bajo el amparo de un régimen federal que tenga como objetivo la ocupación territorial efectiva del país, mediante un reforzamiento pleno de las fronteras terrestres y marítimas. Para el autor, la política territorial tradicional de Brasil se basó en el desarrollo de las ciudades costeras del atlántico, y tuvo menor consideración por el gigantesco y poco explorado espacio interior, una suerte de *hinterland* sudamericano, que podía ser valorizado por el resto de los países. En consecuencia, proponía el traslado de la capital hacia el interior rural para reforzar las regiones de frontera, lo cual no solamente abonaría a la consolidación territorial sino también al desarrollo económico industrial, una clave fundamental para explotar el potencial geopolítico del país (Backheuser, 1952).

Couto e Silva¹⁶ fue quizás el pensador geopolítico más destacado de Brasil, con una activa participación en el ámbito político y una labor importante en el plano teórico, siendo uno de los precursores de la denominada “doctrina de seguridad nacional”. Fue sumamente influyente en el período de administración militar (1964-1985) y es considerado por algunos autores como el hombre más poderoso durante los años que estuvo en funciones gubernamentales (Levine, 1982; Moniz Bandeira, 2009).

El general del ejército fue parte de una generación de militares formados en la Escuela Superior de Guerra que se dedicaron al estudio de la geopolítica y elaboraron un paradigma de seguridad multidimensional que incluía al desarrollo económico, una especie de actualización del lema “orden y progreso” adoptado por la elite modernizadora de Brasil,

¹⁶ Golbery do Couto e Silva (1911-1987) fue un destacado general del ejército brasileño, cuya carrera militar incluye la participación en la Fuerza Expedicionaria brasilera en Italia durante la segunda guerra mundial, para luego ser jefe de operaciones en el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, y más tarde Jefe de Gabinete de la Secretaría General del Consejo de Seguridad Nacional. Su participación en el plano político fue aún más destacada, primero fue organizador y primer titular del Servicio Nacional de Informaciones, luego Jefe de Gabinete de la Presidencia entre 1974 y 1981, y más tarde Ministro de Planeamiento y Ministro de Justicia durante la presidencia de Figueiredo (1979-1985)

que funcionó como guía para los gobiernos dictatoriales del siglo XX. Este grupo de militares “atlantistas” propiciaba una alianza estratégica con Estados Unidos en su lucha contra el comunismo internacional y la defensa de los valores occidentales, a cambio de ser reconocido como una potencia regional sudamericana con proyección en el Atlántico sur. Este sector ejerció una vasta influencia en el período de 20 años inaugurado por el golpe militar de Castelo Branco en 1964, que se constituyó sobre una sólida y duradera alianza entre la burguesía industrial en ascenso y la elite tecnocrática militar.

Couto e Silva dedica su obra a planificar la proyección nacional, regional y mundial de Brasil, y para eso establece tres círculos de visión en materia de política exterior: el primero denominado "Imperio Brasileño" limitado a la esfera nacional, el segundo es el “Marco Continental” que refiere al ámbito regional, y finalmente el plano global que designa como "el mundo amenazador más allá de los mares tumultuosos" (Couto e Silva, 1967)

En cuanto al primero, Couto e Silva sostiene que la extensión territorial que figura en los mapas de Brasil tiene un carácter meramente formal, porque no existe un control real del territorio, y para lograrlo el país tiene que estar suficientemente articulado en su interior, efectivamente integrado en términos económicos, y contar con un férreo control sobre sus fronteras. El general afirma que se puede diagramar una política de proyección nacional desde el “núcleo central” de Brasil, una especie de *heartland* brasilero compuesto por el triángulo de Río de Janeiro, San Pablo y Belo Horizonte, dado que esta zona tiene una ubicación geográfica estratégica, posee un gran dinamismo en términos económicos y concentra la mayor cantidad de población. El resto del país está conformado por las “Penínsulas” -estas son las regiones del Nordeste, Centro-Oeste y Sur-, que deben ser integradas al “núcleo central” y la “Isla Amazónica”, que debe tener una utilidad principalmente defensiva ante los países hispanos, pero también cierto dinamismo económico y social para que el país pueda contar con un enclave de desarrollo alejado del litoral (Couto e Silva, 1967) (ver mapa 7).

Para el autor, el crecimiento económico endógeno era una condición básica para la integración territorial y la consolidación en el plano interno. Si observamos el período

histórico denominado como “milagro brasileño”, vemos que el PBI llegó a crecer por encima del 10% anual (1968-1973), el PBI industrial alcanzó un crecimiento de 18% en 1973, mientras que 43 de las 100 empresas más grandes eran propiedad pública o estaban controladas por el gobierno, y 200 de las 600 empresas existentes en Brasil se habían fundado a partir de 1964 (Moniz Bandeira, 2009).

En cuanto al marco regional, el autor considera que el subcontinente es una “fortaleza sudamericana” y Brasil es su centro articulador. Divide a América del Sur en cinco compartimentos:

1) Área de Reserva General en la Plataforma Central de Maniobra: el “núcleo central” de Brasil mencionado anteriormente.

2) Área de Amazonia: Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y las tres Guyanas; y las regiones del Brasil: Estado de Amazonas, Pará, Acre y Tocantis.

3) Área Platino-Patagónica: Argentina, Chile, Uruguay y Río Grande do Sul.

4) Área Continental de Soldadura: Bolivia, Paraguay, el norte de Chile, Rondonia, los Estados de Matto Grosso y Matto Grosso do Sul.

5) Área del Noreste brasileiro: Estados de Bahía, Piauí, Maranhao, Ceara, Río Grande do Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas y Sergipe (Couto e Silva, 1967) (Ver mapa 8).

Para Couto e Silva el “área de soldadura” tiene una importancia superior al resto, porque es un punto de conexión que articula al área Amazónica con el área Platino-Patagónica, y constituye una zona de influencia directa de Argentina, principal rival de Brasil en la región. Al igual que Travassos, ve en la nación vecina un “heredero” natural del imperio hispanoamericano, y teme que a través de una política territorial expansiva intente recrear el virreinato, formando un bloque regional en alianza con Venezuela, Perú y Colombia, los países con mayor potencial productivo y demográfico (Couto e Silva, 1967).

Según el autor, la dependencia económica que tienen Bolivia y Paraguay con respecto a Argentina los convierte en sus “prisioneros geopolíticos”, por lo tanto, Brasil debía trazar una política duradera de influencia en esa región para bloquear el área de soldadura que posibilite la reconstrucción del virreinato español (Couto e Silva, 1967). Estas consideraciones tuvieron efectos prácticos, como veremos hacia el final del capítulo.

En cuanto al último estadio, Couto e Silva sostiene que Brasil debe alinearse en el bando Occidental conducido por Estados Unidos, en el marco de la “guerra fría” con la URSS, pero sin perder la perspectiva propia y la defensa de los intereses nacionales. Según el autor, América del Sur es una parte fundamental de la estructura de seguridad occidental, y la defensa del Atlántico Sur le corresponde naturalmente a Brasil porque “la geografía le confirió a la costa brasileña y a su promontorio nordestino casi el monopolio del dominio del Atlántico Sur” (Couto e Silva, 1967: 229). Esta concepción le confiere también una proyección hacia las costas occidentales africanas, particularmente sobre las colonias lusitanas porque considera que es “una responsabilidad portuguesa que debemos estar prontos a reconocer y a asumir en cualquier momento, como si fuera también nuestra” (Couto e Silva, 1967: 231). El autor consideraba de fundamental importancia fortalecer la presencia en la franja que va desde Natal-Dakar –a partir del control de las islas Fernando de Noronha y Trinidad en el océano atlántico- para poder proyectarse hasta el extremo meridional en el continente antártico, y de esta manera garantizar la defensa del bloque occidental ante la amenaza que suponía la URSS en una zona vital, así como también posicionar a Brasil como una potencia regional con proyección global.

Carlos de Meira Mattos¹⁷ fue otro gran exponente de la escuela geopolítica brasilera. Hombre de confianza de Castelo Branco, participó inicialmente del golpe de Estado que inauguró el período militar 1964-1985, y luego tuvo una participación activa en los sucesivos gobiernos dictatoriales. Su obra se inscribe en la línea de pensamiento que

¹⁷ Carlos de Meira Mattos (1913-2007) fue un general de división del ejército brasileño, cuya carrera militar también incluye el paso por la Fuerza Expedicionaria en la segunda guerra mundial, la conducción del curso de infantería de la AMAN y su participación como agregado militar en Bolivia durante dos años. Durante el período de administración militar, ocupó roles destacados: fue viceseefe del gabinete militar de Castelo Branco, interventor federal del Estado de Goias, comandante del contingente brasilero en la intervención de la OEA en República Dominicana en 1965 y jefe de las tropas federales que intervinieron en el Congreso Nacional en 1966. Su carrera en el ámbito de la educación incluye el cargo de comandante de la AMAN, y profesor de geopolítica en la Escuela Superior de Guerra, la Escuela de Guerra Naval, y la Aeronáutica brasilera, para luego ser vice-director del Colegio Interamericano de Defensa en Washington DC.

establecieron los autores anteriormente analizados, aunque exhibe algunas diferencias con respecto al camino que tenía que tomar Brasil para alcanzar el estatus de potencia mundial.

A diferencia de Couto e Silva que considera el “área de soldadura” como un enclave de proyección de poder nacional en el subcontinente, Mattos afirma que el Amazonas en su conjunto es el *pivote estratégico* desde el cual Brasil podía articular un espacio transnacional en la región. Su objetivo es crear una “Amazonia sudamericana”, y para ello diagrama un plan que establece tres polos fronterizos de desarrollo en las siguientes zonas: el primero asentado en la ciudad de Boa Vista -el municipio más poblado del Estado de Roraima y única capital brasilera que se encuentra por encima de la línea del Ecuador- y comprende el área de acceso norte a Guyana, Surinam, Venezuela y Colombia; el segundo situado en la ciudad de Manaus -capital del Estado de Amazonas- que conecta el pasaje del oeste hacia Perú y Ecuador por Iquitos y Leticia; y el tercero ubicado en la ciudad de Rio Branco - capital del Estado brasilero de Acre- sobre el canal suroeste hacia Perú y Bolivia. Según el plan de Mattos, estas zonas deberían estar conectadas con el Planalto por medio de ferrocarriles y autopistas, para generar “áreas interiores de intercambio internacional”, y reducir así la dependencia marítima-comercial de la región amazónica (Meira Mattos, 1997). (Ver mapa 9).

El autor retoma la “teoría de la polarización económica” formulada por el economista francés Parroux, que propone la creación de polos de desarrollo en lugares remotos e inhabitados para dinamizarlos e incorporarlos al desarrollo nacional. De acuerdo a la geografía brasilera, Mattos recomienda reforzar el trazado urbano estratégico que rodea el Amazonas, estableciendo las ciudades de Belém, Marabá, Santarém, Manaus, Boa Vista, Rio Branco y Porto Velho como bases de apoyo logístico y administrativo para la expansión económica, emulando la “marcha hacia el oeste” de los Estados Unidos. En consecuencia, Brasil podría motorizar y liderar el desarrollo en el Amazonas, considerada el pivote estratégico del subcontinente, para poder expandir su influencia en el resto de Sudamérica y consolidarse como potencia regional (Meira Mattos, 1980).

Luego del Amazonas, el segundo *espacio vital* para la estrategia de poder de Brasil es el Atlántico Sur. El punto de partida del autor es la preocupación por un eventual

estrangulamiento económico¹⁸—que también se reflejaba en la necesidad de convertir el Amazonas en una región autosuficiente-, y ante lo cual propone un ambicioso plan de construcción de navíos para fortalecer tanto la flota mercante como la flota de guerra, y así proteger las extensas líneas marítimas brasileras (Meira Mattos, 1980).

Meira Mattos sostiene que su país debe establecer cuatro áreas de interés en el Atlántico Sur: en primer lugar, el eje Trinidad y Tobago - Antillas Menores que llega hasta la Península Ibérica y Gibraltar; en segundo lugar, el eje Belem-Recife-Dakar -que se extiende hasta el Caribe e incluye el estratégico Canal de Panamá-; en tercer lugar, el Cono Sur, África y el paso estratégico del Estrecho de Magallanes en Tierra del Fuego; y por último, la Antártida, un espacio crucial para los accesos a los Océanos Pacífico e Índico¹⁹. De esta manera, Brasil podría contar con un perímetro de seguridad extendido sobre el Atlántico medio y sur, desde el Caribe y la península ibérica hasta la Antártida, para garantizar la presencia marítima en una zona estratégica (Meira Mattos, 1980) (Ver mapa 10).

Para Meira Mattos, la proyección de intereses en el continente africano tenía que trascender la visión de seguridad característica del contexto de guerra fría. El fortalecimiento de los vínculos comerciales tiene un carácter estratégico, porque si bien en el corto plazo las exportaciones primarias de Brasil y los países africanos competían entre sí, el autor cree que a mediano plazo su país podía consolidar el proceso de industrialización y diversificar su canasta exportadora, y encontrar así un gigantesco mercado complementario en el continente vecino. En ese sentido, los lazos históricos que unen a los cariocas con las ex colonias portuguesas del sudoeste africano podían aprovecharse para entablar una relación bi-lateral estratégica (Meira Mattos, 1984).

¹⁸ Hay que recordar que el autor escribe estas líneas en el contexto de la guerra fría, donde las maniobras coercitivas extremas eran una posibilidad latente.

¹⁹ Meira Mattos afirmaba que Brasil debía apoyar los reclamos de Chile y Argentina con respecto al continente antártico. Hacia el final del capítulo haremos un análisis de esta mirada cooperativa con respecto a los países vecinos.

Por último, y al igual que sus antecesores, el autor considera que Brasil tiene las condiciones para transformarse en una potencia mundial, porque cuenta con “inmensos recursos naturales, capacidad industrial, tecnológica, científica y cohesión interna” (Meira Mattos, 1980: 36). Las ostentosas cifras de crecimiento económico y el fuerte desarrollo industrial durante el “milagro brasileiro”, proporcionaban argumentos empíricos a los estrategas como Meira Mattos para proyectar el poderío brasileiro más allá de sus fronteras. En ese sentido, cabe destacar que si bien el autor no cuestionaba la alianza estratégica con Estados Unidos, pensaba que podía verse afectada en el largo plazo por la existencia de intereses contrapuestos característicos de las grandes potencias (Meira Mattos, 1980).

Pensamiento geopolítico argentino

A diferencia de lo sucedido en Brasil, en Argentina no existió una línea de continuidad entre los autores que desarrollaron propuestas teóricas desde una perspectiva geopolítica que nos permita hablar de una “escuela argentina”. Si bien compartieron inquietudes y preocupaciones similares, lo hicieron desde visiones diferentes y a partir de la elaboración de diagnósticos que variaban al ritmo del contexto histórico-político particular en que cada uno escribió. Esto se explica, en parte, por la existencia de profundas diferencias ideológicas en el seno de las Fuerzas Armadas, el principal centro de producción de conocimiento geopolítico y actor fundamental de la escena política argentina durante gran parte del siglo XX.

El autor fundacional de la literatura geopolítica argentina es Segundo Storni²⁰. Pionero en la teorización sobre el poder marítimo, el vicealmirante plantea que para alcanzar un destino de grandeza, la nación argentina debe aceptar su condición insular y

²⁰ Segundo Storni (1876-1954) fue un marino destacado de la Armada de la República Argentina, que ocupó puestos importantes en dicha institución, siendo Jefe del Estado Mayor General, director de la Escuela Naval y director General de Material. También fue Ministro de Relaciones Exteriores durante la presidencia de Ramírez (Junio 1943-Septiembre 1943).

tomar conciencia del potencial que ofrece el desarrollo marítimo, dejando atrás la visión principalmente terrestre que había tenido hasta entonces.

Fiel seguidor de las ideas del almirante Mahan, Storni sostiene que el poder naval es el instrumento más eficaz para promover los intereses comerciales en el mundo y garantizar la defensa nacional. Al igual que su par norteamericano, el autor resalta el carácter insular y marítimo de su país, cuya ubicación geográfica determina su destino asociado inevitablemente al mar, puesto que “la distancia media que separa a esa casi isla del centro de gravedad de la civilización, ¡es no menor de diez mil kilómetros de vía totalmente marítima!” (Storni, 2009: 28).

Para Storni, el poder marítimo se construye a partir de tres factores: la producción, el transporte y el mercado. Con producción no se refiere solo a los bienes de exportación, sino a los “elementos indispensables para la construcción, sostenimiento y progreso de un abundante material naval” (Storni, 2009:67); mientras que el transporte debe estar bajo control soberano del país, y cumple un rol fundamental porque apalanca la industria mecánica y de la construcción, y por último, el mercado es el que nos vincula con el resto de los países del mundo y debe ser protegido porque es la “fuente de riqueza” (Storni, 2009).

Como vemos, Storni pone el acento en el intercambio mercantil cuando se refiere al poder naval, porque considera que el desarrollo comercial argentino iba a estar supeditado al desarrollo marítimo, ya que todas sus rutas de intercambio eran transoceánicas. En efecto, su preocupación principal pasa por desarrollar una marina mercante que explote de manera eficiente el comercio exterior, y para eso necesita la protección de una poderosa marina de guerra que garantice la seguridad de las rutas comerciales en su tránsito hacia los “centros de civilización”. En su obra, vemos que los puertos, las bases navales, los submarinos, el servicio de vigilancia de aviones y guardacostas aparecen como soportes fundamentales del sector comercial, que necesita una flota de mar con una extensa cobertura y con una capacidad logística tal que pueda desplegar puntos de apoyo en las principales rutas comerciales (Storni, 2009).

Storni analiza el territorio nacional en función de su comunicación al mar, y establece las siguientes siete divisiones: el *hinterland* comercial del Río de la Plata, que incluye la mayor parte de la Pampa Húmeda, Mesopotamia y Noreste Argentino; el *hinterland* comercial de Bahía Blanca, que abarca el sur de Buenos Aires, de La Pampa y el Cuyo; y luego vienen el golfo San Antonio/San Matías; Puerto Madryn/Golfo Nuevo; Comodoro Rivadavia/Golfo de San Jorge; San Julián/Río Gallegos y finalmente Ushuaia (ver mapa 11). Por otro lado, la zona cordillerana del Pacífico no merecía gran consideración para el vicealmirante, porque el eje geo-económico mundial se encontraba en el Océano Atlántico, cuyas aguas eran una vasta zona de intercambio comercial que vinculaba al “taller del mundo” -situado en la islas británicas- con el resto de las naciones, proveedoras de materias primas.

Storni establece esta sectorización en función de su utilidad logística y defensiva, ya que las puertas de acceso marítimo al territorio son puntos sensibles para la defensa nacional. Las condiciones desfavorables que presentan las costas argentinas para la navegación, como la escasez de puertos naturales, la existencia de mareas altas y canales con poca profundidad, pueden resultar una ventaja desde el punto de vista defensivo porque un eventual ataque enemigo requerirá de un gran despliegue naval militar. Además, las condiciones geográficas adversas también pueden ser un incentivo para dinamizar las economías locales, mediante las actividades de construcción y la industria naval.

Sin embargo, la preponderancia que Storni le asigna al intercambio mercantil con Europa hace que centre su atención en el principal puerto del país, situado en la ciudad de Buenos Aires. Según sus palabras:

Las aldeas miserables, que no ciudades, sepulcros de vivos como las llamara Estrada, nacidas egoístas y aisladas en la conquista, presienten en Buenos Aires el centro atractivo del sistema, allí adivinan la luz y la riqueza. [...] En esa gran fuerza atractiva común reside una de las causas reales y permanentes de la unión nacional; ella hizo la unidad geográfica y por ende la unidad política (Storni, 2009: 43).

Por último, Storni también incursiona en una distinción antropológica entre el denominado "hombre del mar" y el "hombre de la tierra". El primero de ellos se encuentra en un estadio superior de la evolución, porque se requieren conocimientos más sofisticados para navegar que para plantar la tierra, pues para esto último "se requiere muchísima menos inteligencia, preparación y energía que para organizar una compañía de navegación o de pesquerías marítimas, o plantear un astillero" (Storni, 2009:56). En consecuencia, el pueblo de la tierra que habita los campos es "más dócil y menos aspirante" que aquel habita en los puertos, cuya inteligencia, audacia y falta de aversión al riesgo lo hace más evolucionado y civilizado. Es por eso que el vicealmirante abogaba vehementemente por la creación de un servicio militar naval que inculcara "ideas amplias y grandes en la mente popular, ahogada por el estrecho horizonte de tierra adentro y hecha por tradición a no ver la patria ni el mundo sino a través del humilde agujero lugareño" (Storni, 2009: 59).

Si bien los aportes geopolíticos de Storni se pueden considerar pioneros en el desarrollo teórico argentino, los especialistas consideran que empieza a haber un interés institucional por el estudio de la disciplina en la década de 1940. Este se dio en el ámbito castrense y fue motivado por la difusión de la obra de Travassos "proyección continental de Brasil", la cual despertó preocupaciones por el sesgo marcadamente expansionista que tenía en relación al espacio sudamericano.

En 1944 apareció la primera publicación en Sudamérica que utiliza el término geopolítica, se trataba de la conferencia dictada por Ricardo De Labougle, rector de la Universidad Nacional de La Plata, en el marco de la cátedra de Defensa Nacional, titulada "La República Argentina en el panorama geopolítico del mundo", donde el profesor realiza un análisis sobre el lugar que ocupaba nuestro país en el concierto internacional, basado en consideraciones geopolíticas²¹ (Atencio, 1985).

²¹ La obra tiene un carácter introductorio y estrictamente descriptivo, es por eso que decidimos dejarla afuera de nuestro análisis.

Sin embargo, recién en la década de 1960 va a aparecer un autor que realiza un análisis sistemático desde una perspectiva geopolítica²². Se trata del general Guglielmelli²³, cuya obra se concentra en analizar las problemáticas que genera el subdesarrollo y proponer una estrategia concreta para superar ese estadio. Para el general, Argentina se debate entre dos modelos de país, uno basado en la producción primaria, con cierto desarrollo industrial vinculado al sector alimenticio, que está fundamentalmente orientado hacia el exterior y es funcional a los intereses que las potencias centrales cristalizaron en la división internacional del trabajo; y por otro lado un modelo de país integrado y articulado en su extenso territorio, con un desarrollo avanzado de las industrias básicas y de la infraestructura de servicios, y un ingreso medio de la población elevado que garantice el bienestar social (Guglielmelli, 1978).

La estructura económica y social argentina se forjó al calor del primer modelo, cuya división internacional del trabajo le asignó el rol de proveedor de materias primas para los países industrializados. En efecto, a fines del siglo XIX se consolidó una economía agroexportadora que se concentró en la región de la pampa húmeda, y luego de la crisis del '30 y de la segunda guerra mundial, se desarrolló una incipiente industria liviana, pero también lo hizo en la misma zona geográfica, lo cual fomentó la migración interna desde las provincias hacia la capital y sus alrededores, aumentando la concentración demográfica (Guglielmelli, 1978).

Guglielmelli sostiene que no se puede pensar en un modelo de desarrollo sin una perspectiva federal, que integre todo el territorio nacional, especialmente la Patagonia.

²² Algunos autores como Koutoudjian (2014) consideran que la obra de Juan Domingo Perón se puede enmarcar dentro de los estudios geopolíticos. Sin embargo, nosotros decidimos tratarla en el capítulo siguiente a través del minucioso análisis que realiza Methol Ferré, que vincula la producción teórica con su ejercicio práctico durante su presidencia.

²³ Juan Enrique Guglielmelli (1917-1983) fue un general del Ejército Argentino con una prolífica carrera militar. Comandó el V Cuerpo del Ejército en la región patagónica, fue Director de la Escuela Superior de Guerra, del Centro de Altos Estudios, del Instituto de Estudios Estratégicos y de las Relaciones Internacionales y de la revista "Estrategia". También fue Secretario de Enlace y Coordinación del Presidente Arturo Frondizi (1958-1962) y más tarde secretario del Consejo Nacional de Desarrollo durante el gobierno de Onganía (1966-1971).

Dicha región es definida como el flanco más vulnerable de la soberanía nacional, porque presenta características particulares, como una baja densidad poblacional, que a su vez tiene un elevado porcentaje de extranjeros, la proximidad de territorios bajo control de potencias extranjeras, como las Islas Malvinas y otras islas del Atlántico Sur, la existencia de reclamos territoriales de países vecinos como Chile, y también por la riqueza epicontinental que tiene su vasto territorio, que despierta el interés económico de otros países y con sus buques explotan estos recursos de manera ilegítima (Guglielmelli, 1978).

Las características geográficas explican en parte la falta de ocupación y explotación que tiene la Patagonia. Las largas distancias que existen entre los diferentes centros urbanos, separados por extensas mesetas centrales, requiere de una gran inversión en infraestructura para poder comunicar de manera adecuada estos puntos de interés entre sí, y fundamentalmente con las grandes urbes de la región centro del país. A su vez, también carece de un desarrollo adecuado en sus costas, pues las particularidades geográficas que determinan la escasez de puertos naturales no fueron superadas a través de la construcción de puertos artificiales (Guglielmelli, 1978).

En este punto Guglielmelli coincide con Storni, pero desde una perspectiva totalmente diferente. Para el general, la política naval que proponía el vicealmirante no hacía más que compartimentar el espacio nacional, puesto que sólo pensó en la construcción de puertos a orillas del Atlántico para comunicarnos con “el mundo” pero no previó comunicaciones terrestres entre los *hinterlands* del interior del país, un aspecto fundamental para el desarrollo nacional. De esta manera, Storni se concentraba únicamente en el desarrollo de las vías navegables hacia los “centros de civilización”, y subestimaba así la navegación fluvial interna al continente que se da a través de los ríos Paraná y Uruguay, un punto estratégico para desarrollar el potencial geopolítico, tal como advertían los pensadores brasileros (Guglielmelli, 1978).

El contrapunto entre ambos pensadores es interesante porque ilustra el debate que mencionamos al principio entre el modelo agro-exportador y aquel que prioriza el desarrollo industrial interno. Esta discusión histórica en Argentina, cuyo origen nos remonta a los inicios mismos de nuestra nación, tiene un trasfondo particular en el ámbito

castrense. Las bases de formación de la armada y el ejército argentino difieren profundamente, pues la principal influencia de los primeros fue el pensamiento naval anglosajón, mientras que los segundos se formaron bajo las fuentes teóricas alemanas, lo cual hizo que ambas fuerzas tengan visiones políticas y proyectos de país sumamente contradictorios.

Para Guglielmelli, la propuesta de Storni consolidaba la dependencia económica con Gran Bretaña, puesto que se enfocaba fundamentalmente en agilizar y proteger el comercio marítimo de materias primas. El tímido e incipiente desarrollo industrial de nuestro país estaba orientado entonces hacia el exterior, y siempre bajo los parámetros de la división internacional del trabajo, que consistía en el intercambio de carnes, lanas y cereales por combustibles y productos manufacturados. En la base de este razonamiento se encuentra la concepción insular que tiene el vicealmirante, porque al considerar a nuestro país como una “isla”, lo desvincula del resto del continente y lo asocia a los centros de poder, que necesitan productores primarios subordinados.

Por el contrario, Guglielmelli sostiene que Argentina está unida a la región por “la geografía, la historia, la economía y el destino”, y tiene un gran potencial geopolítico porque puede mantener su condición marítima y también asumir su rol continental. Para aprovechar esta dotación básica, nuestro país tiene que abandonar las políticas de desarrollo orientadas hacia el exterior y consolidar definitivamente un fuerte y único mercado interno de producción y consumo. En la concepción del general, el poder económico esta inevitablemente asociado al poder geopolítico, porque “el mercado interno en expansión, resulta el gran factor en la vertebración continental de la Argentina”. En ese sentido, los estrategas suramericanos debían dejar de pensar la relación entre sus Estados sólo en función de construir “medios de circulación hacia los puertos” para volcar su producción primaria hacia el exterior, y empezar a pensar en las posibilidades que brinda la expansión de los mercados internos locales (Guglielmelli, 1978).

En este sentido, Guglielmelli sostiene que es crucial superar los enfrentamientos geopolíticos con Brasil para avanzar hacia el desarrollo integral de nuestras naciones. Como vemos, en su obra se puede apreciar cierta predisposición hacia la integración

regional, aún en tiempos de fuerte rivalidades inter-estatales en el subcontinente. Sin embargo, el general desconfía de aquellos procesos de integración que fomentan el libre cambio²⁴, porque creía que primero el país debía estar integrado y desarrollado en el plano interno, porque de lo contrario podía resultar contraproducente (Gugliamelli, 1978).

Hacia finales de la década del '70, el almirante Isaac Rojas²⁵ realizó importantes aportes teóricos al relacionar la cuestión fluvial con la geopolítica, tal como lo hicieran sus camaradas brasileros unas décadas antes. A pesar de estar inmerso en una época donde la rivalidad entre los países de la región se traducía en la planificación de hipótesis de conflicto con los países fronterizos, Rojas siempre abogó por la solución pacífica de las controversias y la necesidad de recurrir al derecho internacional como medio de arbitraje.

Para el autor, el control del caudal del agua es una variante geopolítica de vital importancia para Argentina, porque los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay son arterias que alimentan al Río de la Plata, y constituyen vías comerciales estratégicas para el desarrollo de la nación. Además, es la fuente de origen de un recurso trascendental como el agua, siendo el control de su caudal y el cuidado de su calidad factores que influyen de forma directa en la vida de los argentinos, porque no solamente la escasez de este recurso presenta un riesgo para algunas zonas del territorio nacional que son particularmente secas, sino que la falta de control también puede desembocar en inundaciones recurrentes en zonas como el noreste argentino. (Rojas, 1979).

A lo largo de su obra, Rojas sostuvo una visión muy crítica de los proyectos de infraestructura e integración física que estaban poniendo en marcha Argentina, Paraguay y Brasil. Señalaba básicamente que las represas hidroeléctricas construidas en la cuenca del Plata fueron diagramadas en función de los intereses de Brasil, ya que a partir de allí empezaron a controlar los caudales, afectando fuertemente los intereses de Argentina.

²⁴ Estos escritos son contemporáneos a la fundación de la “Asociación Latinoamericana de Libre Comercio” fundada en 1960 por los países suramericanos y México, que pretendía crear una zona de libre comercio, mediante la eliminación gradual de todas las restricciones y gravámenes al comercio entre sus países miembros.

²⁵ El Almirante Isaac Rojas fue un oficial naval militar argentino, que se destacó por su rol de vicepresidente de facto (1955-1958) luego del golpe de Estado que derrocó a Juan Domingo Perón.

El almirante trasladó la discusión al ámbito del derecho internacional público, donde existía un debate entre dos posturas sobre el uso de los cursos de agua internacionales: por un lado la “doctrina Harmon” sostenía que todo país tiene completa libertad de desviar las aguas de los ríos que atraviesan su territorio, sin considerar los daños que pudiera provocar en los países que se encuentran río abajo; y por otro lado, la teoría de la “soberanía territorial limitada” que sostiene que todo Estado ribereño puede utilizar la parte del curso de agua situada en su territorio en la medida en que el uso no cause daño significativo a otros ribereños”. Mientras que Brasil justificaba su accionar con la primera postura, Argentina se basaba en la segunda para defender sus intereses.

Rojas reconoce que si bien

“ningún país puede prohibir al Brasil ejecutar obras en su propio territorio (...) Brasil no puede imponer a otros estados, entre ellos la Argentina, la aceptación sin consentimiento otorgado por acuerdo previo, de situaciones que produzcan dentro de sus respectivos límites, cualquiera que sea su índole, como consecuencia de factores técnicos originados en aquellas construcciones” (Rojas, 1974:42).

El almirante fue particularmente crítico con en el proyecto hidroeléctrico “Panambí” que Brasil y Argentina empezaron a planificar en la década de 1970, que sería construido sobre el Río Uruguay entre la provincia de Misiones y el Estado de Rio Grande del Sur. Para Rojas, Brasil tenía un doble interés:

“por la energía, pero más por razones geopolíticas, pues facilitaría la unión del Río Uruguay con el Atlántico, mediante la elevación del nivel de agua en el río compartido y sus afluentes brasileños, a lo que se agregaría la vinculación de cursos en contra de lo establecido por el Derecho Internacional” (Rojas, 1979:10).

A pesar del reconocimiento de estos puntos de conflicto con Brasil, Rojas tenía en claro que el camino para avanzar hacia el desarrollo se tenía que dar mediante la

cooperación y la integración política y económica, pero sobre todo en infra-estructura física, aspecto que estaba muy poco trabajado en la región. En ese sentido, su trabajo se centró particularmente en el desarrollo de las bases de infra-estructura fluvial del río Paraná, una obra fundamental para conectar las diferentes regiones altamente productivas de la Cuenca del Plata.

El contra-almirante Rosendo Fraga²⁶ fue otro de los intelectuales militares que reflexionaron desde el campo de la geopolítica. El autor parte de un análisis histórico para demostrar que existe una falta de consciencia territorial de la dirigencia política argentina, que se remonta a los inicios mismos de la nación, y como consecuencia de ello, su extensión geográfica fue progresivamente disminuida. En sus comienzos la nación argentina tenía una composición bi-oceánica continental y mantenía una posición dominante en la cuenca del Plata, pero hacia finales del siglo XIX con la consolidación del Estado nacional, el desarrollo de la estructura económica y social se concentró en las llanuras de la Pampa Húmeda, bajo la orientación del modelo agroexportador que priorizaba los puertos de la Cuenca del Plata e ignoraba el resto del territorio (Fraga, 1985).

Para Fraga, esta falta de consciencia territorial se potencia aún más en el ámbito marítimo. El Mar Argentino y su plataforma continental tiene dimensiones que se encuentran entre las mayores del mundo, sin embargo, el Estado nunca tuvo una política integral que apueste a su explotación y aprovechamiento pleno. Para el autor, el mar es una fuente de poder insoslayable, porque sigue siendo el medio de transporte más económico para el comercio internacional y como tal, constituye el medio de comunicación más importante entre los pueblos del mundo. Se trata de una plataforma fundamental para impulsar el desarrollo económico y científico de las naciones, porque su explotación y exploración requiere de la construcción de buques, astilleros, fábricas y puertos, pero también del estímulo de ciencias como la hidrografía o la oceanografía. En definitiva, es

²⁶ Jorge Alberto Fraga (1922-2009) fue un militar de carrera perteneciente a la Armada Argentina, que encabezó la cartera de Bienestar Social en 1978 durante el gobierno de facto, integró la Entidad Binacional Yacyretá y fue miembro académico del Instituto Geográfico Nacional.

una fuente de poder económico-comercial, que puede otorgar mayor margen de maniobra en el plano político internacional (Fraga, 1985).

Fraga analiza el contexto de la guerra fría según los parámetros que estableció Mackinder, y resalta el carácter geopolítico que enfrenta a aquellos dos bloques: por un lado el “mundo continental”, encabezado por la URSS a partir de su dominio sobre la masa continental euroasiática, que había logrado un alto nivel de autonomía con respecto al resto del globo; y por otro lado el “mundo marítimo” liderado por Estados Unidos, que se caracteriza por su dependencia del mar para su vida económica y comercial, y representa los valores cristianos y occidentales basados en la libertad y el progreso. Al igual que Storni, Fraga considera que por sus características estructurales Argentina pertenece al mundo marítimo (Fraga, 1985).

Sin embargo, el autor reconoce que esta división es esencialmente política, pero existe otra que es de índole económica: aquella que separa a los países del hemisferio Norte y Sur. Retomando el esquema trazado por Spykman, donde el *hinterland* soviético se encuentra rodeado por un *anillo exterior* que reporta al bloque occidental-capitalista, Fraga identifica un tercer anillo hacia el sur, compuesto por los países no alineados que se encuentran en condiciones de subdesarrollo. Se trata de un tercer subsistema que tiene una composición sumamente heterogénea, con posiciones políticas diversas que incluyen un apoyo deliberado hacia alguno de los dos bloques, pero también posturas ambivalentes que responden a las circunstancias cambiantes de la realidad política internacional (Fraga, 1985).

Influencia práctica del pensamiento geopolítico

Tal como ocurría con los pensadores geopolíticos mundiales, el estudio de la disciplina se encontraba profundamente ligado a los ámbitos de decisión de más alto nivel, un aspecto reforzado en la región por la simbiosis entre poder político y poder militar que abarcó prácticamente todo el bloque temporal en estudio. Las fuerzas armadas tuvieron una

presencia política protagónica en ambos países desde 1930, y a partir de entonces los estudios y las proyecciones geopolíticas dejaron de estar confinados a los espacios castrenses y empezaron a influenciar el pensamiento de las elites políticas y económicas.

En cuanto al plano doméstico, en ambos países se puede apreciar la influencia del pensamiento geopolítico en el accionar gubernamental. En Brasil observamos una política territorial con una gran dosis de planificación estratégica, que incluyó la construcción de carreteras que conectaron las áreas de producción agropecuaria o minera con los puertos de exportación, y facilitaron la integración de zonas remotas y poco habitadas, y por supuesto, el emblemático traslado de la capital desde Rio de Janeiro hacia Brasilia, con la construcción de una moderna ciudad planificada en la meseta central del centro oeste de Brasil, que cristalizó la tan mentada “marcha hacia el oeste” que reclamaban los geopolíticos. También tenemos que mencionar el proceso de modernización del Estado que se dio mediante el fortalecimiento del gobierno federal a través de acciones que recortaron la autonomía de los municipios y los Estados, como la eliminación de los impuestos inter-estadales o las concesiones a las fuerzas armadas nacionales, que pasaron a tener el monopolio del uso de ciertos armamentos que anteriormente compartían con las milicias estadales y posteriormente desarrollaron una sólida industria de la defensa que consolidó su estatus de potencia militar regional; la profesionalización del servicio público para hacer eficiente el proceso de centralización administrativa y la fuerte intervención estatal en la economía a través de la creación de empresas públicas en áreas estratégicas del sector productivo, en el marco de un proceso de industrialización sustitutivo de importaciones que ubicó a Brasil como primera potencia industrial de la región.

En Argentina, podemos mencionar la fuerte política territorial que implicó por un lado la provincialización de los denominados “territorios nacionales” ubicados en la Patagonia (La Pampa, Neuquén, Rio Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego) y el Noreste (Chaco, Formosa y Misiones), impulsando de esta manera las hidrovías de la Cuenca del Plata conformadas por el Rio Paraguay, Paraná y La Plata; y por otro lado las políticas orientadas hacia el Atlántico Sur y la Antártida, con la creación de cinco nuevas bases en el llamado “sexto continente” y el impulso de las denominadas campañas

antárticas que desde 1947 se llevan a cabo cada año de forma ininterrumpida hasta la actualidad; la promoción de la delimitación en 200 metros de profundidad del Mar Epicontinental Argentino; la creación del concepto de reserva subterránea y finalmente el lanzamiento de una campaña educativa que incluyó la confección de los mapas bi-continenciales que contienen la posición argentina en la Antártida y las Islas Malvinas. Además, también se dio un proceso de fuerte modernización del Estado, el cual empezó a tener un rol preponderante en la vida económica y social, bajo la orientación de un modelo sustitutivo de importaciones que no solamente impulsó la industria liviana sino también la pesada (acero, mecánica y petroquímica), la industria aeronáutica y automotriz. En el plano de la defensa, se puso en marcha un proceso de modernización de las fuerzas armadas, que incluyó la creación de la Fuerza Aérea, y el desarrollo de una industria misilística y nuclear que posicionó a la Argentina entre las primeras potencias militares del continente.

Sin embargo, se pueden identificar profundas diferencias en los procesos anteriormente descriptos. En Brasil, el proceso de industrialización adquirió un carácter de política de Estado que se mantuvo prácticamente durante todo el período analizado, y el objetivo de alcanzar el estatus internacional de “gran potencia” alineó al establishment político, militar y económico detrás de un proyecto de nación compartido. Por el contrario, Argentina atravesó un proceso de fuerte inestabilidad política, social y económica, que en parte se explica por las desavenencias hacia dentro del sector castrense, que oficiaba como árbitro de los sectores políticos enfrentados por la antinomia “peronismo-antiperonismo”, pero a su vez, también se encontraba profundamente dividido en torno a cuestiones centrales como la necesidad de mantener un proyecto industrializador de signo proteccionista. Como pudimos ver, el debate geopolítico entre Storni y Guglielmelli acerca de la condición marítima o continental de nuestro país grafica fielmente las diferencias estructurales que existían hacia dentro del establishment militar en cuanto a un proyecto de país, que en la practicaba oscilaba permanentemente entre un modelo industrial mercado-internista con tendencias desarrollistas y uno liberal basado en una economía agro-exportadora y libre-cambista.

Por otro lado, el ideario geopolítico brasileiro tuvo un correlato práctico en cuanto a la política regional, lo cual no se puede apreciar en el caso argentino. Este alcanzó su máximo esplendor luego del golpe militar de Castelo Branco en 1964, que inauguró un período de administración militar que duró hasta 1985, y cristalizó una sólida alianza entre la burguesía industrial y la elite tecnocrática militar. Como vimos, las figuras de Couto e Silva y Meira Mattos son representativas de esta generación de militares que gobernaron guiados por una doctrina que en el plano externo propiciaba una alianza estratégica con Estados Unidos en su lucha contra el comunismo internacional, a cambio de ser reconocido como una potencia suramericana con proyección regional.

En ese sentido, durante este período podemos identificar dos momentos diferenciados en cuanto a la política regional carioca: en el primero vemos una determinación por consolidar su influencia en el “área de soldadura continental” (Paraguay y Bolivia) y va desde 1964 hacia fines de la década del ’70, mientras que en el segundo hubo un interés por avanzar con los países de la Amazonia, y va desde finales de los años ’70 hasta la crisis de la deuda a principios de los ’80.

Con respecto al primero, Brasil trabajó deliberadamente para debilitar la influencia argentina en Paraguay²⁷, mediante la construcción de una serie de obras de infraestructura que minimizaron el peso del Puerto de Buenos Aires, entre las cuales se incluyen la finalización de la carretera entre Coronel Oviedo y el puente de la Amistad (Foz de Iguazú), que completó la conexión entre Asunción y el Puerto de Paranaguá, el cual le permitió a Brasil tener una nueva salida para sus productos de exportación. La obra emblemática en este sentido es la represa de Itaipú, cuyo tratado fundacional firmado en 1973 constituyó un paso fundamental para afianzar la dependencia energética de los guaraníes con respecto a sus vecinos: allí se estableció que Paraguay debía pagar por las obras –realizadas y financiadas por Brasil– con la exportación de energía a precio preferencial y además, que Brasil era el único destino al cual se podía exportar la electricidad, ya que cualquier

²⁷ Durante la década de 1920 el mercado argentino absorbía el 33% de las exportaciones de Paraguay y proveía el 77% de sus importaciones (Moñiz Bandeira, 2004).

excedente sólo podría venderse a Eletrobrás, única empresa brasilera autorizada a “revender” la energía. Hay que mencionar que esto fue posible gracias a la aceptada relación que tuvieron los gobiernos militares de ambos países durante este período, en la cual también influyó la rivalidad del régimen paraguayo de Stroessner con el gobierno argentino, especialmente cuando estaban al mando los militares anti-peronistas (Moñiz Bandeira, 2004).

Con respecto a Bolivia, la relación se intensifica fuertemente con la llegada al poder de Banzer (1971-1978), dado que el gobierno brasilero había prestado apoyo militar y logístico para llevar a cabo el golpe de Estado que lo impulsó al sillón presidencial. En 1974 esta relación se formaliza mediante la firma del “Acuerdo de Cooperación y Complementación Industrial” que afianzó los lazos políticos y económicos entre ambos países, sobre todo en el ámbito energético. Si bien muchas de las obras estratégicas que concebía el acuerdo no llegaron a concretarse, como el ferrocarril Santa Cruz-Cochabamba o el gasoducto Santa Cruz-San Pablo, este periodo de fuerte acercamiento marcó lo que luego sería una asociación energética duradera (Moñiz Bandeira, 2004).

En cuanto a los países de la Amazonia, en 1978 Brasil firmó el “Tratado de Cooperación Amazónica” junto con Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam y Venezuela con el objetivo de crear una instancia de coordinación y articulación para gestionar -de forma responsable y respetuosa del medio ambiente- los abundantes recursos naturales existentes en la región amazónica. Para Itamaraty esto constituyó un hito diplomático, porque de esa manera alcanzó dos objetivos fundamentales: evitar que los países andinos conformaran un bloque propio que los excluyera y así negociar en mejores condiciones con el gigante carioca, y a su vez, aprovechar la oportunidad para posicionar a su país como “puente transcontinental” que una los mercados del Pacífico y el Atlántico. Hay que mencionar que se generó una gran controversia en torno a una de las cuestiones centrales del TCA, porque Perú, Venezuela y Bolivia se negaron a aceptar que las autoridades del tratado sean las que supervisen el proceso de integración física inter-estatal –lo cual iba a derivar en un direccionamiento por parte de Brasil- y finalmente el documento que se firmó dejó supeditada a las autoridades nacionales dicho rol. Si bien los

objetivos planteados no fueron cumplidos en su totalidad, el balance fue positivo para Brasil porque logró crear un organismo intergubernamental para procesar y consensuar las políticas que se tomen en un área considerada estratégica, haciendo valer su peso como potencia regional²⁸ (Moñiz Bandeira, 2004).

Por último, un aspecto fundamental compartido por ambos países fue la asociación del pensamiento geopolítico con la “Doctrina de seguridad nacional” que guio el accionar gubernamental de las dictaduras militares durante gran parte de este período²⁹. La radicalización de la revolución cubana a principio de los ‘60 provocó un viraje en la política exterior estadounidense hacia la región, al reemplazar el programa de ayuda económica y social denominado “Alianza para el progreso” por la cruenta “Doctrina de seguridad nacional” que impuso una mirada fuertemente represiva y securitista en el plano doméstico en el marco de la guerra fría³⁰. Los postulados de esta doctrina se emparentaron rápidamente con algunos conceptos geopolíticos clásicos: el Estado era concebido como un organismo vivo, cuya salud y reproducción estaba amenazada por la existencia del “cáncer” comunista que representaban las formaciones subversivas internas, y para su extirpación era necesario enfocarse en las “fronteras ideológicas” y ya no en las físicas, con lo cual, de esta manera se reemplazaba el concepto de defensa nacional por el de “seguridad nacional”.

Esta asociación se dio de manera natural, porque tal como señala Cairo Carou (2011) el acervo ideológico militar tiene como base fundamental el tríptico “guerra, nación

²⁸ Esto finalmente se cristalizó en la creación de la Secretaría Permanente con sede en Brasilia en 2003, cuando el TCA evolucionó y tomó la forma de “Organización del Tratado de Cooperación Amazónica”.

²⁹ Incluso existió una instancia de coordinación regional, el denominado “Plan Cóndor” que implicó la articulación y el respaldo mutuo en las tareas represivas llevadas a cabo por las cúpulas dictatoriales del Cono Sur.

³⁰ Los instrumentos utilizados por Estados Unidos para poner en práctica esta doctrina incluyeron tratados, agregados militares, misiones especiales, cursos en escuelas especializadas, etc. El más paradigmático fue la formación de militares latinoamericanos en la Escuela Militar de las Américas de Panamá, que para 1975 contaba con 33.147 graduados, de los cuales 170 ocuparon los puestos de jefes de gobierno, ministros, comandantes, generales o directores de los departamentos de inteligencia de sus respectivos países (Velazquez Rivera, 1992).

y territorio”, que facilita la simbiosis con la geopolítica clásica y su concepción central del Estado como un organismo vivo obligado a expandirse y proyectarse permanentemente. Se trata de un esquema teórico que fetichiza al Estado y le impone un mandato natural vinculado a la necesidad de aumentar su poder, y le atribuye a la geopolítica un rol prescriptivo de asesoramiento a los máximos decisores (Cairo Carou, 2011). De este modo, la geopolítica tenía un fuerte atractivo para las cúpulas militares que gobernaban la región porque ofrecía una explicación consistente sobre tópicos tan amplios y variados como el desarrollo nacional, la integración territorial, la defensa y la seguridad, las relaciones con sus vecinos y el mundo. Esta amplitud temática hizo posible que dentro del paraguas de la “Doctrina de seguridad nacional” se encuentren tendencias ideológicas disímiles que van desde el desarrollismo -más palpable en la experiencia brasilera- hasta el neoliberalismo que caracterizó a la última dictadura militar argentina.

Dentro de esa heterogeneidad también se puede encontrar una corriente subterránea de autores que, en pleno auge de la geopolítica Estado-céntrica nacional, empezaron a elaborar una visión integracionista desde una posición política vinculada a la identidad nacional-popular³¹. Sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, estas ideas van a encontrar mayor resonancia con el fin de ciclo de las dictaduras militares, la recuperación de la democracia en los países de la región y la finalización de la guerra fría.

Conclusiones preliminares

Como se puede observar, en este período predominó un enfoque “Estado-céntrico” en los geopolíticos de ambos países, que se correspondía con el contexto histórico de guerras mundiales y luego de enfrentamiento bi-polar entre EE UU y la URSS, donde las

³¹ Algunos de ellos son Jorge Ceresole con su libro “geopolítica de la liberación nacional” (1972), Gustavo Cirigliano con “La Argentina triangular. Geopolítica y proyecto nacional (1975) . Por razones de extensión y de criterio de selección no podemos desarrollar un análisis aquí, pero no podíamos dejar de mencionarlo.

relaciones internacionales estaban marcadas por un sesgo fuertemente militarista. Tanto los autores brasileros como los argentinos realizan sus diagnósticos y propuestas estratégicas en función de una mirada que considera que los intereses nacionales se encuentran en pugna permanente en el escenario internacional, en el marco de un juego de “suma cero”.

Como ya mencionamos, se trata de una concepción compartida entre la geopolítica clásica y la escuela realista de las relaciones internacionales, que tuvo su máximo apogeo durante el período de posguerra, que establece que el accionar de los Estados está motivado por la búsqueda de poder y la lucha por su supervivencia, lo cual genera un marco de relaciones conflictivas que dejan poco espacio para la cooperación y la definición de intereses comunes.

Sin embargo, podemos identificar algunos matices con respecto a este punto. En cuanto a la escuela geopolítica brasiler, vemos que Meira Mattos, a diferencia de sus antecesores, promovía una actitud cooperativa con respecto a los países vecinos, porque consideraba que Brasil sólo podía liderar la región si era el centro articulador del subcontinente, de manera consensuada y pacífica. Esto se puede ver claramente en su propuesta de crear un área “Pan-Amazónica” con el resto de los países suramericanos, en un intento de avanzar hacia la regionalización mediante la intensificación de las relaciones políticas, económicas y culturales. Un factor que influyó en estas consideraciones fue el contexto histórico en que desarrolló sus escritos, pues se trataba del período final de la guerra fría y también de la recuperación de la democracia en varios países de la región, que abonaron el terreno para dejar atrás las relaciones de rivalidad.

En cuanto a los autores argentinos, estos matices aparecen con más claridad. Como vimos, Guglielmelli y Rojas consideran que la navegación fluvial interna al sub-continente es un punto estratégico para desarrollar el potencial geopolítico de Argentina, algo que ya habían advertido sus colegas brasileros bastante tiempo antes, pero a diferencia de aquellos, los argentinos consideran la posibilidad de hacerlo mediante una relación de entendimiento mutuo y cooperación entre ambos países. No debería descartarse que esta postura sea una consecuencia de la debilidad relativa que tenía Argentina con respecto a Brasil en cuanto al desarrollo económico, industrial y de infra-estructura, porque hay que recordar que estos

escritos son contemporáneos al denominado “milagro brasileño” que posicionó definitivamente al país carioca como una potencia con una fuerte proyección regional. Aunque este factor puede ser central a la hora de explicar el perfil cooperativo que asoma en los teóricos argentinos, también se puede apreciar una visión que resalta los elementos comunes que tienen los países de la región, al reconocer que comparten una trayectoria histórica y cultural que trasciende los factores geográficos y hace posible pensar en un destino asociado.

De todas formas, se trata de una concepción instrumental de la cooperación que está supeditada a alcanzar objetivos nacionales, en el marco de un relacionamiento fuertemente competitivo entre los países de la región. En el caso brasileño, se trataba de afianzar y consolidar su esfera de influencia en el “área de soldadura continental” y la zona amazónica luego de una política deliberadamente expansionista que desplazó la otrora influencia rioplatense en esa región, mientras que los pensadores argentinos, conscientes de su debilidad relativa, apelaban al diálogo y al uso de instrumentos jurídicos para tratar de contener este avance, como lo demuestra la obra de Rojas.

En segundo lugar, a pesar de que en ambos países la disciplina tuvo una fuerte influencia en los ámbitos de decisión política, pudimos observar que existieron diferencias importantes en el proceso histórico. En Brasil, el proceso de industrialización adquirió un carácter de política de Estado que se mantuvo prácticamente durante todo el período analizado, y el objetivo de alcanzar el estatus internacional de “gran potencia” alineó al establishment político, militar y económico detrás de un proyecto de nación compartido. Por el contrario, Argentina atravesó un proceso de fuerte inestabilidad política, social y económica, que en parte se explica por las desavenencias hacia dentro del sector castrense, que oficiaba como árbitro de los sectores políticos enfrentados por la antinomia “peronismo-antiperonismo”, pero a su vez, también se encontraba profundamente dividido en torno a cuestiones centrales como la necesidad de mantener un proyecto industrializador de signo proteccionista.

En tercer lugar, vimos que el ideario geopolítico brasileño tuvo un correlato práctico en cuanto a la política regional, lo cual no se pudo apreciar en el caso argentino. Así,

pudimos observar que existió una fuerte determinación en los gobiernos de Brasil por consolidar su influencia en el “área de soldadura continental” (Paraguay y Bolivia) y en los países amazónicos (Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam y Venezuela).

Por último, también pudimos apreciar que en ambos países existió una asociación natural entre el pensamiento geopolítico y la “Doctrina de seguridad nacional”, un ideario anti-comunista que compartieron las dictaduras militares de la región durante buena parte de este período histórico, atravesado profundamente por el contexto de “guerra fría” entre Estados Unidos y la URSS.

Capítulo 4

El pensamiento geopolítico local y su enfoque integracionista

En este capítulo repasaremos la obra de los principales pensadores geopolíticos locales en el período de posguerra fría. El análisis minucioso de los principales conceptos teóricos se hará en función de marcar una línea de continuidad entre los estudios geopolíticos de ambos períodos, a pesar de los significativos cambios que se dieron en el entorno mundial y regional. Nuestro propósito aquí es identificar una línea teórica autóctona dentro de los estudios geopolíticos, que sea de utilidad para la elaboración de una estrategia de inserción internacional autónoma de los países de la región.

Geopolíticos integracionistas

Con la recuperación de la democracia en ambos países –Argentina en 1983 y Brasil en 1985- se generó un clima de confianza entre ambas naciones que permitió avanzar hacia la creación de instancias de diálogo y cooperación más institucionalizadas. Como antecedentes directos podemos mencionar la negociación del acuerdo “Corpus-Itaipú” en 1979 entre Argentina, Brasil y Paraguay para el aprovechamiento de los recursos hidroeléctricos compartidos, la actitud de apoyo a la posición argentina en la guerra de Malvinas en 1982 por parte de Brasil, que a su vez puso fuertemente en cuestión las prerrogativas de la “seguridad hemisférica” y la “doctrina de seguridad nacional”. Finalmente, la “Declaración de Foz de Iguazú” en 1985 sentó las bases del proceso que luego desembocaría en la creación del Mercosur en 1991, proceso que analizaremos en el siguiente capítulo.

En este marco, algunos autores empezaron a elaborar una mirada geopolítica que trascendía la visión “Estado-céntrica” nacional, mediante la reformulación de algunos conceptos clásicos centrales. Las fronteras, las vías fluviales, las cuencas hidrográficas y demás elementos geográficos que antes se concebían en clave nacionalista y cuya posesión podía motivar un conflicto inter-estatal, comenzaron a ser considerados puntos de apoyo para establecer una relación de cooperación e integración que promoviera el desarrollo conjunto del potencial geopolítico.

Methol Ferré³² forma parte de aquellos geopolíticos del período anterior que desarrollaron tempranamente una visión integradora, con su libro “El Uruguay como problema” publicado en 1967. Sin embargo, la mayor parte de su obra se desarrolla en esta etapa -a partir del establecimiento de condiciones históricas más favorables para la integración regional- alcanzando el punto de maduración más alto con su obra cumbre “Los Estados continentales y el Mercosur” publicada en 1991.

El autor divide la región latinoamericana en dos ámbitos principales, por un lado la zona norte que comprende a México, Centroamérica y las Antillas, que se encuentra en el área de influencia directa de Estados Unidos desde la segunda mitad del siglo XIX. Tras el triunfo del norte industrial en la guerra de secesión, la potencia anglosajona comienza un ciclo acelerado de industrialización que fue acompañado por una agresiva expansión territorial hacia las fronteras del sur y el oeste, y una fuerte proyección marítima que les proporcionó un dominio estratégico en Puerto Rico, Cuba (luego de la guerra hispanoamericana) y posteriormente en Panamá, para cerrar un circuito de comunicación

³² Alberto Methol Ferré (1929-2009) fue un teólogo, filósofo, periodista y docente de historia uruguayo. Tuvo una actuación destacada en el campo clerical como precursor de la “teología del pueblo” y activo promotor del “Consejo Episcopal Latinoamericano” (CELAM) y del “Pontificio Consejo para los Laicos”. También fue fundador de la revista “Nexo”, la cual tenía una línea editorial latinoamericanista durante la década de 1950, y también participó del comité editorial de la revista católica “Víspera”, desde donde también promovía la integración regional. En el ámbito político, militó en las filas del Partido Nacional bajo el liderazgo de Luis Alberto de Herrera y luego en las formaciones de izquierda “Union popular” y el “Frente Amplio”. Durante buena parte de su vida fue funcionario de la Administración Nacional de Puertos de Uruguay, desde 1953 hasta que el golpe de Estado en 1973 lo destituyó.

inmediata entre sus dos litorales y una presencia efectiva en ambos océanos (Methol Ferré, 1991).

Por otro lado, la zona austral que abarca a los países ubicados en el extremo sur del hemisferio continental, América del Sur, que tiene dos rostros básicos: el hispanoamericano y el lusitano. Son dos mundos, que tienen en conjunto recursos, población y extensión similares, pero uno es un solo país y el otro son nueve: Argentina, Colombia, Venezuela, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Paraguay y Uruguay³³, siendo el primero de ellos el más importante por su PBI, y por la acumulación intelectual, cultural, política y social en términos históricos (Methol Ferre, 1991).

El centro del bloque es Brasil, no solo por superioridad en términos de poder nacional, sino también por su estratégica ubicación central. Comprender sus fronteras es pensar al conjunto suramericano, ya que solo quedan fuera de su alcance Ecuador y Chile. El gigantesco territorio brasilero linda hacia el norte y el oeste con los países de la región andina (Venezuela, Colombia y Perú) que están fuertemente atravesados por la incomunicación que generan las zonas montañosas de los Andes y el Amazonas. Se trata entonces de una frontera trazada por la naturaleza y no por el ser humano, cuyas condiciones geográficas dificultan sumamente la integración. En cambio, hacia el Sur se encuentra la Cuenca del Plata, un sitio de encuentro entre el mundo luso-mestizo y el hispano-mestizo que contiene al Río de la Plata, y esta sí constituye una frontera viviente, ya que es un centro de articulación real, de intercambio comercial, humano, cultural y simbólico. En efecto, el Plata es el núcleo de conexión principal de América del Sur, porque liga a las dos potencias regionales, cuya asociación es imprescindible para la integración del conjunto: Brasil y Argentina (Methol Ferré, 1992; 1996; 2002).

El autor realiza un análisis histórico profundo y demuestra que la importancia geopolítica de la cuenca del plata y la necesidad de contar allí con una unidad política de control fue tempranamente considerada por los imperios de Portugal y España. Durante el lapso de la monarquía de los Habsburgo se estableció una alianza estratégica entre las

³³ Surinam y las Guayanas son excluidas del análisis del autor por diferencias identitarias.

coronas de Castilla y Portugal, que instaló una monarquía unificada en las “indias occidentales” durante un periodo que va desde 1580 hasta 1640 (Methol Ferré, 1996).

El eje geo-económico del imperio español en América del Sur giraba en torno del altiplano andino, con un circuito que abarcaba al Océano Pacífico y se orientaba a través de Panamá al Caribe y de allí al Atlántico Norte. El gigantesco territorio integrado por el Amazonas dificultaba las vías de comunicación interna del imperio hispánico y dejaba indefensa ante potencias extranjeras aquella vasta zona, es por esto que la monarquía unificada toma la decisión de otorgarle la jurisdicción de aquellos territorios al reino de Portugal. Desde un punto de vista logístico, era más factible defender la Amazonia de ataques holandeses y franceses desde los puertos de Portugal que hacerlo desde Lima, Quito, Potosí, incluso Buenos Aires o Asunción. De esta manera, sobre los espacios vacíos del interior se generó la expansión de los puertos portugueses, y Brasil nace ocupando casi todo el litoral atlántico sur. El autor considera que este período de 60 años (1580-1640) donde una monarquía unificada gobernó las tierras coloniales del “nuevo mundo” fue el primer antecedente de una política de integración latinoamericana real. Las guerras de independencia y los intentos unificadores de caudillos como Bolívar o San Martín no se pueden catalogar de esta manera porque su política continental no incluía a Brasil (Methol Ferré, 1996).

El otro antecedente histórico que destaca Methol Ferré es el intento por relanzar el ABC (pacto entre Argentina, Brasil y Chile) en 1951, porque considera que detrás de esta iniciativa existía una profunda visión geopolítica. Quien fuera su principal ideólogo, el entonces presidente argentino Juan Perón, sostenía que por el ritmo de industrialización y los niveles de super-población existentes, los conflictos a nivel internacional se iban a desplazar cada vez más hacia el ámbito económico, especialmente por el control de los recursos naturales. En ese contexto, veía que los países del subcontinente se encontraban en una posición vulnerable porque su nivel de organización y explotación de la economía era bajo, y sus tierras estaban escasamente pobladas, a pesar de contar con una de las reservas de recursos primarios más grande del mundo. En consecuencia, los países suramericanos tenían que avanzar hacia la integración regional para dejar de ser pequeñas unidades

económicas indefensas, lo cual se podría lograr empezando por la unión entre Argentina, Brasil y Chile, para luego incorporar al resto de las naciones. (Perón, 1953). En escritos posteriores el general argentino ubica estos razonamientos en un marco de interpretación más amplio, al afirmar que la humanidad estaba transitando el paso desde el “nacionalismo” hacia el “continentalismo”, antes de llegar a la etapa final del “mundialismo”. En un contexto de enfrentamiento entre dos súper-potencias que cada vez dejaban menos espacio para la neutralidad, Perón se inclinaba por los “países no alineados” en el plano internacional, mientras que en el plano doméstico proponía una “tercera posición” que superara la dicotomía entre capital y trabajo (Perón, 1967).

Para Methol Ferré en la demarcación regional acotada a América del Sur que realiza Perón se puede ver la influencia de Travassos. Si bien lo hacen desde perspectivas diferentes – en Travassos es evidente que buscaba crear una esfera de influencia para su país, Perón se podría intuir que intentaba balancear el poder brasilero mediante la unión con otros países- ambos militares comparten las mismas inquietudes sobre la dispersión regional, y razonan con fundamentos de la geopolítica clásica como aquel que establece la necesidad de identificar y ocupar el “espacio vital”, que en este caso sería la región suramericana (Methol Ferré, 1992).

El autor afirma que ambos militares comparten una visión “continentalista” que se puede extraer de la obra de Ratzel. A través de una profunda y original lectura, Methol Ferré afirma que el geógrafo alemán advirtió tempranamente el fin de la hegemonía europea en la política internacional y el declive de los Estados-Nación como unidades de poder dominantes. Fue en su visita a Estados Unidos durante la década de 1870, donde Ratzel observó los avances tecnológicos contemporáneos en dimensiones gigantescas, como por ejemplo, los ferrocarriles con líneas trans-continetales que unen los dos océanos, lo cual le sirvió como fuente de inspiración para elaborar el concepto de “espacio vital”. Allí constató que, a diferencia de los grandes imperios antiguos, escasamente integrados y comunicados, los Estados modernos tienen herramientas tecnológicas más sofisticadas para unificar culturalmente las poblaciones, y de esa manera llega a una conclusión visionaria: si

durante el siglo XIX los protagonistas de la historia fueron los “Estados nación industriales”, el próximo siglo va a ser la etapa de los “Estados continentales industriales”.

Para el autor, hacia fines del siglo XIX Ratzel se anticipó al surgimiento de la guerra fría, que fue precisamente un enfrentamiento entre dos verdaderos Estados continentales industriales: por un lado, Estados Unidos, que desde un margen del centro mundial de poder puso en marcha un silencioso camino de desarrollo intra-continental -sin intervenir en la política mundial- al comenzar un ciclo de industrialización acelerada luego de resolver sus conflictos internos durante la guerra de secesión. El triunfo del norte proteccionista y la ampliación de las fronteras hacia el Oeste, terminan por imponer un modelo de desarrollo similar al de las naciones europeas, pero a diferencia de aquellas, los norteamericanos tienen la ventaja de poseer salida a los dos mares, un capital único hasta entonces en el concierto de las potencias. Como resultado, construyeron un Estado con una extensa superficie territorial -que fue poblada de manera planificada- con salida bi-oceánica y capacidad de proyección naval hacia ambos lados del continente, un gran reservorio de recursos naturales de fácil explotación, y amplias zonas fértiles aptas para la producción agrícola/ganadera. Por otro lado, se encontraba Rusia, cuya industrialización había arrancado de la mano del conde Sergei White hacia finales del siglo XIX, y siguió su curso acelerado en las siguientes décadas, y finalmente con la llegada de los bolcheviques al poder el país pasó de ser un imperio agrario multi-étnico a un Estado continental moderno. Con una economía planificada, fuertemente centralizada y totalitaria, los rusos forjaron en muy poco tiempo un moderno aparato industrial generador de un alto valor agregado, que posicionó a la URSS como un actor de peso en la política internacional. Así, luego de la segunda guerra mundial, comenzó la etapa de la “guerra fría” entre dos “Estados continentales industriales” con proyectos estratégicos enfrentados, que se disputaron espacios de influencia a lo largo y a lo ancho del planeta tierra durante casi medio siglo (Methol Ferré, 2002).

Con el derrumbe de la URSS en 1991 comienza una nueva etapa mundial. Gran parte de los teóricos siguieron los postulados de Fukuyama sobre el fin de las ideologías y la imposición como modelo único de las democracias occidentales basadas en el

capitalismo de libre mercado (Fukuyama, 1992), pero hubo otros como Huntington que analizaron más profundamente las tendencias que se podían desprender del nuevo escenario histórico. Como vimos anteriormente, el estadounidense afirma que se estaba configurando un mundo multi-polar apoyado en múltiples civilizaciones, cuyos lazos culturales se refuerzan cada vez más ante el avance de la globalización y su efecto homogeneizador, y los países que comparten lazos históricos y culturales profundos podían agruparse en torno a “Estados nucleares civilizatorios” (Huntington, 1997). Methol Ferré desarrolla estos aportes y retoma el mapa geopolítico elaborado por Huntington acerca de las civilizaciones que se pueden transformar en “Estados nucleares civilizatorios” pero realiza algunas modificaciones. Para el uruguayo también existen nueve bloques culturales en el planeta tierra, de los cuales cuatro están en Occidente: Europa Occidental, Rusia, Estados Unidos/Canadá y América Latina; en Oriente otros cuatro: China, India, Japón, Sudeste Asiático; y en el medio un mundo gigantesco que penetra en ambas direcciones: el Musulmán. Cada uno de estos “círculos históricos-culturales” puede convertirse en un “Estado nuclear civilizatorio”, pero eso depende del éxito que consiga a la hora de insertarse colectivamente en el orden global, sin perder sus identidades esenciales. Para el autor, así como las unidades nacionales y luego las continentales, los bloques culturales posibles de ser transformados en “Estados nucleares civilizatorios” van a ser los actores principales del sistema político mundial en el siglo XXI (Methol Ferré, 1991).

Methol Ferré afirma que los países de América del Sur son los que están en mejores condiciones para conformar un “Estado nuclear civilizatorio” que posteriormente englobe a toda la civilización latinoamericana, por las razones expuestas anteriormente. A los antecedentes históricos mencionados, el autor agrega como hito fundamental la fundación del Mercosur –que se daba de manera contemporánea a sus escritos-, porque a partir de allí lo que se produce en las provincias del interior de Argentina no necesariamente tiene que pasar por Buenos Aires para llegar a Brasil, con lo cual, esta nueva ecuación hizo estallar el esquema unitario-centralista que predominó en la región durante siglos. De esta manera, el Mercosur dotó de vitalidad el núcleo de conexión principal de la región, la cuenca del Plata, ya que logró

“romper con el divorcio metropolitano transoceánico, y regresar hacia la frontera americana, dejando atrás la tensión permanente entre la frontera oceánica que nos vincula con los centros metropolitanos del mundo y la frontera interior americana (Methol Ferré, 1996: 16)”.

Como vemos, Methol Ferré no solamente se encargó de analizar las condiciones estructurales que hacen posible la integración regional, sino también de señalar un rumbo estratégico para poder llevarla a cabo. Esta estrecha imbricación entre geopolítica y estrategia, y la utilización de análisis históricos profundos, es lo que ubica a la obra del autor como una de las más valiosas dentro del pensamiento geopolítico suramericano.

Otro destacado geopolítico local es Nicolas Boscovich³⁴, quien realizó aportes teóricos sumamente valiosos para pensar la inserción argentina en el contexto de posguerra fría, siguiendo la tendencia hacia la regionalización que se imponía en la mayoría de los rincones del globo. El autor demuestra cierto optimismo al resaltar las ventajas que ofrece el proceso de globalización en marcha, ya que brinda la posibilidad de abandonar definitivamente la dinámica de competencia geopolítica entre los países vecinos, y avanzar así hacia un proyecto de integración política, económica y fundamentalmente física en la región (Boscovich, 1999). En línea con el clima de época globalista y con cierto tinte neoliberal, su visión se apoya en la necesidad de contar con una infra-estructura eficiente para que las fuerzas del mercado conduzcan a sus países por la senda del desarrollo.

En línea con los postulados establecidos por Huntington, Boscovich sostiene que en un mundo globalizado, pero también fuertemente polarizado, las “individualidades nacionales” no solamente tienen escasas posibilidades de desarrollarse sino también de sobrevivir, como lo demostraban los procesos de disgregación nacional que se estaban

³⁴ Nicolás Boscovich (1952) es doctor en Ciencias Económicas y especialista en geo-estrategia. Fue vicepresidente de la Comisión por la “Defensa de los Intereses Argentinos en la Cuenca del Plata” entre 1979 y 1985; Coordinador General de la “Comisión Especial del Río Bermejo” de la Cámara de Diputados entre 1983 y 1992; y asesor del Centro de Estudios Estratégicos del Estado Mayor Conjunto.

dando en las regiones que pertenecían a la extinta URSS. En este contexto, la mejor estrategia para defender los intereses nacionales es integrarlos en una “comunidad de intereses”, a través de la “neutralización de las barreras físicas” existentes entre los países de una misma región, para poder adaptarse a los desafíos crecientes que impone la globalización (Boscovich, 1999).

En nuestro caso, la “comunidad de intereses” tiene que tener como anclaje principal la relación Argentina-Brasil, para conformar un gran centro geo-económico que luego integre al resto de los países de la región. En este sentido, el autor destaca el MERCOSUR, porque a diferencia de iniciativas anteriores como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) que tenía como objetivo de máxima una unión aduanera, este proyecto aspira a construir un desarrollo económico integral y armónico sobre la base de los recursos compartidos, teniendo en cuenta la necesidad de la integración física entre sus miembros (Boscovich, 1999).

Con una gran capacidad de síntesis, Boscovich retoma aportes de geopolíticos clásicos como Mahan, al señalar la importancia estratégica que tiene el uso de los medios fluviales para la unión de los pueblos, pero también de Mackinder y Spykman al utilizar conceptos como *hinterland* para resaltar la necesidad de superar el aislamiento que imponen las grandes extensiones de tierra. Y a su vez, también incorpora los aportes de los geopolíticos autóctonos como Rojas y Guglielmelli, al establecer la importancia que tienen los cursos fluviales para la interconexión de las economías locales con el mercado mundial, a través de las desembocaduras que unen ríos y mares (Boscovich, 1999).

Para Boscovich el desarrollo de las economías locales se concentró exclusivamente en los litorales marítimos, y se desaprovecharon las cuencas fluviales como fuentes de conexión con el resto del espacio nacional. En efecto, propone una política integral que tenga como objetivo lograr una “interiorización del desarrollo” en la región cono-sureña, a través de iniciativas comunes de integración física, como la construcción de carreteras, corredores fluviales y de tráfico ferroviario. En concreto, el autor considera que se puede lograr una conexión bi-oceánica con una salida fluvial por el río de La Plata, y a su vez una salida transversal por los puertos de Brasil hacia el Atlántico, y de Chile hacia el Pacífico.

En su obra desarrolla una propuesta ambiciosa y muy detallada que denomina “modelo hidro-económico”, la cual tiene como objetivo concentrar las terminales marítimas de ultramar, regular caudales, vincular cuencas de diferentes ríos y lograr el desarrollo de comunicaciones alternativas transversales.

Este modelo tiene tres ejes geo-estratégicos: el primero se orienta hacia el Océano Atlántico y establece la integración de los puertos de Rosario y de Puerto General San Martín, y tiene como objetivo la superación del “modelo macro-cefálico” que tiene a Buenos Aires como puerto único de la región pampeana. La construcción de un sistema portuario que se pueda extender a través de un eje navegable hacia el interior del país, podría reducir los costos de los fletes para el transporte de mercadería hasta los mercados de consumo y los puertos marítimos, acelerando también los tiempos de envío. Se trata de explotar eficientemente el *hinterland*, ya que el eje Rosario-San Martín mejora la competitividad de la sub-región y permite acelerar el desarrollo interior del Cono-Sur.

El segundo eje es el Lago Iberá-Yacyretá-Uruguay que tiene como objetivo principal el control de caudales para atenuar o neutralizar diferentes tipos de crecidas que puedan perjudicar el territorio río abajo, y también tratar de mejorar las condiciones de navegación a través de la sobreelevación de los niveles de agua en los distintos embalses. El desarrollo de este eje es fundamental porque tiene la función básica de preservar el *heartland*, puesto que se trata de la zona más poblada y desarrollada del país, de catástrofes naturales como inundaciones o sequías provocadas por las obras que puedan realizar los países vecinos río arriba –tal como señalaba Rojas-.

El tercer eje mencionado por el autor tiene como objetivo integrar la zona del noroeste argentino, mediante la conexión del río Bermejo con la Hidrovía Paraguay-Paraná. Estas economías regionales podrían integrarse a través de medios fluviales, mediante la construcción de obras que permitan crear nuevas fuentes de energía, contar con nuevos canales navegables, llevar agua a zonas áridas para el riego o cría de ganado y también controlar los sedimentos y caudales que llegan al Paraná Medio (Boscovich, 1999).

Este esquema no se agota solamente en el transporte fluvial y marítimo, ya que el autor resalta que estos tres ejes deben ser complementados con la construcción de obras

para mejorar el transporte terrestre, y así facilitar la llegada de los productos argentinos hacia los puertos con salida a los Océanos Pacífico y Atlántico (Ver mapa 12).

Si bien el “modelo hidro-económico” apunta fundamentalmente a mejorar la infraestructura nacional, Boscovich sostiene que sólo así se pueden crear las condiciones materiales para pensar en una integración regional más amplia que incluya a los países vecinos. Si observamos con precisión, vemos que en el primer eje al mejorar la comunicación de los puertos de Rosario y San Martín, se favorece también a los países que se encuentran río arriba, ya que las producciones que busquen destinos de ultramar pueden embarcarse desde estos puertos sin estar obligados a pasar primero por el de Buenos Aires; en el segundo eje sobre los Esteros de Iberá las obras hidráulicas también podrían prevenir catástrofes naturales y facilitar la navegación de canales que se encuentran fuera del territorio nacional; y por último las obras del tercer eje sobre el Río Bermejo también podrían facilitar la conexión del Estado boliviano con la red fluvial de la cuenca del Plata.

El encargado de actualizar y profundizar los planteos de la escuela geopolítica brasilera fue Darc Costa³⁵. En su obra, el autor señala dos tendencias fundamentales en el mundo de posguerra fría que no pueden soslayarse a la hora de hacer un análisis geopolítico profundo: la primera se refiere a la centralidad que adquirió el campo económico en las relaciones internacionales, y la segunda está relacionada con la consolidación de bloques regionales en todo el globo, bajo la dinámica de un proceso que tiende a regionalizar la economía. En este nuevo mundo globalizado y regionalizado, la lógica de dominación de los países centrales sobre los periféricos se asienta cada vez más sobre medios económicos y tecnológicos, a través de la incorporación de las economías primarias a sus procesos

³⁵ Darc Costa (1950) es ingeniero civil y doctor en ingeniería de producción. Fue funcionario de carrera del Banco Nacional de Desenvolvimento Económico e Social (BNDES) del Brasil, al cual ingresó por concurso en 1975 y llegó a ser vicepresidente en el periodo 2003-04, también de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Sudamericana (IIRSA).

Actualmente desempeña diversas actividades académicas como conferencista de la Escuela de Políticas Públicas y de Gobierno de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ), es consejero del Centro de Estudios Estratégicos de la Escuela Superior de Guerra (ESG), donde también participó como coordinador entre los años 1999 y 2002.

productivos sofisticados, constituyendo de esta manera lo que el autor denomina un “apartheid tecnológico” (Costa, 2005).

Costa también advierte que existen diferencias hacia dentro del mundo periférico, ya que existen “Estados polarizadores” y “Estados polarizados”. En cuanto a los primeros, se trata de aquellos Estados que tienen un potencial demográfico tal que pueden construir mercados dinámicos con economías de escala, particularmente en las áreas de tecnología de punta; mientras que los segundos carecen de estas capacidades y solo pueden participar de estos procesos si se asocian con un Estado polarizador, mediante la construcción de un “Mega Estado”. Por sus condiciones estructurales, el Estado polarizador del subcontinente es Brasil, ya que posee dos características geopolíticas fundamentales para el autor: por un lado la naturaleza continental de su extensión territorial, y por otro el predominio del espacio meridional, puesto que Brasil es el principal Estado nacional al sur del Ecuador (Costa, 2005).

A diferencia de sus predecesores geopolíticos, Costa considera que Brasil tomado individualmente ya no puede ser un actor preponderante en el escenario internacional, en virtud de la nueva dinámica de poder regionalizado que se instauró en el mundo de posguerra fría, por eso debe pensarse integrado como “Mega Estado” suramericano. Sin embargo, no solamente las condiciones geográficas y estructurales le otorgan a Brasil un rol central en este bloque, sino también sus atributos espirituales, puesto que para el autor el pueblo brasileño posee “valores únicos” y una consciencia del “destino de grandeza” que naturalmente lo posiciona como líder de este proceso (Costa, 2005).

Costa sostiene que los objetivos estratégicos a largo plazo ya no deben trazarse en términos nacionales, pues los países de la región unificados como bloque podrían elevar considerablemente sus aspiraciones. En ese sentido, establece los siguientes objetivos geopolíticos para el “Mega Estado” suramericano:

- 1) Dominio de la masa territorial sur del Hemisferio Occidental
- 2) Dominio del Atlántico Sur y de sus conexiones con el Índico y con el Pacífico Sur
- 3) Proyección sobre África Occidental, América Central y Caribe

4) Creación de una nueva maritimidad vinculada al Océano Pacífico que conduzca la mundialización a Nueva Zelanda, a Australia y a la costa oriental de África” (Costa, 2005).

Para el autor, con la construcción del “Mega Estado” los países de la región podrían empezar a resolver los problemas básicos del subdesarrollo, como la falta de soberanía energética, el alto nivel de informalidad y desempleo, la carencia de una infraestructura básica para el desarrollo económico, la debilidad institucional del sistema democrático, entre otras. De esta manera, podría alcanzar los estándares propios de los países desarrollados, que cuentan con un sistema de defensa soberano y altamente profesionalizado, una economía fuertemente orientada hacia la producción del conocimiento y la incorporación tecnológica a los procesos productivos, con una utilización soberana y auto-sostenible de los recursos naturales – aprovechando las ventajas que tiene la región en los rubros de alimentos, minerales, recursos energéticos y metales básicos-, y finalmente con instituciones democráticas sólidas y un sistema de educación eficiente y desarrollado (Costa, 2007).

Costa retoma los aportes de sus predecesores Couto e Silva y Meira Mattos sobre la importancia geopolítica que tienen las regiones *pivote* del Amazonas y el “área de soldadura continental”, pero considera que la conexión física al interior del Brasil está ligada a la inter-conexión exterior con el resto de la región suramericana. En un contexto de creciente regionalización y de ascenso del “complejo asiático” con China a la cabeza, es necesario contar con una salida bi-océánica para tener una posición competitiva, y utilizar eficientemente los recursos de la economía industrializada que tiene Brasil sobre la región paulista del atlántico. En este sentido, elabora un plan estratégico para el desarrollo de infraestructura en la región basado en el transporte terrestre, marítimo y fluvial.

En primer lugar, el autor menciona una serie de proyectos ferroviarios que tienen como objetivo la conexión de la región centro-oeste brasilera con el Océano Pacífico. Esto se podría lograr a través de mejoras en las vías férreas existentes entre la ciudad de Santos (Brasil), Santa Cruz – Cochabamba (Bolivia) y Arica (Chile), para lo cual habría que construir ferrovías que unan el tramo entre las ciudades bolivianas. Por otro lado, el autor

propone un proyecto más ambicioso denominado “Transcontinental Norte” que tiene como punto de partida el puerto de Suapé en el nordeste brasilero, y pasa por Iquitos (Perú) hasta llegar a las costas del Pacífico, para estimular de esta manera la producción en las fronteras agrícolas del *hinterland* sudamericano con destino hacia el complejo asiático (Costa, 2005).

En segundo lugar, Costa considera sumamente necesario y urgente construir carreteras que conecten a Brasil con el Océano Pacífico. La zona fronteriza entre Bolivia y Brasil constituye el punto de conexión más importante, por eso propone tres proyectos a desarrollar allí: el primero promueve la conexión vial entre las ciudades de Porto Velho/Guajará, Mirim/Arica, mediante una ruta que una las localidades brasileras mencionadas, desde allí se podría conectar con el Puerto Villarroel (Bolivia) por vías fluviales a través de los ríos Mamoré e Ichilo, para finalmente atravesar Cochabamba y llegar por carretera hasta Arica. El segundo proyecto se refiere a la construcción de una vía que vaya desde Río Branco hasta Cruzeiro del Sur (Brasil) para luego pasar por la ciudad de Pucallpa y llegar al puerto de Callao (Perú). Por último, propone una conexión vial desde Río Branco hasta Iñaparí (Perú), que atraviese el altiplano por Arequipa y llegue hacia los puertos peruanos de Ilo y Mataraní. Como se puede observar, el autor no solamente contempla las ventajas que puede tener Brasil al encontrar una vía de exportación hacia el Pacífico, sino que también ofrece una salida al Atlántico para los países del otro lado del subcontinente (Chile, Perú, Bolivia).

En tercer lugar, elabora una serie de proyectos hídricos que condensan dos ambiciones históricas de Brasil: lograr la articulación física entre el norte y el sur de Suramérica sobre la base de la cuenca amazónica y obtener un paso marítimo hacia el Pacífico. En cuanto al primer punto, se trata de una empresa sumamente ambiciosa y compleja, porque trata de unir las cuencas del Amazonas, el Orinoco y del Paraná, creando un sistema de comunicación que conecte Ciudad Guyana (suroeste de Venezuela) con Buenos Aires, un recorrido de 10. 000 kilómetros que podría disminuir los costos de transporte y profundizar las relaciones comerciales entre los países involucrados. La importancia geopolítica de este proyecto es central para Costa, porque

“La Cuenca Amazónica es una subregión de conexión entre dos áreas de importancia estratégica -la del Caribe y la del altiplano boliviano- considerándose este último una especie de Hinterland del continente. En consecuencia, cuanto mejor aprovechada sea la Cuenca Amazónica con la integración de esos dos espacios, mayor posibilidad habrá de incorporar ese amplio espacio al proceso civilizador” (Costa, 2005: 97).

En cuanto al segundo punto, Costa propone construir un “Canal Interoceánico”, que simplemente trataría de aprovechar las condiciones naturales actuales a través de la comunicación que ofrecen los ríos Atrato y Truandó en territorio colombiano, para de esta manera lograr una salida de Brasil al Pacífico que eluda el Canal de Panamá.

Como se puede observar, los proyectos de desarrollo en infraestructura y transporte que propone Costa tienen como eje vertebrador la comunicación de Brasil con diferentes puntos estratégicos del subcontinente. De consumarse sus propuestas, el gigante carioca tendría tres salidas hacia el Pacífico –vía Chile, Perú y Colombia-, superando de esta manera su histórico proyecto de “marchar hacia el oeste”, y se transformaría en el centro articulador del “Mega Estado” suramericano. Sin embargo, advierte que estas aspiraciones necesariamente van a chocar con los intereses de Estados Unidos, ya que le quitaría el predominio de los flujos de comercio que conectan al hemisferio occidental con Asia, y debilitaría así su posicionamiento geopolítico estratégico.

Miguel Ángel Barrios³⁶ retoma gran parte de los postulados teóricos establecidos por Methol Ferré, forjados en el contexto de un mundo bi-polar en desarrollo o en transición, y los actualiza al calor de los acontecimientos del siglo XXI.

El autor califica el orden de pos-guerra fría como “híbrido”, porque se trata de un mundo “uni-multipolar” que tiene a Estados Unidos como única superpotencia, con una

³⁶ Miguel Ángel Barrios es profesor en historia, magíster en Sociología, doctor en Educación, doctor en Ciencia Política, diploma en Relaciones Internacionales. Fue asesor de la Secretaría Académica del Centro de Estudios Estratégicos para la Defensa “Manuel Belgrano” del Ministerio de Defensa, y Consejero Científico del Instituto de Estudios Estratégicos y Relaciones Internacionales del Círculo de Legisladores del Congreso de la Nación Argentina.

amplia superioridad en el plano militar, que a su vez no le permite sostener un liderazgo global por la vía del reduccionismo coercitivo, y tiene que convivir con otras potencias mundiales. A pesar de ello, esa superioridad le permitió moldear el proceso de globalización, que se intensificó con el desarrollo de las comunicaciones y se extendió más allá del hemisferio occidental luego de la caída de la URSS, bajo los parámetros del neoliberalismo y la unipolaridad (Barrios, 2011).

Sin embargo, para el autor se pueden identificar una serie de tendencias estructurales que perfilan la emergencia de un mundo multi-polar. Estas son las siguientes: el desplazamiento del núcleo económico mundial desde el Atlántico Norte hacia el Asia Pacífico, un proceso que comenzó hacia fines del siglo xx con el despegue de los países asiáticos y se sostuvo luego con China liderando el crecimiento; las debilidades que demostró Estados Unidos a la hora de intentar controlar territorial y políticamente la zona de Medio Oriente luego de los atentados a las torres gemelas (Afganistán e Irak inicialmente, luego Siria); la crisis financiera global del 2008 que puso en cuestión el funcionamiento del capitalismo especulativo basado en el supuesto de la auto-regulación de los mercados; la reformulación de los organismos internacionales (como la manifiesta necesidad de ampliar el G7, reemplazado luego por el G20, o las modificaciones dentro del FMI para darle mayor poder a las potencias emergentes en detrimento de Europa); la gestación de proyectos alternativos como los BRICS y en su interior el Nuevo Banco de Desarrollo, que desafían abiertamente la primacía del dólar y apuntan a superar las instituciones económicas que cristalizaron la hegemonía estadounidense/occidental durante buena parte del siglo XX (Barrios, 2011).

Estas tendencias están siendo seriamente consideradas por los organismos estadounidenses encargados de formular proyecciones estratégicas. El autor cita un informe del “Consejo de Inteligencia Nacional” (2008) -un organismo estatal autárquico- que se titula “Tendencias globales 2025: un mundo transformado”, donde se advierte con suma precisión que el declive de la potencia norteamericana como hegemon mundial es irreversible y se consolidará con fuerza hacia 2025. Allí se pueden ver las siguientes proyecciones: Estados Unidos aún conservará su rol de potencia mundial, pero no su

influencia dominante como en la actualidad; la tendencia global del movimiento del poder económico hacia el Asia Pacífico-Indico se profundizará; el terrorismo no desaparecerá pero podría disminuir, si se logra promover el desarrollo económico en Oriente Medio; el peligro de uso de armas nucleares aumentará; se sentirán las consecuencias del calentamiento global y el agua, los alimentos y la energía serán recursos por cuya obtención se desataran guerras; y se producirán mayores cambios en el sistema energético que alejarán al petróleo como principal fuente de abastecimiento (Barrios, 2011).

Para el autor, otro indicador en este sentido son las reflexiones realizadas por Parag Khanna, asesor de las fuerzas norteamericanas en Afganistán e Irák y director del “Programa de Estrategias de Estados Unidos” perteneciente al influyente think tank “New America”, donde afirma que la potencia estadounidense ya no tiene posibilidades de ser el hegemón global porque el idealismo democrático que legitimaba su dominio perdió credibilidad y el uso de la fuerza militar es insuficiente para mantenerlo. En efecto, percibe que la nueva dinámica geopolítica se divide en tres esferas: el “Primer Mundo” conformado por Estados Unidos, la Unión Europea y China, quienes concentran el mayor poder militar, económico, político y proyección hegemónica; el “Segundo Mundo” constituido por cinco macro-regiones separadas: Europa del Este, Asia Central, América Latina, Oriente Medio y el Este de Asia, que concentran densidad como economías emergentes; y el “Tercer Mundo” conformado por el resto de los países subordinados. En este esquema, las tres superpotencias del “Primer Mundo” tienen la responsabilidad de encontrar un equilibrio y evitar entrar en una dinámica de rivalidad extrema en la competencia por los recursos naturales finitos, pero a su vez, el accionar de los países del “Segundo Mundo” poseedores de esos recursos también es determinante porque puede alterar ese equilibrio y poner a prueba seriamente el sistema político internacional (Barrios, 2011).

Sobre la base de estas consideraciones, Barrios afirma que estamos en una etapa multi-civilizacional, cuyas principales características son la “desoccidentalización” de la política mundial, y el desplazamiento del epicentro económico desde el Océano Atlántico hacia el Pacífico e Indico. En este marco, existen condiciones estructurales para cuestionar

los fundamentos del sistema político internacional y avanzar hacia una reconfiguración de la distribución global de poder (Barrios, 2011).

En línea con los planteos de Dugin, el autor afirma que para avanzar en ese sentido hay que romper la simbiosis entre globalización y neo-liberalismo, que se presenta falsamente como natural e irreversible. Esta visión dominante se impuso con fuerza en la etapa de posguerra fría, y se estructura sobre la imagen de un mundo sin fronteras, gobernado exclusivamente por las fuerzas del mercado, que por su naturaleza progresiva deben estar fuera del control político de los Estados (Ohmae, 1997). Este proceso fue impulsado fundamentalmente por la revolución digital que se dio en materia de tecnologías de la información y microelectrónica, que estableció vínculos virtualmente simultáneos a escala global, y en combinación con la tecnología de la telefonía, la televisión, el cable, el satélite y el transporte aéreo, alteraron profundamente la conexión entre emplazamiento físico, situación social y formas de procesamiento político (Held y Mc Grew, 2003).

A diferencia de esta visión, Barrios considera que la globalización no necesariamente tiene que desembocar en un proceso de liberalización y pérdida de influencia de los Estados nación, porque se puede dar en consonancia con los espacios nacionales y regionales, en los cuales se realiza la mayor parte de las transacciones económicas y de generación de empleo e inclusión social. Retomando los planteos de Methol Ferré, afirma que son los *Estados continentales industriales*, es decir, Estados que se articulan en un espacio geopolítico continental mediante la suma de su poder económico, político, cultural, científico-tecnológico y militar, los únicos que pueden garantizar una soberanía real en el actual contexto de regionalización del poder. Lejos de ser una quimera intelectual, para el autor en la actualidad se pueden identificar como *Estados continentales industriales* a Estados Unidos, China, Rusia e India, mientras que Europa se encuentra ante el dilema de ser parte de la estrategia geopolítica de la OTAN o fundar una propia mediante la Unión Europea (Barrios, 2011).

Para Barrios, los países de América del Sur constituyen un bloque cultural-histórico –en términos de Huntington y Methol Ferré– que tiene condiciones para fundar su propio *Estado continental industrial*, ya que se trata de una unidad geopolítica y geoeconómica

compuesta por doce países dentro de un espacio contiguo, que posee 360 millones de habitantes -lo cual constituye el 67% de todo el continente hispanoamericano y el 6% de la población mundial- con una alta integración lingüística y cultural -dado que casi la totalidad habla castellano y portugués- sobre la base de una identidad hispano-lusitana. Para dimensionar la potencialidad, el autor señala que tanto en términos demográficos como territoriales los países del subcontinente en conjunto superan a Estados Unidos, y poseen una de las mayores reservas de agua dulce y biodiversidad del mundo e inmensas riquezas minerales, pesca y agricultura (Barrios, 2011).

Sin embargo, Barrios señala que para avanzar hacia la integración profunda los países de la región deben actualizar la estrategia de unidad rioplatense trazada en el siglo pasado, porque Argentina ya no puede establecer una alianza equilibrada con Brasil. En efecto, el autor sitúa a Venezuela como nuevo actor y factor fundamental de equilibrio para la integración suramericana, por su posición geográfica de contención al perímetro de influencia norteamericana y su potencial petrolero. La creación de la UNASUR cristaliza entonces esta alianza estratégica, puesto que los tres países mencionados fungieron como actores protagónicos en su desarrollo, y representa un paso fundamental hacia la construcción del *Estado continental industrial* suramericano (Barrios, 2011).

Marcelo Gullo³⁷ es otro de los especialistas que analiza los procesos de unidad regional en la actualidad desde un enfoque ecléctico que combina elementos de la geopolítica, de la corriente realista de las relaciones internacionales y de los teóricos de la dependencia de la escuela de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

En una especie de actualización del esquema “centro-periferia”, el autor afirma que el sistema internacional está compuesto básicamente por *Estados subordinantes*, que se

³⁷ Marcelo Gullo (1963) es licenciado en Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario), magister en Relaciones Internacionales por la Universidad de Ginebra, magister en estudios internacionales por la Escuela Diplomática de Madrid y doctor en ciencia política por la Universidad del Salvador. Profesor de la Escuela Superior de Guerra de Argentina, investigador del Instituto de Estudios Estratégicos de la Universidad de Fluminense y asesor de la vicepresidencia de la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados de la Nación Argentina.

encargan de formular las directrices principales que regulan las relaciones inter-estatales y conforman así un establishment internacional favorable a sus intereses, y por otro los *Estados subordinados*, que son aquellos que proveen los bienes y servicios de menor valor, indispensables para el funcionamiento del sistema, y no tienen otra alternativa que ajustarse a las coordenadas que establecen los centros de poder. En coincidencia con el esquema teórico de sus predecesores, aquí también se trata de una subordinación multi-dimensional, que no se agota solo en el plano económico, sino que se extiende al ámbito político, militar, cultural y social, con un fuerte componente de dominación en el campo del conocimiento y la tecnología. Pero a su vez, Gullo realiza una distinción más específica entre aquellos Estados que alcanzaron el *umbral de resistencia*, es decir que tienen la capacidad de poder determinar soberanamente hacia dentro de su territorio y resistir así los intentos de subordinación directa por parte de las potencias dominantes (como ejemplos tenemos a Canadá, Australia o Corea del Sur), y aquellos otros Estados que alcanzaron el *umbral de poder* que los habilita a participar activamente en la construcción del orden político internacional, plasmando sus intereses en las reglas explícitas e implícitas que rigen en el sistema internacional (Gullo, 2012).

Para el autor, la única manera que tienen los países de la región de superar su dependencia estructural y alcanzar *el umbral de resistencia* es dejar de apostar a la inserción internacional individual y avanzar hacia una agenda común de intereses que permita construir gradualmente un *Estado continental industrial* suramericano. En ese sentido, el advenimiento del siglo XXI trajo aparejado una oportunidad y una disyuntiva histórica para los países de la región: la subordinación a un *continentalismo panamericano verticalista*, representado por la propuesta del ALCA, o la construcción conjunta de un *continentalismo sudamericano horizontal* que posibilite a la *isla sudamericana* conservar el grado de autonomía necesario para desarrollarse industrialmente (Gullo, 2005).

Para Gullo, así como la alianza franco-germana fue la condición *sine qua non* para la unidad europea, la alianza argentino-brasilera es el único camino real para alcanzar la unidad de América del Sur. Sin embargo, a diferencia del relativo equilibrio de poder que ostentaba la dupla de países europeos, la asimetría existente entre Brasil y Argentina

incorpora particularidades que dificultan la comparación. En ese sentido, el autor sostiene que es necesario hacer un análisis histórico para comprender en profundidad los orígenes de esta asimetría, y así poder elaborar un diagnóstico y una línea de acción estratégica que logre superar los obstáculos que representa.

El autor menciona algunas peculiaridades históricas de Brasil, como su formación colonial atípica y el proceso independentista pacífico, que determinaron tempranamente su conformación territorial y su potencial geopolítico. En cuanto al primero, la extensión territorial que había otorgado el “tratado de Tordesillas” en 1494 al Reino de Portugal era considerablemente más chica que la actual, puesto que la Amazonia completa quedaba fuera del espacio lusitano, pero la incursión de los colonos hacia el interior en búsqueda de indígenas para esclavizar, metales, hierbas y otras especias, amplió progresivamente las fronteras del imperio portugués. Un hito fundamental en este sentido lo constituye la ya mencionada unión de las coronas ibéricas de Castilla y Portugal en el período que va desde 1580 hasta 1640, porque facilitó la tarea de expansión de los portugueses, ya que se les otorgó más libertad para explotar las tierras y avanzar con expediciones por la Amazonia. De esta manera, los portugueses se fueron expandiendo desde la costa hacia los espacios vacíos del interior, y Brasil termina ocupando casi todo el litoral atlántico sur de los territorios coloniales. A partir de su independencia en 1822, el régimen monárquico primero y luego el republicano se darían una política de negociaciones permanentes con sus vecinos para consolidar los límites fronterizos establecidos y ya no para expandir su territorio (Gullo 2005).

En cuanto al segundo, el proceso independentista de Brasil fue particularmente diferente de las naciones hispanoamericanas. En el contexto de las guerras napoleónicas, el rey Juan VI de Portugal se negó a dar su apoyo a Bonaparte y trasladó la Corte portuguesa y la familia real a Río de Janeiro, haciendo que Brasil deje de ser una colonia para pasar a ser un reino en 1808. Por caso, no se trataba simplemente de un cambio de titulación, sino del reconocimiento de Brasil como base económica y comercial del reinado portugués, que estaba compuesto por una pequeña metrópoli europea, y una gigantesca colonia americana, la cual estaba siendo tempranamente vinculada con el desarrollo económico industrial de

Europa Occidental. En 1820 la familia real regresó a Lisboa, pero el príncipe Pedro IV, hijo de Juan y heredero al trono de la Corona Portuguesa, decidió quedarse en Brasil para luego coronarse como rey y declarar la independencia en 1822 (Gullo, 2005).

Brasil presenta entonces la particularidad de haber tenido una verdadera “elite” dirigente al mando del proceso independentista, a diferencia de Argentina que se encontraba bajo la conducción de diversos “grupos” dirigentes que tenían proyectos contradictorios. Así, mientras el resto de las colonias latinoamericanas tuvieron que atravesar procesos de violencia, caos y desorden social para conquistar su emancipación, que desembocaron en el desmembramiento de los tres virreinos hispanoamericanos existentes en territorio suramericano, y en la creación de Estados independientes con fuertes debilidades estructurales, Brasil logró hacerlo a través de medios pacíficos. Esto le permitió conservar el aparato político-administrativo portugués, que tenía una gran experiencia en el ámbito de la diplomacia internacional y también mantener su extenso dominio territorial, ya que la unidad de su elite dirigente facilitó la represión de los intentos de separación de algunas regiones (Gullo, 2005).

De esta manera, mientras los países que emergieron de las ex colonias hispanoamericanas atravesaron un proceso de desintegración territorial y de guerras civiles por el control del aparato del Estado, Brasil pudo conservar la unidad de su vasta extensión territorial y disfrutar de plena estabilidad durante casi todo el siglo XIX porque al separarse de Portugal mantuvo la continuidad del orden político. Estas diferencias históricas explican que Brasil haya emergido del régimen colonial como un “Estado-imperio”, que formó una nación atribuyéndose un destino de potencia, y cimentó en sus elites y en su pueblo una consciencia de grandeza y superioridad con respecto a los países vecinos (Gullo, 2005).

Durante fines del siglo XIX y principios del siglo XX Brasil experimentó un proceso de desarrollo económico que también presentó particularidades con respecto a la Argentina. En este último, las clases dominantes -compuestas principalmente por la oligarquía ganadera y agrícola- nunca se interesaron por desarrollar la industria, porque su negocio tenía una rentabilidad muy alta y estaba muy poco expuesto a condiciones de riesgo, gracias a la fertilidad de las tierras de la llanura pampeana. En cambio en Brasil, el

cultivo del café no contaba con las mismas condiciones de prosperidad que la producción de carnes y cereales argentinos, por eso los grandes hacendados empezaron tempranamente a diversificar sus intereses y a invertir en proyectos industriales, con lo cual se formó una clase dominante que no estuvo exclusivamente vinculada al modelo agro-exportador que promovían las potencias centrales a través de la división internacional del trabajo. Este aspecto es clave para comprender la dinámica de desarrollo durante gran parte del siglo XX en ambos países, pues en Brasil el establishment político, militar y económico tuvo un interés permanente por desarrollar un aparato industrial sólido y competitivo, mientras que en Argentina las clases dominantes estaban sumamente fragmentadas y tenían intereses antagónicos, lo cual provocaba una puja constante en el campo económico y fuertes ciclos de inestabilidad en el proceso de industrialización (Gullo, 2005).

En consecuencia, el poder relativo de Brasil con respecto a Argentina, pero también del resto de los países suramericanos, es ampliamente superior. Por esto, Gullo esboza una estrategia inicial orientada hacia la integración económica que evite la hegemonización por parte del gigante carioca, y tienda a igualar las capacidades nacionales de los países miembros. En primer lugar, los países deben establecer un consenso mínimo que les permita acordar una libre movilidad de personas, mercancías y capitales, pero en el marco de una apertura asimétrica, que haga que las economías más fuertes se abran antes que las economías más débiles, para darles tiempo a estas de realizar su modernización y reconversión económica. En segundo lugar, las elites políticas y económicas deberían determinar qué sectores productivos del sistema sudamericano podrían adquirir competitividad internacional en el mediano plazo y transformarlos así en áreas de interés colectivo, mediante la aplicación de políticas proteccionistas comunes que estimulen su desarrollo. Así, se podría incrementar la capacidad exportadora y la generación de recursos para financiar políticas económicas “solidaristas” que tiendan a desarrollar los aparatos productivos de las economías atrasadas. En tercer lugar, aquellos países con economías más avanzadas deben colaborar para elevar la competitividad y eficiencia del resto, mediante políticas de cooperación y de transferencia de conocimiento que reduzcan paulatinamente

la brecha tecnológica de las economías menos desarrolladas, tal como hicieron los países europeos durante su proceso de unidad (Gullo, 2005).

Conclusiones preliminares

Como se puede observar, en este bloque temporal los estudios geopolíticos fueron mutando para abandonar definitivamente el perfil militarista y Estado-céntrico nacional que caracterizó a la etapa anterior. La recuperación del sistema democrático y la retirada del poder de las fuerzas armadas provocó una apertura de la disciplina hacia la sociedad civil que modificó la lógica desde la cual se reflexionaba la vinculación entre poder, estrategia y proyección espacial. De esta manera, vemos que la totalidad de los autores analizados aquí provienen de sectores académicos, a diferencia del período anterior donde predominaban ampliamente los intelectuales del sector castrense.

Sin embargo, hay que mencionar que las principales usinas de producción de pensamiento continuaron siendo las instituciones estatales, en particular aquellas dedicadas a la planificación estratégica, las relaciones exteriores y la defensa, con lo cual, los contornos institucionales que alojaron el estudio de la disciplina no variaron demasiado con respecto al período anterior. En ese sentido, se crearon instituciones nuevas en ambos países que dan cuenta de la mayor vinculación cívico-militar existente en el ámbito de los estudios estratégicos y geopolíticos: en Argentina podemos destacar la creación en 2008 del Centro de Estudios Estratégicos para la Defensa “Manuel Belgrano”, que funciona dentro del Ministerio de Defensa y tiene como función producir conocimiento específico que sea de interés para el área de la seguridad internacional y la defensa, y así contribuir al planeamiento estratégico y al diseño del instrumento militar; y también la creación en 2014 de la Universidad de la Defensa Nacional (UNDEF) sobre la base de los ex Institutos Universitarios de las Fuerzas Armadas (Instituto Universitario del Ejército, Instituto Universitario Naval e Instituto Universitario Aeronáutico), los cuales fueron elevados al rango de facultades, al igual que la Escuela de Defensa Nacional, que pasó a ser la Facultad

de Defensa Nacional, incorporando sus tres cursos de posgrado a la oferta académica de la Universidad. Hay que remarcar que dos de los tres autores argentinos analizados en este bloque son exponentes de esta nueva institucionalidad: Barrios participó como asesor en la Secretaría Académica del Centro de Estudios Estratégicos para la Defensa “Manuel Belgrano” y Gullo es profesor en la maestría de estrategia y geopolítica dictada en la Facultad del Ejército perteneciente a la UNDEF.

En Brasil se creó el “Núcleo de Asuntos Estratégicos de la Presidencia de la República”, que en 2008 adquirió rango ministerial al convertirse en la “Secretaría de Asuntos Estratégicos”, la cual fue ocupada por intelectuales de primera línea como Samuel Pinheiro Guimarães³⁸, y entre sus funciones tuvo la tarea de formular el “*Proyecto Brasil en 3 tiempos*”, un plan estratégico integral a largo plazo que sirvió como guía para buena parte de la política exterior durante los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT), fundamentalmente en los dos períodos de Lula Da Silva y el primero de Dilma Rousseff. Bajo la órbita de esta secretaría, en 2007 se incorporó también el histórico “Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada”, un prestigioso *think thank* que desde 1964 se encarga de asesorar a las más altas autoridades económicas gubernamentales en materia de planificación estatal a largo plazo. Aquí tenemos que mencionar la vinculación de Darc Costa con el PT y su participación en áreas claves del gobierno como el Banco Nacional de Desarrollo (BNDES) y también en la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Sudamericana (IIRSA).

Por otro lado, a pesar de las evidentes diferencias de concepción que existen entre los autores del bloque anterior y este con respecto a la integración regional, se pueden encontrar algunas conexiones que son esenciales para identificar un pensamiento geopolítico suramericano con un perfil propio. La persistencia del enfoque geopolítico

³⁸ Samuel Pinheiro Guimarães (1939) es un escritor, político y diplomático brasileiro. Durante el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva fue secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores hasta el 2009, cuando pasó a ser Ministro Jefe de la Secretaría de Asuntos Estratégicos de la Presidencia de la República.

clásico que tiene entre sus principales preocupaciones la cuestión del desarrollo y la búsqueda de una estrategia de inserción autónoma en el concierto de naciones representa un hilo de continuidad entre los estudiosos de ambos periodos.

Para identificar con claridad esta vinculación tenemos que repasar las bases fundacionales sobre las cuales se desarrollaron los estudios geopolíticos, en particular los aportes de Kjellen, que sistematizaron el pensamiento elaborado por Ratzel. El sueco establece tres condiciones para superar las vulnerabilidades estructurales que tienen los países débiles: el Estado debe ocupar el espacio territorial necesario para su soberanía, es decir, el “espacio vital”; debe haber una armonía entre el Estado y la población que lo habita; y finalmente se debe dar una política de industrialización para explotar eficientemente los recursos naturales y crear un fuerte mercado doméstico. La segunda condición otorga una importancia fundamental a la dimensión nacional, porque posibilita la creación de lazos de solidaridad entre los habitantes y también de lealtad de estos hacia el Estado, lo que a su vez facilita el dominio territorial. Sin embargo, como señala Rivarola Puntigliano (2015), tanto Kjellén como Ratzel ya observaban hacia fines del siglo XIX que los Estados europeos estaban siendo insignificantes ante el surgimiento de Estados con dimensiones continentales como Estados Unidos, por lo tanto, sostenían que los países europeos debían tender hacia la integración (incluida Gran Bretaña) para no perder la centralidad en el sistema internacional. Desde este punto de vista, se puede considerar que allí surgió el “continentalismo” como una visión de estrategia geopolítica a partir de la cual se concibe la creación de un “territorio estatal autárquico de escala gigante” –según las palabras del propio Kjellén- para alcanzar mayores niveles de autonomía en el plano político internacional (Rivarola Puntigliano, 2015).

Como vimos, los autores suramericanos de ambos períodos comparten algunas de estas premisas clásicas. En primer lugar, tanto los miembros de la escuela geopolítica brasilera como los autores argentinos establecieron que el *lebensraum* o *espacio vital* para el desarrollo integral de sus naciones incluía necesariamente territorio suramericano que estaba fuera del alcance de las fronteras nacionales. Mientras que en los pensadores brasileiros siempre estuvo claro que este espacio se concebía bajo su hegemonía, en los

argentinos este planteo aparece con timidez en las propuestas de integración fluvial durante la primera etapa, pero luego cobra fuerza con la formulación de estrategias de inclusión de otros países, como Venezuela, para equilibrar la relación asimétrica con Brasil. En segundo lugar, donde sí existen diferencias notables entre los autores de ambos períodos es en la relación entre Estado y ciudadanos, pues en el primer bloque las condiciones históricas hacían difícil pensar en la posibilidad de que los Estados fomenten una identidad y un espíritu común supranacional, porque estaban insertos en una lógica de competencia y disputa de poder intra-regional. En cambio, en el segundo bloque vemos que la apelación a los elementos simbólicos comunes entre las naciones suramericanas es una constante en los geopolíticos que propician la integración regional. Por último, el enfoque industrializador está presente en los autores de ambos bloques, aunque también vemos que en la escuela brasilera tuvo una centralidad permanente desde sus inicios, mientras que en los pensadores argentinos eso lo vemos con claridad recién con Guglielmelli en la primera etapa.

De modo que tenemos elementos para afirmar que existe una línea *continentalista* en el pensamiento geopolítico analizado, que fue evolucionando desde una lógica chauvinista-competitiva hacia una lógica integracionista-cooperativa, al ritmo del establecimiento de condiciones históricas más favorables para el diálogo y el intercambio político, económico y cultural entre los países de la región. Entendemos por *continentalismo* una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales para lograr una inserción autónoma en el sistema internacional. Como vimos, se trata de una concepción que ya se encontraba presente en el pensamiento clásico, pero que luego fue profundizada por autores contemporáneos y adaptada por especialistas locales. En Huntington y Methol Ferre toma la forma de “Estados Nucleares civilizatorios”, contruidos sobre sociedades que comparten lazos históricos y culturales profundos, y se insertan en el orden colectivo global sin perder sus identidades esenciales³⁹, mientras que en Dugin el *continentalismo* es concebido como una estructura geopolítica

³⁹ Huntington afirmaba que América Latina tiene condiciones para convertirse en civilización propia, con Brasil liderando la región, a pesar de las diferencias subcivilizacionales que tiene con el resto de los países hispanohablantes que dificultan asumir ese rol (Huntington, 1997).

que representa a las sociedades que componen la “civilización de la tierra”, caracterizadas por sus valores tradicionalistas y colectivistas, y expresa la posibilidad de construir un mundo multi-polar alternativo al esquema uni-polar que promueve el *atlantismo*. Finalmente, esta línea también la encontramos en los geopolíticos contemporáneos locales como Costa bajo el concepto de “Mega-Estado suramericano” hegemónico por Brasil, cuyo potencial demográfico y territorial puede traccionar la creación de mercados dinámicos con economías de escala en la región y también en Barrios y Gullo bajo el nombre de “Estado Continental Industrial”, que representa la posibilidad que tienen los países suramericanos para insertarse de manera autónoma en el sistema internacional en el siglo XXI.

Capítulo 5

El pensamiento geopolítico local y la UNASUR

En este capítulo abordaremos la vinculación que existe entre el pensamiento geopolítico local anteriormente analizado y el proceso de conformación y desarrollo de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). A través de una breve lectura histórica y una descripción de las principales características del organismo, resaltaremos tres aspectos fundamentales en este proceso.

En primer lugar, la construcción de América del Sur como espacio regional diferenciado, lo cual constituye una novedad en materia de integración de nuestros países. Por un lado, desde un punto de vista táctico, la flexibilidad institucional y la amplitud temática destacan aquí como herramientas cruciales para alcanzar consensos mínimos entre las naciones que integran el organismo, las cuales presentan divergencias importantes en cuanto a sus estrategias de inserción internacional. Y por otro lado, desde un punto de vista estratégico, algunas nociones elaboradas por los geopolíticos locales como la definición del *espacio vital* suramericano y la apelación a componentes identitarios comunes aparecen como elementos fundacionales de la UNASUR.

En segundo lugar, analizaremos la conformación del Consejo de Defensa Suramericano (CDS) y el Centro de Estudios Estratégicos de Defensa (CEED) porque ambos instrumentos fueron fundamentales para la compleja tarea de identificar intereses estratégicos comunes entre los países miembros. Allí veremos que la defensa de los recursos naturales se puede transformar en un “interés regional”, en una visión que recoge el legado de la geopolítica clásica pero trasciende la definición de amenaza tradicional concebida desde una perspectiva Estado-céntrica y se vincula al desarrollo teórico de los autores integracionistas.

Por último, analizaremos el rol de la UNASUR como plataforma de gestión de crisis, destacando su eficacia para resolver conflictos internos que podían afectar la estabilidad política regional. Sobre este aspecto, veremos que el organismo logró constituirse como alternativa a la Organización de Estados Americanos (OEA), limitando así la influencia que Estados Unidos tuvo históricamente en la región y fortaleciendo de esta manera la autonomía de los países suramericanos. Finalmente, veremos que la UNASUR se nutrió del legado intelectual del *continentalismo*, entendido como una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales, para alcanzar mayores niveles de autonomía en el sistema internacional.

Proceso de conformación de la UNASUR

En junio de 1990 George W. Bush lanzó públicamente la denominada “Iniciativa para las Américas”, una estrategia panamericanista que pretendía crear progresivamente una zona de libre comercio hemisférica desde Alaska hasta la Patagonia. El objetivo oficial era impulsar en la región una serie de reformas orientadas hacia el mercado para garantizar el crecimiento económico y la estabilidad política, mediante la aplicación de un programa que tenía como pilares fundamentales el libre comercio, la inversión extranjera y la reducción de la deuda externa contraída con los Estados Unidos. El primer paso se dio con la firma en 1992 del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México denominado NAFTA (North American Free Trade Agreement) que entró en vigencia a partir de 1994, y el siguiente consistía en la extensión hacia el sur del hemisferio con el “Acuerdo de Libre Comercio para las Américas” (ALCA), un ambicioso programa que pretendía incrementar el intercambio comercial entre los 34 países del continente americano (todos excepto Cuba), mediante una reducción gradual de las barreras arancelarias y el consiguiente aumento de la inversión, el cual fue presentado en la “I Cumbre de las Américas” realizada en Miami en 1994. Pero esta estrategia panamericana se encontró con que aquí ya existía un proceso de coordinación regional avanzado entre los

países del Cono Sur, que había comenzado en la década anterior con la firma del acuerdo de integración bi-lateral entre Brasil y Argentina mediante la “Declaración de Foz de Iguazú”⁴⁰, que luego desembocaría en la creación de un organismo regional sumamente relevante en la historia de integración de nuestros países.

Nos referimos al Mercado Común del Sur (MERCOSUR), que se funda oficialmente en marzo de 1991 mediante la firma del “Tratado de Asunción” por parte de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay⁴¹, con el objetivo inicial de crear un “mercado común” entre los países miembros, es decir, un espacio común para generar oportunidades comerciales y de inversión a través de la integración competitiva de las economías nacionales al mercado internacional. Mediante la firma de este acuerdo los países miembros se comprometieron a garantizar

- La libre circulación de bienes, servicios y factores productivos, a través de la eliminación de los derechos aduaneros y restricciones no arancelarias a la circulación de mercaderías
- El establecimiento de un arancel externo común y la adopción de una política comercial común con relación a terceros Estados o agrupaciones de Estados y la coordinación de posiciones en foros económicos-comerciales regionales e internacionales

⁴⁰ También tenemos que mencionar aquí la firma en 1986 de un acuerdo de cooperación nuclear entre ambos países, que luego derivó en la creación de la “Agencia Brasileño-Argentina para la Contabilidad y Control de Materiales Nucleares” (ABACC), una organización binacional de control de materias nucleares, que desempeña un papel activo en la verificación del uso pacífico de materiales nucleares que pueda ser utilizado directa o indirectamente para la fabricación de armas de destrucción masiva.

⁴¹ Posteriormente el bloque se amplió, con la incorporación de Venezuela en 2012 –aunque luego fue suspendido en 2017- y en 2012 Bolivia firmó el “protocolo de adhesión al Mercosur” y actualmente es considerado “Estado parte en proceso de adhesión”, es decir, cuenta con voz pero no tiene voto, hasta que se complete el trámite legal.

- La coordinación de políticas macroeconómicas y sectoriales en el área de servicios, transportes y comunicaciones, comercio exterior, agrícola, industrial, fiscal, monetaria, cambiaria y de capitales, para asegurar condiciones adecuadas de competencia entre los Estados partes.

El Mercosur se enmarcó dentro de lo que se considera como “nuevo regionalismo”, considerado una estrategia para enfrentar las dinámicas de la globalización apoyando las capacidades de los Estados-Nación para la gobernabilidad en un espacio regional, en aquellos campos en los cuales existían interdependencias regionales y globales crecientes, y algunos intereses nacionales eran percibidos y redefinidos como intereses comunes (Soderbaum y Shaw 2003). Se trataba de una nueva forma de inserción internacional de los actores estatales y no estatales en el mundo de la posguerra fría, es decir, despojado de los alineamientos que imponía el bipolarismo, pero que a su vez estaba crecientemente regionalizado y globalizado en torno a tres áreas económicas dominantes: Europa, Norteamérica, y Asia Oriental.

A su vez, esta estrategia de inserción estuvo fuertemente emparentada con el denominado “regionalismo abierto”, una fórmula de integración económica regional que contaba con el amparo de las políticas liberales del llamado “Consenso de Washington”, que promovía acuerdos de comercio regionales con bajos aranceles externos y barreras al comercio y una más amplia liberalización intra-grupo, con el propósito de dar a los mercados un mayor rol en la promoción de la eficiencia y la competitividad internacional (Burki, 1996).

Sin embargo, desde un punto de vista geopolítico, la fundación del Mercosur significó un punto de inflexión por tres motivos: en primer lugar porque la simple existencia de un organismo de integración regional en el Cono Sur representaba una alternativa a la mencionada estrategia panamericanista lanzada por Estados Unidos en 1990; en segundo lugar porque fue motorizada por la alianza Argentina-Brasil, la cual, como hemos visto, es señalada por la mayoría de los especialistas como el eje estratégico

de integración regional; y en tercer lugar porque dotó a Brasil de una plataforma para ampliar su proyección geopolítica hacia la región.

En ese sentido, vemos que en 1993 el presidente brasileño Itamar Franco propone la creación de una “Área de Libre Comercio Sudamericana” (ALCSA), que si bien se limitó a la firma de una serie de acuerdos de libre comercio bilaterales y multilaterales al interior de la ALADI⁴² constituyó un punto de partida para el proyecto unionista suramericano que se va a dar después. Es que a partir de allí la diplomacia brasilera da un paso más hacia la identificación de Suramérica como zona central de su política regional, ya que tanto el ALCSA, como la ya mencionada reformulación de la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OCTA) en 1995, prolongaron su espacio de influencia más allá del “área de soldadura continental” y el amazonas, los espacios tradicionales que Itamaraty y los geopolíticos anteriormente analizados consideraban su natural zona de expansión.

Este proceso tomó fuerza en agosto del año 2000, cuando el presidente brasilero Fernando Enrique Cardoso convocó a la primer “Cumbre Sudamericana de Jefes de Estado”, realizada en Brasilia. Allí se lanzó la ambiciosa Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional de Sudamérica (IIRSA), con el objetivo de desarrollar la infraestructura regional de transporte, energía y telecomunicaciones, se establecieron las bases para avanzar hacia una convergencia entre la Comunidad Andina de Naciones y el Mercosur, mediante un mayor intercambio económico y comercial entre sus países, y también se proclamó la región como una “zona de paz suramericana” (Comunicado de Brasilia, 2000). La segunda “cumbre suramericana” se celebró en Guayaquil en 2002, y mantuvo el espíritu de la reunión anterior, e incorporó algunos tópicos como el compromiso con los derechos humanos y la democracia o los llamados a erradicar la corrupción, y se profundizó la declaración de “zona de paz suramericana”, al firmar un documento que

⁴² La asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) es un organismo regional creado en 1980, que reemplazó a la anteriormente mencionada Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). La ALADI mantuvo el sesgo comercialista de su antecesora, pues su objetivo principal también es avanzar progresivamente hacia la conformación de un área de libre comercio, pero se dio una modificación en la composición de sus miembros, puesto que se sumaron Panamá y Cuba.

proscribe el uso o amenaza del uso de la fuerza entre Estados y las armas de destrucción masiva, compromete a los países a erradicar las minas anti-persona y a aplicar las recomendaciones del Programa de Acción de Naciones Unidas sobre armas pequeñas y ligeras, y condena el terrorismo internacional -en respuesta a los atentados a las Torres Gemelas- (Consenso de Guayaquil, 2002). La tercer “Cumbre Presidencial Suramericana” se realizó en Cusco en 2004, y puso en evidencia el giro político que dio la región con el arribo de Lula Da Silva y Néstor Kirchner a la presidencia de Brasil y Argentina, pues allí no solamente se dio origen formalmente a la denominada “Comunidad Suramericana de Naciones”, sino que también se trató por primera vez la posibilidad de concertar las políticas exteriores, con el propósito de afirmar a Suramérica como grupo regional en las relaciones internacionales, se promovió la convergencia de la Comunidad Andina de Naciones (CAN)⁴³, el MERCOSUR, Chile, Guyana y Surinam en el ALCSA, se volvió a ponderar la integración física, energética y de comunicaciones mediante la IIRSA y también se extendió la estrategia de integración al ámbito financiero, al tratarse la propuesta venezolana de crear el “Banco del Sur”⁴⁴. El proceso continuó con la “Cumbre de Brasilia” en 2005⁴⁵, la “Reunión extraordinaria de Montevideo” en 2006, la “Cumbre de Cochabamba” ese mismo año, la “Cumbre de integración energética” en Venezuela en 2007 -donde los mandatarios deciden adoptar el nombre de Unión Suramericana de Naciones (UNASUR)-, y finalmente con la “Cumbre extraordinaria de Brasilia” de 2008 donde se aprobó el tratado constitutivo de la UNASUR.

Allí, los doce países suramericanos establecieron como objetivo principal

⁴³ La Comunidad Andina de Naciones se fundó bajo el nombre de “Pacto andino” en 1969, y actualmente está compuesta por Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, puesto que Chile abandonó el organismo en 1976, y Venezuela lo hizo en 2006. Al igual que la ALADI, tiene un sesgo marcadamente comercial y su objetivo principal es la integración económica.

⁴⁴ A su vez, el Mercosur también venía trabajando sobre una propuesta argentina para crear el “Instituto Monetario del Mercosur” con el objetivo de crear una moneda común.

⁴⁵ Este mismo año se produce un hito fundamental en materia de política regional, cuando en el marco de la “IV cumbre de las Américas” realizada en Argentina, los países suramericanos rechazan definitivamente el proyecto del ALCA, en una acción impulsada principalmente por Brasil, Argentina, Venezuela y Uruguay.

“construir, de manera participativa y consensuada, un espacio de integración y unión en lo cultural, social, económico y político entre sus pueblos, otorgando prioridad al diálogo político, las políticas sociales, la educación, la energía, la infraestructura, el financiamiento y el medio ambiente, entre otros, con miras a eliminar la desigualdad socioeconómica, lograr la inclusión social y la participación ciudadana, fortalecer la democracia y reducir las asimetrías en el marco del fortalecimiento de la soberanía e independencia de los Estados” (UNASUR, 2008: 2).

La creación de un organismo regional que incluya por primera vez a todos los países suramericanos implicó elevar notablemente el nivel de amplitud y flexibilidad tanto en la definición de los objetivos como en el diseño institucional, para de esta manera alcanzar una base de consensos mínimos entre sus miembros. Así, se pudo conciliar los intereses de países como Venezuela, Ecuador, Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia, que promovían una estrategia de inserción internacional conjunta que priorizaba el espacio regional a la hora de relacionarse con el mundo, para de esta manera reducir la asimetría de poder a la hora de negociar con los actores extra-regionales, con otros países como Chile, Perú y Colombia, cuya postura no era desfavorable a la integración regional siempre y cuando no se convierta en un obstáculo para avanzar de forma individual en acuerdos con terceros⁴⁶. Para diferenciar estos dos grupos de países, podemos decir que los primeros se inclinaban por un modelo de inserción internacional “concéntrico”, y los segundos un modelo “poligámico”, que a su vez también coincide con el perfil izquierdista-intervencionista y derechista-liberal (Comini y Frenkel, 2014).

En cuanto a la amplitud temática, vemos que en el tratado fundacional aparecen una serie de 21 objetivos específicos que abarcan múltiples aspectos, entre los cuales se

⁴⁶ Esta estrategia se va a cristalizar luego, con la fundación de la Alianza del Pacífico en 2011, llevada a cabo por estos tres países y México. Motivado por intereses comerciales y con un perfil exportador, la lógica de la AP no se diferencia mucho del “regionalismo abierto”, salvo por la admisión de algunos instrumentos de integración económica como la firma de tratados de libre comercio bilaterales Sur-Norte (Sanahuja, 2016).

incluyen cuestiones económicas, culturales, migratorias, medioambientales, científicas, de salud, de defensa, de seguridad, entre otros, que años más tarde se tradujeron en la creación de doce consejos sectoriales⁴⁷. De esta manera, el proyecto de integración adoptó un perfil multi-dimensional que al haber ampliado y diversificado las temáticas hizo posible la convergencia de los intereses de todos los países involucrados, y al mismo tiempo, evitó otorgar mayor preponderancia a algunos aspectos sobre otros, tal como hacían los organismos regionales anteriores -como la ALADI, el MERCOSUR o la CAN- con el énfasis puesto en el ámbito comercial.

En efecto, la falta de definiciones precisas con respecto a la agenda económica y comercial es un rasgo distintivo del tratado, ya que esta aparece diluida en una lista muy extensa de objetivos. Por caso, allí se pueden ver alusiones genéricas con respecto a la integración en este aspecto, pues el preámbulo hace referencia a “los logros alcanzados” en el marco del Mercosur y la CAN, y luego establece dos objetivos amplios:

“la cooperación económica y comercial para lograr el avance y la consolidación de un proceso innovador, dinámico, transparente, equitativo y equilibrado, que contemple un acceso efectivo, promoviendo el crecimiento y el desarrollo económico que supere las asimetrías mediante la complementación de las economías de los países de América del Sur, así como la promoción del bienestar de todos los sectores de la población y la reducción de la pobreza” (UNASUR, 2008: 1)

⁴⁷ Estos son el Consejo Energético Suramericano (CES), Consejo de Defensa Suramericano (CDS), Consejo de Salud Suramericano (CSS), Consejo Suramericano de Desarrollo Social (CSDS), Consejo Suramericano sobre el problema mundial de las drogas (CSPMD), Consejo Suramericano de Economía y Finanzas (CSEF), Consejo Electoral, Consejo Suramericano de Educación, Consejo Suramericano de Cultura, Consejo Suramericano de Ciencia, Tecnología e Innovación, Consejo Suramericano en materia de Seguridad Ciudadana, Justicia y Coordinación de Acciones contra la Delincuencia Organizada Transnacional y el Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento (COSIPLAN), que absorbió la IIRSA.

“la integración industrial y productiva, con especial atención en las pequeñas y medianas empresas, las cooperativas, las redes y otras formas de organización productiva” (UNASUR, 2008: m).

En este sentido, la UNASUR se distingue del modelo de integración clásico, derivado de la experiencia de la Unión Europea, que prioriza un área particular para luego avanzar en otros aspectos considerados secundarios. Aquí predominan los enfoques economicistas, que tienden a asociar a la integración con la construcción de un espacio económico común entre países determinados, y establecen un modelo de evolución por fases que parte de la definición de una zona de libre comercio, para continuar con una unión aduanera, luego un mercado común, una unión económica y finalmente con una integración económica plena (Balassa, 1961).

En cuanto a la flexibilidad institucional, se diagramó un modelo que otorgó una centralidad absoluta al poder ejecutivo de cada país para diseñar, implementar y dar seguimiento a las políticas de integración, cuya dinámica de funcionamiento se basó en las negociaciones que llevaban a cabo los mandatarios en las sucesivas cumbres presidenciales. En efecto, la UNASUR tenía como máxima autoridad al “Consejo de Jefes y Jefes de Estado y de Gobierno”, constituido por los presidentes de los 12 países del organismo, cuya función era establecer los lineamientos políticos, planes de acción, programas y proyectos del proceso de integración, así como decidir sobre las propuestas de los demás Consejos, y su presidencia era ejercida sucesivamente por cada uno de los Estados miembros, en orden alfabético, por periodos anuales. Hacia abajo, se encontraba el “Consejo de Ministras y Ministros de Relaciones Exteriores”, el “Consejo de Delegadas y Delegados” y la “Secretaría General”, con sede en Ecuador, que ejecutaba los mandatos del organismo y ejercía su representación por delegación expresa de los mismos⁴⁸. De esta manera, la dinámica de funcionamiento de la UNASUR no estaba supeditada a una rígida estructura

⁴⁸ También estaba previsto la creación de un órgano legislativo, el “Parlamento suramericano”, con sede en Cochabamba, Bolivia, pero nunca se llegó a terminar de implementar.

burocrática, sino que era motorizada por una “diplomacia presidencial de cumbres”, cuya agenda se enmarcaba principalmente en las reuniones extraordinarias que se convocaban para resolver problemas coyunturales que surgían en los distintos países de la región.

En esa misma línea, el texto del Tratado le otorgó a UNASUR personalidad jurídica y capacidad de adoptar normas vinculantes, pero siempre y cuando se logren por voto unánime, ya que los países conservaban derecho al veto. Es decir, se trataba de una organización de carácter intergubernamental, que reconocía como valores básicos los principios de soberanía nacional, la no injerencia en los asuntos internos y la autodeterminación de los pueblos, cuyas decisiones solamente eran obligatorias luego de haber sido incorporadas, al ordenamiento jurídico interno de cada Estado miembro. Este diseño institucional se diferencia del modelo supranacional, donde los Estados transfieren soberanía decisoria a una entidad política diferenciada, como por ejemplo la Unión Europea.

En ese sentido, se generó un encendido debate con respecto a las funciones que debía tener la Secretaría General de la organización, porque un grupo de países -con Ecuador y Venezuela a la cabeza- defendían la transferencia de ciertas potestades ejecutivas a la Secretaría, pero otros – con Brasil liderando esa posición- sostenían que sus funciones tenían que ser esencialmente administrativas. Finalmente triunfó esta última posición, lo cual provocó la renuncia anticipada del ecuatoriano Rodrigo Borja, quien se negó a asumir la Secretaría General, alegando que era un cargo desprovisto de capacidades ejecutivas.

En síntesis, la UNASUR constituyó una expresión del denominado “regionalismo pos-liberal”⁴⁹ (Serbin, 2011; Sanahuja, 2012), que difiere en varios aspectos centrales con

⁴⁹ Los autores incluyen también aquí a la “Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América” fundada en 2004, promovida principalmente por Cuba y Venezuela para ofrecer una alternativa progresista a la hegemonía estadounidense en la región latinoamericana y del Caribe. Actualmente sus miembros son Cuba, Nicaragua, Venezuela, Antigua y Barbuda, Granada, San Cristóbal y Nieves, San Vicente y las Granadinas y Dominica. Anteriormente también pertenecían Honduras, expulsado tras el golpe de Estado del 2009, Ecuador, que abandonó el organismo en 2018 tras el giro político que dio su presidente Lenin Moreno y Bolivia, que hizo lo mismo luego de la asunción de la presidenta interina Añez en noviembre de 2019, tras la renuncia forzada y el posterior exilio de Evo Morales.

respecto al mencionado “regionalismo abierto” de la década de 1990, ya que tuvo como principales características:

- a. El “retorno del Estado” a la política, particularmente, en las relaciones externas y el desarrollo económico y social. Esto significa un mayor rol de los actores estatales frente al predominio de los actores privados y las fuerzas del mercado del modelo del “regionalismo abierto”.
- b. La primacía de la agenda política, y una menor atención a la agenda económica y comercial, promovida fundamentalmente por los distintos gobiernos de izquierda o nacionalistas que llegaron al poder a principios de siglo, entre los cuales se encontraban Venezuela y Brasil, con intenciones de ejercer un liderazgo regional.
- c. Mayor preocupación por las dimensiones sociales y las asimetrías en cuanto a niveles de desarrollo, y la vinculación entre la integración regional y la reducción de la pobreza y la desigualdad, en un contexto político en el que la justicia social ha adquirido mayor peso en la agenda política de la región.
- d. El retorno de la “agenda de desarrollo”, con políticas que pretenden distanciarse de las estrategias del regionalismo abierto de la década del ‘90, centradas en la liberalización comercial.
- e. Un énfasis mayor en la agenda “positiva” de la integración, centrada en la creación de instituciones y políticas comunes y en una cooperación más intensa en ámbitos no comerciales, lo que ha dado lugar a la ampliación de los mecanismos de cooperación sur-sur.
- f. Mayor preocupación por las carencias de la infraestructura regional y la falta de seguridad energética.
- g. La búsqueda de fórmulas para promover una mayor participación y la legitimación social de los procesos de integración (Sanahuja, 2012).

América del Sur como espacio regional diferenciado

Como se puede apreciar en este breve repaso histórico de la creación de la UNASUR, la fórmula para acercar posiciones y construir consensos que incluyan a todos los países de la región se basó principalmente en la adopción de un modelo institucional flexible y en la definición de múltiples objetivos con una gran diversidad temática. Pero lo que nos interesa resaltar en este apartado, es el proceso de construcción de América del Sur como entidad geopolítica y espacio regional diferenciado, un aspecto novedoso en la historia de integración de nuestros países.

En la constitución de una región influyen una multiplicidad de factores, entre los cuales se destaca como principal y más inmediato el factor geográfico y la cercanía de sus miembros. En ese sentido, el tratado constitutivo de la UNASUR establece que solo pueden aspirar a convertirse en miembros plenos los Estados de América Latina y el Caribe y que para ello primero deben haber sido incorporados en calidad de “Estados asociados” (UNASUR, 2008). Es decir, en el esquema trazado por la UNASUR, Suramérica es el espacio ordenador de la integración hacia el resto de América Latina y el Caribe.

Como vimos en el primer capítulo, la demarcación regional acotada al ámbito suramericano se puede observar tempranamente en la proyección geopolítica que realizaban los autores clásicos de la escuela brasilera⁵⁰. La dimensión continental aparece como eje central en el análisis de Travassos, porque toda su obra se estructura en torno a la elaboración de una estrategia para superar los dos antagonismos fundamentales que presenta la geografía sudamericana (Pacífico vs Atlántico; Amazonas vs Cuenca del Plata)

⁵⁰ No tuvimos ocasión de hacerlo anteriormente, pero hay que aclarar que esta concepción tenía como antecedente fundamental la obra del influyente diplomático José María da Silva Paranhos (1845-1912), conocido como el “Barón de Río Branco”, ministro de relaciones exteriores (1902-1912), quien consideraba que América del Sur era la zona natural donde Brasil debía expandir su influencia regional (Moñiz Bandeira, 2009).

y de esa manera poder desarrollar plenamente el potencial geopolítico de Brasil. Allí, asigna una importancia fundamental al control del sistema fluvial de la Cuenca Amazónica y Del Plata para extender la influencia territorial carioca desde la región del Matto Grosso, considerada el *heartland* del subcontinente por su posición central, hacia el resto de los países de la región. Couto e Silva también parte de un análisis continental, y profundiza los planteos de su antecesor al ofrecer una descripción más amplia de América del Sur, dividida en cinco regiones, y al formular una estrategia que tiene a Brasil como centro articulador de la “fortaleza sudamericana”, a través del dominio del “área de soldadura continental” (Bolivia, Paraguay, el norte de Chile, y los Estados brasileros de Rondonia, y el Matto Grosso). Por su parte, Mattos continúa en esta línea de análisis, pero establece al Amazonas como el *pivote estratégico* del subcontinente, a partir del cual Brasil puede proyectar su dominio en la región mediante la creación de un polo de desarrollo económico interno que vincule los mercados suramericanos, y se convierta en un espacio transnacional denominado “amazonia sudamericana”.

Por su parte, en los autores clásicos argentinos esta demarcación regional no aparece con la misma centralidad, porque tampoco existía una estrategia de proyección geopolítica hacia el subcontinente, sino más bien una mirada reactiva con respecto a la expansión de la influencia brasilera, que también incluía cierta predisposición al diálogo y al mutuo entendimiento. En ese sentido, vimos que Guglielmelli impulsaba una estrategia de desarrollo industrial interno que deje atrás la dependencia económica que tiene nuestro país con respecto a los países centrales, que también podía extenderse hacia el resto de los países de la región, mediante el desarrollo de la comunicación fluvial interna al continente para conectar los mercados locales y complementar su potencial, y para eso alentaba a superar la relación conflictiva con Brasil y resaltaba los factores geográficos, históricos e identitarios que unían a los países de la región. Rojas también adoptó una mirada tímidamente cooperativa, pues consideraba que las disputas por el control de los recursos fluviales entre las naciones vecinas debían dirimirse por medios legales, y sugería la planificación conjunta de su explotación. Tanto Storni como Fraga resaltaban el carácter “insular” argentino y su falta de desarrollo del potencial marítimo, y mientras el primero

tenía una visión completamente desvinculada del resto de los países de la región, el segundo solo hacía una referencia general a las diferencias entre las naciones del hemisferio “norte” y “sur” en el plano económico mundial.

Como se puede observar, a diferencia de la escuela brasilera, el pensamiento geopolítico clásico argentino estuvo fuertemente orientado hacia el plano doméstico y el desarrollo territorial interno, marcado principalmente por el debate acerca de la condición “insular” o “continental” del país, o la necesidad de implementar una política territorial y marítima en el espacio “semi-vacío” de la Patagonia, mientras que las referencias al marco regional aparecen de forma colateral⁵¹.

En los geopolíticos integracionistas este aspecto aparece con claridad, y se expresa en la formulación de una estrategia de integración. Methol Ferré es quien plantea con mayor precisión la demarcación regional suramericana, a través de su división de América Latina en dos: la zona norte que comprende a México, Centroamérica y las Antillas, que se encuentra en el área de influencia directa de Estados Unidos y por ese motivo debe ser excluida en una primera instancia de integración; y la zona austral compuesta por los países de América del Sur, cuyo núcleo de conexión principal se encuentra en la Cuenca del Plata, por ende, señala a la alianza de Argentina y Brasil como el eje estratégico de la integración suramericana. Por su parte, Barrios actualiza estos planteos incorporando a Venezuela en el eje Brasil-Argentina, por su potencial energético y su rol geopolítico como límite de contención de la influencia norteamericana, mientras que Gullo profundiza esta visión y

⁵¹ Una consideración aparte merece el accionar político de Perón, quien formuló una estrategia de integración concreta mediante el relanzamiento del “ABC”, que tomaba como punto de partida la unión de Argentina, Brasil y Chile para luego incorporar al resto de las naciones suramericanas. Como se mencionó anteriormente, decidimos incluir este valioso legado dentro del pensamiento geopolítico de Methol Ferré, porque fue quien se encargó de desarrollar teóricamente esta iniciativa, ya que las referencias que encontramos de Perón al respecto se circunscriben al discurso que dio en la escuela superior de guerra en 1953.

propone un modelo de integración suramericano basado en políticas económicas “solidaristas” que tiendan a reducir la asimetría entre Brasil y el resto de los países suramericanos. Por último, en Boscovich vemos que el ámbito de integración se acota al cono sur, puesto que su modelo “hidro-económico” apunta fundamentalmente a desarrollar la comunicación fluvial, marítima y terrestre para conectar al Río de la Plata con los puertos atlánticos de Brasil y pacíficos de Chile, mientras que Costa claramente toma como punto de referencia el espacio suramericano, y elabora una serie de propuestas de integración en infra-estructura física que tienen a la cuenca Amazónica como núcleo de conexión principal de la región, puesto que conecta dos áreas consideradas estratégicas, el Caribe y el Altiplano Boliviano.

Por otro lado, la construcción de América del Sur como espacio regional también se asienta sobre factores identitarios, como la apelación a la historia en común o la existencia de patrones culturales compartidos entre sus países miembros. En efecto, vemos que en la declaración fundacional de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN) se hace referencia a una “identidad sudamericana”, a los “valores comunes” y a una historia “compartida y solidaria” de naciones que desde sus propios procesos independentistas enfrentaron “desafíos internos y externos comunes de Naciones” (Comunidad Sudamericana de Naciones, 2004). También vemos que en el preámbulo del tratado constitutivo de la UNASUR se afirma la “determinación de construir una identidad y una ciudadanía suramericana”, y uno de sus objetivos establece como meta

“la consolidación de una identidad suramericana a través del reconocimiento progresivo de derechos a los nacionales de un Estado Miembro residentes en cualquiera de los otros Estados Miembros, con el fin de alcanzar una ciudadanía suramericana” (UNASUR, 2008: i).

Aquí podemos establecer un lazo con algunos pensadores geopolíticos contemporáneos anteriormente analizados que, en sintonía con la escuela constructivista de las relaciones internacionales, pusieron el foco en la dimensión cultural a la hora de analizar la dinámica política internacional. Huntington señalaba que los *Estados nucleares*

civilizatorios iban a ser los actores políticos predominantes en el escenario mundial, articulados en función de elementos comunes como la historia, la religión, la lengua y sus costumbres, mientras que Dugin coincidía en este aspecto, y agregaba que las grandes civilizaciones que trascendieran la mera asociación económica y reforzaran sus lazos históricos-culturales bajo el establecimiento de objetivos políticos comunes, iban a ser las protagonistas de la configuración del mundo multi-polar en ciernes. Como vimos, estos aportes fueron retomados por los geopolíticos locales como Methol Ferré, Barrios y Gullo, mediante la formulación del concepto de *Estado Continental Industrial*, es decir, aquellos espacios geopolíticos que logran construirse sobre un entramado histórico-cultural común, para incrementar su capacidad económica, política, científica-tecnológica, y militar, y ganar así márgenes de autonomía en el sistema internacional.

Para continuar nuestra línea de análisis, podemos afirmar que la expresión del pensamiento geopolítico local que denominamos *continentalismo* se vio reflejada en el proceso de construcción de América del Sur como espacio regional diferenciado. En efecto, tanto la definición del *espacio vital* suramericano establecida por los geopolíticos clásicos del primer período, como la apelación a los componentes identitarios comunes para reforzar los lazos de solidaridad entre ciudadanos y de lealtad hacia las autoridades, aparecen como elementos fundacionales de la UNASUR.

Consejo de Defensa Suramericano

La conformación del Consejo de Defensa Suramericano (CDS) en el ámbito de la UNASUR constituyó un aspecto fundamental en el proceso de construcción de América del Sur como espacio regional, porque contribuyó a identificar intereses estratégicos comunes entre los países miembros en materia de defensa y seguridad internacional.

Aquí también el rol de Brasil va a ser determinante, porque la necesidad de crear un espacio regional en el área de defensa venía siendo planteada en documentos oficiales de alto nivel gubernamental. Por caso, la “Estrategia de Defensa” (2005) identificaba a la

región sudamericana como el espacio en el que Brasil se desenvolvía y sobre el cual debía proyectarse, estableciendo la Amazonia y el Atlántico Sur como aéreas prioritarias de la estrategia de defensa, y planteaba como objetivo lograr una “convergencia en el accionar” con los países vecinos. El proyecto “Brasil tres tempos” (2006), elaborado por el Núcleo de Asuntos Estratégicos (NAE), establecía como meta la creación de un “sistema de defensa colectivo”, el cual debía terminar de concretarse en el año 2024, para de esa manera perfeccionar el sistema nacional de defensa y de ciencia y tecnología, y contribuir a posicionar a Brasil como un “importante actor internacional”. También en el “Programa de Aceleración del Crecimiento” (2007) la defensa se presentaba como un área de alto potencial estratégico en el ámbito regional y global, principalmente en sus componentes aeronáutico y naval, y también terrestre. Finalmente, fue la crisis diplomática entre Colombia, Ecuador y Venezuela desatada por el asesinato de Raúl Reyes (FARC) en territorio ecuatoriano a manos de las Fuerzas Armadas colombianas, la que aceleró los tiempos de la propuesta brasileña y desembocó en la creación del Consejo de Defensa Suramericano en diciembre de 2008.

Basado en principios como el respeto irrestricto a la soberanía, la integridad territorial y la auto-determinación de los Estados, la plena vigencia de las instituciones democráticas, la defensa soberana de los recursos naturales, la solución pacífica de las controversias y el respeto por las normas del derecho internacional, los objetivos declarados del CDS son:

“consolidar Suramérica como una zona de paz, base para la estabilidad democrática y el desarrollo integral de nuestros pueblos, y como contribución a la paz mundial; construir una identidad suramericana en materia de defensa, que tome en cuenta las características subregionales y nacionales, y que contribuya al fortalecimiento de la unidad de América Latina y el Caribe; y generar consensos para fortalecer la cooperación regional en materia de defensa” (UNASUR, 2008).

Originalmente el proyecto se debatió entre dos modelos de consejo, por un lado aquel que pregonaba que el nuevo organismo cobrara forma de “foro de diálogo y coordinación de políticas” (Brasil), y por otro, el que proponía que el mismo se conformara como una “alianza de seguridad colectiva” (Venezuela). A diferencia del debate sobre el rol de la secretaría general de UNASUR, esta vez la posición venezolana no contó con el apoyo de otros países, y finalmente se adoptó la propuesta brasilera. Así, el CDS se concibió como un ámbito institucional de coordinación para minimizar las posibilidades de fricción y aumentar la confianza recíproca entre sus miembros, y se descartó la posibilidad de crear una alianza de seguridad colectiva que se articulara bajo un solo comando a partir de la identificación de riesgos a nivel regional, tal como lo hace la OTAN.

Según De Paula (2014), con el CDS se intentó construir un modelo de cooperación basado en la determinación de intereses conjuntos, donde las hipótesis de conflicto se construyen a partir de escenarios de competencia centrados en un componente o interés estratégico, como puede ser un recurso natural o una vía de comunicación. Esta es una variación importante respecto a las hipótesis de conflicto centradas en un enemigo estatal, puesto que aquí el objetivo a defender se determina con independencia relativa del enemigo (De Paula, 2014).

Según el destacado especialista Michael Klare (2012), la competencia global por el acceso a recursos vitales como el agua, el petróleo, el gas natural, la tierra cultivable y minerales industriales puede pasar del terreno económico al campo militar en el mediano plazo. Algunos cambios estructurales que está experimentando el contexto mundial, los cuales se dan con gran velocidad y representan cada vez más desafíos, refuerzan el sentido estratégico que tiene la protección de estos recursos. Nos referimos específicamente a la explosión demográfica creciente, pues de mil millones de habitantes en la segunda mitad del siglo XIX se pasó a 7 mil millones en el 2011, con características particulares que se acentúan: por un lado, Europa con una población avejentada (con su consecuente impacto social) y por otro lado América Latina y Asia con altas dotaciones juveniles, mientras que África tiene una alta tasa de mortalidad. Este cuadro socio/demográfico pone de relieve la escasez o finitud de los recursos naturales que brindan desarrollo sostenido y sustentable a

la humanidad, y que en un futuro va a generar fuertes disputas por la obtención de los recursos necesarios para alimentar a una población en ascenso (Barrios, 2011).

En este contexto, el pleno control sobre los recursos naturales adquiere un sentido estratégico, y la disputa por los mismos amenaza gravemente la seguridad de los Estados que los detentan, ya que las potencias globales necesitan estos suministros para reproducir sus grandes complejos industriales. La región suramericana se destaca por tener una de las más importantes reservas de minerales y agua dulce del planeta tierra, junto con una de las principales reservas de hidrocarburos del mundo. En cuanto al primero, varios países de región controlan una parte importante de las reservas minerales del planeta, ya que cuentan con al menos el 65% de las reservas mundiales de litio (Chile, Argentina y Brasil), el 44% de las de cobre (Chile y Perú), el 33% en el caso del estaño (Perú, Brasil, Bolivia), el 26% de las reservas de bauxita (Brasil, Guyana, Surinam, Venezuela) (Altomonte, 2013)⁵². Por otro lado, aquí se encuentran tres acuíferos de suma relevancia, la cuenca del Amazonas, la cuenca del Maranhão y el sistema acuífero Guaraní, el cual es uno de los más grandes depósitos de agua dulce del planeta, y ocupa una superficie total de aproximadamente un millón de kilómetros cuadrados repartidos en cuatro países del Cono Sur: Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. El volumen de las reservas de estos acuíferos y la capacidad de reemplazo de estos sistemas de agua convierte a Suramérica en la mayor reserva de agua dulce del planeta, cuyo nivel de explotación se encuentra en niveles muy bajos -pues ninguno de los países utiliza más del 5% de sus recursos hídricos- lo cual puede despertar el interés de las potencias extra-regionales. Por último, la región también posee una riqueza extraordinaria en materia de hidrocarburos, porque tal como se puede apreciar en el cuadro 1 del anexo, cuenta con un altísimo nivel de reservas petroleras y de gas natural que supera ampliamente su nivel de producción y consumo, las cuales se elevaron notablemente a

⁵² El autor plantea que, dada las condiciones de evidente hegemonía sobre la posesión de estos recursos minerales, los países de la región podrían intervenir activamente en la formación de su precio internacional.

partir de la certificación de los crudos extra pesados de la Faja del Orinoco en Venezuela y del descubrimiento de las inmensas reservas submarinas de crudo presal en Brasil durante el 2007 (Altomonte, 2013).

Estas consideraciones fueron debidamente tomadas en cuenta por el “Centro de Estudios Estratégicos de Defensa”, una instancia creada en el seno del CDS para la elaboración de un pensamiento estratégico a nivel regional, que tiene como objetivo “avanzar en la definición e identificación de los intereses regionales, concebidos éstos como el conjunto de los factores comunes, compatibles y/o complementarios del interés nacional de los países de UNASUR” (CEED, 2010).

Uno de los documentos principales del CEED, realizado en 2014 por su ex director Alfredo Forti, sostiene que la demanda de la humanidad sobre los recursos ecológicos del planeta, como la provisión de alimentos, materias primas y la absorción de dióxido de carbono, está provocando enormes presiones sobre la biodiversidad, pero también sobre la futura seguridad, salud y bienestar de la propia especie humana (Forti, 2013). Allí se cita un informe publicado por el World Wildlife Fund, que afirma que las demandas humanas sobre el planeta exceden la bio-capacidad de la tierra, es decir la capacidad de regeneración y suministro. La humanidad utiliza un 50% más de recursos de los que la tierra puede proveer, desfase que significa que la tierra tardaría 1,5 años en regenerar completamente los recursos renovables que los seres humanos utilizan en un año (World, Wildlife Fund, 2012).

El estudio también prevé un mundo caracterizado por la escasez, y en el cual, una de las principales amenazas de la región estará relacionada con el intento de control foráneo sobre recursos como el petróleo, el agua, y los recursos minerales y/o agroalimentarios. Según sus estimaciones, la región posee el 28,9% del total de recursos hídricos globales (agua dulce) con una tasa de renovación natural anual de más de 20.000 m³ per cápita, y una población de menos del 6% de la mundial (ONU, 2012); altos porcentajes de reservas y producción de minerales combustibles o energéticos convencionales y no convencionales, que constituye el 19,5% de las reservas mundiales probadas de petróleo crudo del mundo, siendo una de las regiones que menos consumo realiza de dicho producto (para 2011 fue de

5,8%); las mayores reservas mundiales de minerales críticos como el litio, que se encuentran contenidas en tres países de la región (Argentina, Chile y Bolivia) y suman el 90% de las reservas mundiales; y por último el más significativo reservorio de biodiversidad del planeta, puesto que alberga una inmensa variedad de ecosistemas, especies y genotipos, pues 5 de los 17 países mega-diversos del mundo son suramericanos (Brasil, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela). Según el informe, esta abundancia de recursos en nuestra región tiene como contracara la escasez y la apetencia de los mismos para actores extra regionales, por eso también es necesario generar herramientas propias y un pensamiento estratégico autónomo que ponga freno a la dependencia de la región de centros de producción de conocimiento extra regionales (Forti, 2013).

Según el documento del CEED, por su distintiva característica de encontrarse diseminados por todo el subcontinente, ninguno de los Estados puede por sí solo brindar y garantizar la protección y defensa efectiva de los recursos y reservas de activos estratégicos que posee nuestra región, es por eso que la defensa de los recursos naturales se definiría como un “interés regional” y no “nacional” (Forti, 2013). En el mismo sentido, Battaglino hace referencia a la creciente concentración del poder bélico y de una brecha tecnológica en el plano militar pocas veces vista en la historia del sistema internacional, para señalar que las respuestas estrictamente nacionales de los países periféricos no parecen ser la solución más adecuada. En efecto, la fragmentación regional resulta funcional al mantenimiento de esa brecha militar y tecnológica con los países más poderosos del sistema que, de esta forma, pueden seguir sosteniendo su hegemonía (Battaglino, 2015).

Como se puede apreciar, el CDS y el CEED hicieron una contribución significativa al proceso de unidad regional, dotando a la UNASUR de elementos doctrinarios para la elaboración de un pensamiento estratégico común. Tal como señala Sanahuja (2012), la defensa de los recursos naturales se encontraba presente en la visión estratégica de amplios sectores militares y civiles tanto en Brasil como Argentina, pero se limitaba a una

perspectiva estrictamente nacional, que en muchos casos entraba en colisión con los intereses de los países vecinos⁵³.

En nuestro repaso sobre el pensamiento geopolítico Estado-céntrico, hemos visto que los planteos en materia de defensa se hacían desde una óptica “westfaliana” de soberanía nacional y estaban atados al esquema bi-polar de la guerra fría, que ubicaba a la región suramericana como parte de la estructura de seguridad occidental liderada por Estados Unidos. Couto e Silva proclamaba el “monopolio del dominio” sobre el Atlántico Sur, y proyectaba la presencia brasilera hacia las costas africanas y el continente antártico, para garantizar allí la línea de defensa del bloque occidental ante la URSS, mientras que Meira Mattos establecía un perímetro de seguridad extendido sobre el Atlántico medio y sur, desde el Caribe y la península ibérica hasta la Antártida. Por su parte, los autores argentinos también compartían estas inquietudes sobre el Atlántico Sur, pero no realizaban proyecciones más allá del territorio nacional, ya que sus preocupaciones giraban en torno de la situación indefensa de la Patagonia -dada su baja densidad poblacional y escasa ocupación territorial-, la falta de desarrollo de infra-estructura en la costa marítima occidental, la ausencia de control y explotación de los extensos recursos que tiene el mar argentino, y la amenaza permanente que representa la presencia británica en las Islas Malvinas, Sandwich y Georgias del Sur. Este último punto generaba una contradicción importante con respecto a la pertenencia argentina a la estructura de seguridad occidental, que se va a poner en evidencia con la guerra de Malvinas⁵⁴.

⁵³ Nuevamente, los planteos realizados por Perón pueden ser considerados una excepción, porque como hemos visto, alertaba tempranamente sobre los riesgos que corrían nuestros países como grandes poseedores de recursos naturales, ante el avance de la industrialización y el crecimiento demográfico. Si bien no lo hacía desde un punto de vista estrictamente defensivo, su alegato a favor de la integración puede ser considerado un antecedente importante en este sentido.

⁵⁴ Como señala Abelardo Ramos (2012), los hechos que desencadenaron la guerra de Malvinas fueron en gran medida errores de cálculo de la cúpula militar argentina, que planificó su estrategia inicial contando con el apoyo de Estados Unidos, bajo el amparo del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca firmado en 1947, que establecía que “un ataque armado por cualquier Estado contra un País Americano, será considerado como un ataque contra todos los Países Americanos, y en consecuencia, cada una de las Partes Contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque en ejercicio (TIAR, 1947).

Sin embargo, los geopolíticos integracionistas retoman estas preocupaciones y las enmarcan dentro del contexto de pos-guerra fría, donde la regionalización del poder, el surgimiento de potencias emergentes y el perfilamiento hacia un mundo multi-polar hacían posible pensar en la creación de una estructura de seguridad regional suramericana, desligada de la tradicional tutela estadounidense. Hemos visto que el concepto de *Estado Continental Industrial* formulado por Methol Ferré, Barrios y Gullo incluye estas consideraciones, pero quien mejor sintetiza esta postura es Darc Costa, quien planteaba como objetivos del “Mega Estado” suramericano un dominio total de la masa territorial sur del hemisferio occidental, del Atlántico sur y de sus conexiones con el Índico y con el Pacífico sur, e incluso proyectaba más allá de la región, mediante una política de expansión que por un lado extienda la influencia sobre África Occidental, América Central y el Caribe, y por otro lado, hacia Oceanía y la costa oriental de África, a través de una mayor presencia marítima.

Así, la definición tradicional de amenaza de corte “westfaliano” -relacionada a la soberanía, el territorio y los recursos naturales- realizada en el CDS y el CEED, encuentra en el pensamiento geopolítico estado-céntrico un antecedente fundamental, mientras que la definición acerca del carácter extra-regional del origen de estas amenazas -el cual incluye potencialmente a Estados Unidos porque la unidad de defensa se limita a América del Sur- está en línea con los aportes de los geopolíticos integracionistas, que desacoplaron estos conceptos del esquema bi-polar de la guerra fría y los actualizaron en clave multi-polar.

La UNASUR como plataforma de gestión de crisis

La UNASUR tiene como uno de sus objetivos fundamentales fortalecer la democracia y preservar la estabilidad en la región. En su artículo 14, el tratado constitutivo establece que

“la concertación política entre los Estados Miembros de UNASUR será un factor de armonía y respeto mutuo que afiance la estabilidad regional y sustente la preservación de los valores democráticos y la promoción de los derechos humanos” (UNASUR, 2008: 14)

El organismo logró constituirse rápidamente en una plataforma de gestión de crisis, promoviendo la cooperación y el dialogo político para resolver los conflictos que tensionaban la democracia en la región, y de esa manera demostró tener un alto grado de autonomía, ya que este había sido un ámbito de actuación tradicionalmente reservado a la OEA, un organismo hegemónico por Estados Unidos (Serbin, 2011).

Como mencionamos anteriormente, la UNASUR no tenía establecido mecanismos institucionales para la gestión de crisis, pues el método que utilizó fue la diplomacia de cumbres, esto es, el encuentro periódico entre jefes y jefas de Estado, así como de ministros de relaciones exteriores, para atender asuntos de carácter internacional, cuya decisión depende de los acuerdos que formulen entre ellos.

La primera crisis que tuvo que abordar se dio en agosto de 2008 en Bolivia, meses después de la constitución del organismo. Desde su llegada al gobierno en 2005, el presidente Evo Morales tuvo una relación conflictiva con los prefectos de la región denominada “media luna” (compuesta por los departamentos de Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando) fundamentalmente por la política de hidrocarburos adoptada por el mandatario indígena, que otorgaba al Estado un rol más participativo en la redistribución de recursos que generaba el sector. La tensión fue en aumento hasta alcanzar un punto de no retorno en mayo de 2008, cuando los gobernadores impulsaron un referéndum para aprobar un “estatuto de autonomía” en los cuatro departamentos mencionados, que brindaba mayores niveles de independencia con respecto al gobierno nacional, el cual se opuso fervientemente y organizó como respuesta un referéndum revocatorio, que ponía a consideración de la población la continuidad del mandato del presidente y de 8 de los 9 prefectos departamentales. El resultado significó un fuerte respaldo político al gobierno de Morales, que obtuvo el 67% de apoyo, pero también ratificó la continuidad de los prefectos

departamentales opositores que promovían la estrategia autonomista de la región de la “media luna”, los cuales convocaron activamente a sus partidarios a realizar un “paro cívico” acompañado por fuertes protestas, y así el conflicto se trasladó con fuerza a las calles, dejando un saldo de 19 muertes. De esta manera, se generó una profunda crisis política, que trascendió el plano doméstico no solo por su gravedad, sino también porque las protestas incluyeron actos de sabotaje a las instalaciones de gas que provocaron el corte del suministro a Brasil y Argentina durante varias semanas.

La UNASUR actuó rápidamente y convocó a una cumbre en Santiago de Chile –país que ocupaba la presidencia pro-tempore- que se celebró el 15 de septiembre, y fue de vital importancia para detener la escalada de violencia que se había instalado en Bolivia. Con la presencia de 9 de los 12 primeros mandatarios suramericanos (solo faltaron el presidente de Perú, Guyana y Surinam), se emitió la “declaración de La Moneda” que expresaba “el más pleno y decidido respaldo al Gobierno Constitucional del Presidente de la República de Bolivia Evo Morales, cuyo mandato fue ratificado por una amplia mayoría en el reciente Referéndum”, y advertía especialmente a los prefectos opositores, que “rechazan enérgicamente y no reconocerán cualquier situación que implique un intento de golpe civil, la ruptura del orden institucional o que comprometan la integridad territorial de la República de Bolivia”. Además, aclaraba que no era necesaria una intervención de una fuerza de paz de la UNASUR, puesto que existía un gobierno elegido democráticamente, y por eso acordaron “crear una Comisión abierta a todos sus miembros, coordinada por la Presidencia Pro-Tempore, para acompañar los trabajos de una mesa de diálogo conducida por el legítimo Gobierno de Bolivia”, y también formar “una Comisión de apoyo y asistencia al Gobierno de Bolivia en función de sus requerimientos, incluyendo recursos humanos especializados” (Declaración de la Moneda, 2008).

Como se puede apreciar en el comunicado, si bien la intervención de UNASUR se planteó en términos de mediación entre los sectores de la oposición y el gobierno, el fuerte respaldo político al presidente Evo Morales fue el factor determinante para contribuir a controlar y solucionar la crisis. En este aspecto, se destaca el rol de liderazgo que cumplió Brasil, que por un lado aceptó asumir el papel de mediador pero puso como condición que

cese la confrontación entre la oposición y el gobierno, y por otro lado, garantizó que tanto en la cumbre como en la declaración no haya críticas y cuestionamientos a Estados Unidos, tal como querían Venezuela y Bolivia⁵⁵.

A pesar de las diferencias ideológicas y políticas, el consenso alcanzado entre todos los países miembros de la UNASUR fue crucial para lograr una intervención rápida, eficaz y efectiva. Algunos elementos que pueden explicar este accionar unánime son, en primer lugar, la urgencia por terminar con la violencia política y así garantizar el suministro de gas hacia Brasil y Argentina, que como vimos, había sido temporalmente interrumpido; en segundo lugar, el interés de Colombia por aplacar cualquier intento separatista en la región que pueda dar impulso a las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) fue fundamental para que su gobierno apoye al presidente boliviano, a pesar de sus notables diferencias ideológicas; en tercer lugar, la necesidad que tenían los países impulsores de la UNASUR –Brasil y Venezuela- de demostrar su capacidad de resolución de conflictos intra-regionales frente a la OEA; y en cuarto lugar, un aspecto fundamental que explica el respaldo rápido y contundente de todos los gobiernos al mandatario boliviano es el consenso que existe con respecto a evitar la balcanización hacia dentro de los países de la región, lo cual como señala Sanahuja (2012), es una cuestión tabú en la cultura política y la tradición institucional suramericana, que se caracteriza por distintos grados de centralismo, y por la defensa de la inviolabilidad y la integridad del territorio de cada Estado.

Otro caso donde la UNASUR intervino de manera exitosa fue en la crisis política de Ecuador de 2010. En septiembre de aquel año, un sector de la policía nacional decidió enfrentar fuertemente a la nueva ley de “servicio cívico” aprobada por la Asamblea Nacional, porque consideraba que el régimen laboral que establecía era perjudicial y generaba un recorte a sus beneficios. Las protestas incluyeron un paro y la suspensión de sus servicios, pero también el bloqueo al ingreso en la Asamblea Nacional y a la pista del

⁵⁵ El gobierno boliviano denunció permanentemente la injerencia estadounidense en la organización de las protestas, señalando los vínculos entre el embajador Phillip Goldberg y sectores de la oposición. La tensión escaló profundamente hasta que el diplomático fue expulsado del país, y como respuesta, Bush incluyó a Bolivia en la “lista negra” del narcotráfico.

aeropuerto internacional, realizado por un sector de la fuerza aérea que se plegó a las demandas policiales. En ese contexto, el presidente Rafael Correa decidió ir a negociar personalmente con los sublevados al principal foco de la huelga –el regimiento policial de Quito- que derivó en una situación caótica de suma tensión entre el equipo de seguridad presidencial y los policías amotinados, que no permitieron la salida del primer mandatario de las instalaciones, el cual tuvo que refugiarse en el edificio contiguo del hospital. Ante esta situación, Correa alegó estar secuestrado y declaró un estado de excepción argumentando que estaba en marcha un golpe de Estado, y las fuerzas armadas se movilizaron hacia el regimiento para garantizar su retiro, produciéndose así un enfrentamiento entre las fuerzas especiales del ejército ecuatoriano y los policías sublevados, que finalmente terminó con la liberación del mandatario, tras diez horas de encierro. Durante estos acontecimientos, también se generaron fuertes manifestaciones, disturbios y saqueos en las calles ecuatorianas, que dejaron un saldo de ocho muertos y 274 heridos, según datos oficiales (RTVE, 2010).

Si bien todavía hoy existe una discusión acerca de la naturaleza de los hechos –si fueron parte de un intento de golpe de Estado planificado o simplemente un motín policial- lo cierto es que generó una crisis política de gran envergadura que trascendió las fronteras nacionales. Poco después de conocerse que el presidente Correa se encontraba inmovilizado en un regimiento policial, tanto Perú como Colombia paralizaron las relaciones comerciales con su vecino, cerraron de inmediato las fronteras con Ecuador y exhortaron a la presidencia de UNASUR a que convoque a una cumbre de emergencia, un accionar que se replicó también en otros países latinoamericanos, cuyas cancillerías rápidamente condenaron los hechos (BBC, 2010). La celeridad de la UNASUR fue sorprendente: ese mismo día, los presidentes de Argentina, Chile, Colombia, Perú, Bolivia, Uruguay y Venezuela⁵⁶ se reunieron en la ciudad de Buenos Aires y emitieron una declaración que

⁵⁶ El presidente brasilero y su par paraguayo mandaron a sus vice-cancilleres, el primero porque estaba involucrado en la campaña electoral y el segundo por motivos de salud (La Nación, 2010). Mientras que Guyana y Surinam mandaron representantes de sus cancillerías.

condenaba “el intento de Golpe de Estado y el posterior secuestro del Presidente Rafael Correa Delgado registrado en la hermana República del Ecuador el 30 de septiembre” y también expresaba que los países allí reunidos “rechazan enérgicamente y no tolerarán, bajo ningún concepto, cualquier nuevo desafío a la autoridad institucional ni intento de golpe al poder civil legítimamente elegido y advierten que en caso de nuevos quiebres del orden constitucional adoptarán medidas concretas e inmediatas tales como cierres de fronteras, suspensión del comercio, del tráfico aéreo y de la provisión de energía, servicios y otros suministros (Declaración de Buenos Aires, 2010). Además, al día siguiente una delegación de ministros de relaciones exteriores de la UNASUR llegó al país para reafirmar el respaldo y constatar la reanudación del funcionamiento de las instituciones democráticas.

Como vemos, existió un consenso generalizado entre los países de la UNASUR acerca del diagnóstico de la situación y su potencial resolución, que hizo posible actuar con una rapidez inusitada y una gran contundencia. Este consenso trascendió nuevamente las diferencias entre los países del eje izquierdista-concéntrico y el derechista-poligámico, puesto que se le dio prioridad a la estabilidad política regional, e incluso contribuyó a mejorar las relaciones bilaterales entre Colombia y Ecuador, que se encontraban dañadas por la crisis diplomática que causó el asesinato del líder de las FARC, Raúl Reyes, ejecutado por las fuerzas armadas colombianas en territorio ecuatoriano, dos años antes.

La crisis ecuatoriana motivó la adopción de una “cláusula democrática” en el seno de la UNASUR, formalizada en la Cumbre de Georgetown (Guyana) en noviembre 2010⁵⁷. Allí, se instituyó el “Protocolo Adicional al Tratado Constitutivo” de UNASUR sobre el “compromiso democrático”, que prevé un procedimiento rápido de consulta para el envío de misiones diplomáticas y la adopción de sanciones, en caso de que se produjera una “ruptura o amenaza de ruptura del orden democrático, de una violación del orden

⁵⁷ El golpe de Estado en Honduras que derrocó al presidente Manuel Zelaya un año antes también puede considerarse como un antecedente en este sentido. Por razones de extensión y pertinencia, decidimos dejar este caso fuera de nuestro trabajo, porque el tratamiento del conflicto se dio principalmente a través del Sistema de Integración Centro-americana (SICA), tal como señala Soto Acosta (2014).

constitucional o de cualquier situación que ponga en riesgo el legítimo ejercicio del poder y la vigencia de los valores y principios democráticos”. Las sanciones incluían a) suspensión del derecho a participar en los distintos órganos e instancias de la UNASUR, así como del goce de los derechos y beneficios conforme al Tratado Constitutivo de UNASUR; b) cierre parcial o total de las fronteras terrestres, incluyendo la suspensión y/o limitación del comercio, tráfico aéreo y marítimo, comunicaciones, provisión de energía, servicios y suministros; c) promover la suspensión del Estado afectado en el ámbito de otras organizaciones regionales e internacionales; d) promover, ante terceros países y/o bloques regionales, la suspensión de los derechos y/o beneficios del Estado afectado, derivados de los acuerdos de cooperación de los que fuera parte; e) adopción de sanciones políticas y diplomáticas adicionales (Protocolo Adicional sobre el Compromiso con la Democracia, 2010). Tal como señala Luchetti (2012), este protocolo recoge la tradición de mecanismos similares creados por organismos regionales existentes, como el establecido por el “Grupo de Río”⁵⁸ en 1986, el “Protocolo de Ushuaia” del Mercosur en 1998, o la “Carta democrática interamericana” de la OEA en 2001.

También tenemos que mencionar aquí la creación del Consejo Electoral, llevado a cabo por iniciativa del Consejo de Ministras y Ministros de Relaciones Exteriores reunido en agosto de 2011 en Buenos Aires. Conformado por las máximas autoridades de los organismos electorales de las naciones que integran UNASUR, este instrumento tiene como principal función actuar como observador de los eventos electorales, siempre y cuando los países miembros así lo soliciten. El Consejo tuvo su debut en las elecciones generales de Guyana en noviembre de 2011, y también participó en las elecciones presidenciales de

⁵⁸ El Grupo de Río se forma en 1989 con el objetivo de crear un ámbito de consulta y concertación política, y fue constituido por Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela. A su vez, el origen de este organismo se remonta a la fusión entre dos plataformas existentes, por un lado, el “Grupo de Contadora”, fundado en 1983 por México, Colombia, Venezuela y Panamá para promover la paz en América Central, agitada por los conflictos armados en El Salvador, Nicaragua y Guatemala, y por otro lado, el Grupo de Apoyo a Contadora (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay) creado en 1985 para ampliar la acción multilateral del anterior.

Venezuela de octubre de 2012, las cuales tuvieron que realizarse nuevamente por el posterior fallecimiento del presidente recientemente electo, Hugo Chávez.

Y fue allí, el 14 de abril de 2013, cuando se desató una fuerte crisis política en el país caribeño, a raíz de las elecciones presidenciales en las que resultó victorioso Nicolás Maduro, tras vencer a Henrique Capriles por un estrecho margen de un 1,49 %, el equivalente a unos 225.000 votos. El candidato de la oposición no reconoció el resultado, denunció que hubo un fraude en el proceso electoral, y al día siguiente convocó activamente a sus simpatizantes a manifestarse en las calles, lo cual provocó una situación de violencia y caos en diversas ciudades del país, que incluyó severos enfrentamientos entre simpatizantes del gobierno y de la oposición, y también entre estos últimos con las fuerzas de seguridad, además de saqueos, quema de locales partidarios oficialistas y bloqueo de carreteras, que dejaron un saldo de nueve muertos y 78 heridos (Biobiochile, 2013).

Frente a este panorama, las autoridades de Perú –a cargo de la presidencia pro tempore- deciden convocar rápidamente a una cumbre extraordinaria de la UNASUR para tratar de resolver la crisis en Venezuela. Cuatro días más tarde, se encontraron en Lima los primeros mandatarios de Argentina, Uruguay, Brasil, Colombia, Chile y Bolivia, además de Maduro y el anfitrión peruano, Ollanta Humala⁵⁹, y luego de tres horas de reunión finalmente emitieron un comunicado que saludaba “al presidente Nicolás Maduro por los resultados de los comicios y su elección como presidente de la República Bolivariana de Venezuela”, e instaba “a todos sectores que participaron en el proceso electoral a respetar los resultados oficiales de la elección presidencial emanados del Consejo Nacional Electoral (CNE), autoridad venezolana competente en la materia”, y agregaba que la misión electoral del organismo “toma nota positiva de la decisión del CNE de implementar una metodología que permita la auditoría total de las mesas electorales”, y finalmente hacía un “llamado a deponer toda actitud o acto de violencia que ponga en riesgo la paz social del país” (Declaración de Lima, 2013).

⁵⁹ Ecuador mandó a su vicepresidente, porque Correa estaba de gira en Europa, mientras que Paraguay estaba suspendido por los acontecimientos que mencionaremos más adelante. El resto de los países mandaron delegaciones de sus cancillerías.

Tal como menciona la declaración, la UNASUR envió una misión para observar los comicios electorales compuesta por 42 observadores, los cuales se encargaron de supervisar la preparación y el desarrollo de las elecciones, mediante la observación del pre-despacho de las maquinas encargadas de registrar el voto electrónico. Terminada la jornada electoral el representante de la misión -el ex vicepresidente argentino y secretario general de la ALADI, Carlos “chacho” Álvarez- sostuvo que los resultados divulgados por el CNE debían ser respetados y que un posible recuento de votos no le concernía a la UNASUR, sino a las autoridades venezolanas. Como también menciona la declaración, el CNE inicialmente había realizado una auditoría del 54% de los votos, pero durante el transcurso de las negociaciones en la cumbre emitió un comunicado donde afirmaba que también iba a auditar el 46% restante (Aquino, 2013).

A la luz de los hechos, la intervención de la UNASUR puede considerarse eficaz porque el reconocimiento del resultado electoral por parte del conjunto de países suramericanos le quitó relevancia a las protestas de la oposición en el plano externo –que inicialmente habían tomado fuerza porque potencias como Estados Unidos, Francia o España habían apoyado sus reclamos- y también en el plano interno, ya que la conflictividad social y política se redujo notablemente, y tras varios meses de reclamos, finalmente la oposición decidió participar en las elecciones municipales de diciembre, reconociendo de esta manera las autoridades políticas de su país.

Sin embargo, a diferencia de los casos anteriormente analizados, existieron discrepancias entre los países acerca del diagnóstico y la resolución del problema, que se manifestaron en la cumbre de Lima. Mientras el presidente colombiano, Juan Manuel Santos, apoyaba el reclamo opositor que demandaba un recuento de la totalidad de los votos, la presidenta argentina, Cristina Fernández, y su par boliviano, Evo Morales, exigían que se reconociera el resultado. La decisión del CNE venezolano de auditar el 46% restante de los votos descomprimió la tensión y tras la gestión de Humala y del presidente chileno - Sebastián Piñera- finalmente Santos accedió a firmar el comunicado que reconocía el triunfo presidencial de Maduro (Borda, 2014). Como podemos ver aquí, el método de la diplomacia de cumbres demostró tener una gran capacidad para disminuir la fricción entre

los países miembros, y alcanzar un grado de concertación política que permita encontrar soluciones para los problemas domésticos que puedan afectar la estabilidad regional.

Por último, tenemos que mencionar la crisis política desatada en Paraguay, a raíz de la destitución del presidente Fernando Lugo en 2012. El desencadenante del proceso fueron los acontecimientos conocidos como la “Masacre de Curuguytí”, que tuvo lugar el 15 de junio de 2012 cuando en medio de una protesta campesina, la toma de una hacienda culminó con un enfrentamiento armado y con once manifestantes y seis policías muertos (El país, 2012). Desde distintos sectores políticos y sociales se señaló al gobierno paraguayo como principal responsable de los acontecimientos, y rápidamente la oposición convocó a la realización de un juicio político, que fue implementado con extrema celeridad y concluyó con la destitución del presidente, avalada por el poder legislativo y luego por el poder judicial. Así, el 22 de junio de 2012 –siete días después de la “masacre de Curuguytí”- y a un año de las próximas elecciones presidenciales, Fernando Lugo era destituido por el congreso en un juicio político –que duró menos de 48 horas- bajo el cargo de “mal desempeño” en sus funciones, y en su lugar asumía el vicepresidente Federico Franco.

Una semana después la UNASUR realizó una cumbre en Mendoza, Argentina, en la cual los países miembros decidieron suspender a Paraguay “hasta tanto no se restablezca el orden democrático” ya que se consideró que la destitución de Fernando Lugo fue “ejecutada mediante un proceso sumarísimo que evidenció una clara violación del derecho al debido proceso” (Declaración de Mendoza, 2012)⁶⁰. Para hacerlo, se utilizó por primera vez la “cláusula democrática” mencionada anteriormente, que establece la plena vigencia de las instituciones democráticas como condición esencial para la pertenencia a esta organización. Además, el organismo dio por terminada la presidencia pro tempore que

⁶⁰ En el mismo lugar, y horas antes de la cumbre de UNASUR, Brasil, Argentina y Uruguay realizaron una cumbre presidencial del Mercosur, donde también se decidió suspender a Paraguay de su participación en ese organismo.

mantenía Paraguay desde 2011, designando a Perú para asumir ese cargo, y también conformó una comisión para realizar un seguimiento del tema –el “Grupo de Alto Nivel”-, el cual se reunió en Lima el 23 de julio y concluyó que la suspensión de Paraguay seguiría vigente hasta la realización de elecciones “equitativas” y “hasta que existiera un respeto a las libertades políticas y a los derechos humanos”. En aquella reunión, Salomón Lerner - primer ministro de Perú y representante de este país ante la UNASUR- expresó que la intención del bloque suramericano no era garantizar el retorno del gobierno de Fernando Lugo, considerado un tema interno de Paraguay, sino llevar adelante “un seguimiento político de todos los acontecimientos, puesto que a falta de ocho meses para el proceso electoral existe una ruptura democrática” (Página 12, 2012). Finalmente, el 21 de abril de 2013 se llevaron a cabo las elecciones presidenciales, donde Horacio Cartes ganó con el 45% de los votos y fue ungido como presidente constitucional de Paraguay. Mediante la coordinación con el Tribunal Supremo de Justicia Electoral paraguayo, la UNASUR participó allí con una misión especial que supervisó los comicios, encabezada por el argentino Alejandro Tullio.

El evento electoral fue plenamente respaldado por la UNASUR, que mediante una declaración de su secretaría general expresó sus “felicitaciones al pueblo paraguayo por la vocación cívica puesta de manifiesto durante las elecciones generales 2013” y destacó “la labor de su Misión de Seguimiento Electoral del Grupo de Alto Nivel para el Seguimiento y Evaluación de la Situación en la República del Paraguay, presidida por el Ing. Salomón Lerner, que ha constatado en sus labores el cumplimiento del cronograma electoral, la normalidad del desarrollo de los comicios y la amplia participación de la ciudadanía, lo que contribuye con los avances del proceso democrático-institucional del Paraguay”, y finalmente también subrayó “el papel del Tribunal Superior de Justicia Electoral por la organización y conducción del proceso electoral y el apoyo al trabajo de la Misión Electoral de UNASUR a lo largo del citado proceso”. Así, la nación guaraní sería reincorporada

formalmente al organismo durante la cumbre realizada el 30 de agosto de 2013 en Surinam, quince días después de la asunción de Cartes⁶¹.

La crisis paraguaya presenta algunas particularidades que hacen difícil caracterizar la actuación de la UNASUR con los mismos parámetros que en los casos anteriores. La destitución del presidente en medio de un cuestionado trámite parlamentario y juicio político, con el agravante de que se había atentado contra la institucionalidad en el país que justamente ejercía la presidencia de este organismo multilateral, dejó al desnudo la incapacidad de la UNASUR para intervenir en las crisis cuando existen diferencias importantes entre sus países miembros. Mientras que la condena enérgica provino de Argentina y Venezuela, tanto Brasil como Chile y Colombia fueron más cautos, cuidándose de llamar al proceso como un golpe de Estado y reconociendo la legitimidad del proceso, más allá de condenar algunas irregularidades. A la hora de evaluar la intervención de la UNASUR, estas discrepancias se expresaron en tres aspectos fundamentales: en primer lugar, no se realizó una cumbre presidencial con la misma celeridad que en los casos anteriormente analizados, ya que la reunión en Mendoza se llevó a cabo una semana después, cuando Franco ya se había hecho cargo de la presidencia; en segundo lugar, hubo una falta de coordinación evidente en el frente diplomático, porque si bien todas las naciones retiraron a sus embajadores de Asunción, Chile y Colombia los repondrían tres meses después de la destitución, a diferencia del resto de los países; y en tercer lugar, a pesar de que la “cláusula democrática” contemplaba duras sanciones, solo llegaron a

⁶¹ Con respecto al Mercosur, la reincorporación de Paraguay no se dio con la misma facilidad y rapidez. Si bien el organismo admitió el regreso inmediatamente después de las elecciones, la nación guaraní puso reparos porque durante su suspensión había ingresado Venezuela como miembro permanente, en un proceso que consideraban inválido porque no había respetado las “características jurídicas”. El conflicto tenía un trasfondo político evidente, porque previamente a la destitución de Lugo, el ingreso de la nación caribeña no contaba con la aprobación en el congreso paraguayo, por lo tanto, Cartes consideraba que había sido una maniobra oportunista y fraudulenta. Finalmente, el congreso paraguayo avalaría el ingreso de Venezuela al Mercosur, y la nación guaraní se reincorporaría al organismo en diciembre de 2013.

implementarse algunas medidas de carácter político, como la ruptura de relaciones diplomáticas o la misma suspensión del organismo⁶².

En consecuencia, podemos decir que la actuación de la UNASUR como plataforma de gestión de crisis presentó resultados ambiguos. Más allá de la controversia sobre el carácter de los hechos, que giraban en torno a la naturaleza “golpista” del accionar político opositor, lo cierto es que al aplicar la “cláusula democrática” los países de la UNASUR consideraron que existió una “ruptura o amenaza de ruptura del orden democrático”. Sin embargo, esta decisión se tomó cuando los hechos estaban consumados -en una intervención tardía que no se vio en los casos anteriores- que imposibilitó la tarea de realizar un seguimiento de los sucesos que finalmente desembocaron en la destitución de Lugo. Por otro lado, el organismo cumplió un rol activo en el proceso de normalización que se dio después, primero como factor de presión para la convocatoria de elecciones presidenciales en el corto plazo, y luego como ente supervisor para garantizar las condiciones en las cuales se desarrollaron los comicios.

Autonomía y continentalismo en la UNASUR

Como se puede apreciar, a pesar de este último caso, la UNASUR demostró tener una gran eficacia para gestionar las crisis políticas de alta gravedad institucional en la región. Sobre este aspecto, logró constituirse como alternativa a la OEA -un organismo hegemónico por Estados Unidos que tradicionalmente se encargaba de estos asuntos- y pudo fortalecer de esta manera la autonomía de los países de la región (Sanahuja, 2012; Serbin, 2011; Briceño Ruiz, 2014). Es en este sentido que Riggiozzi (2012) caracteriza al organismo como una expresión del denominado “regionalismo pos-hegemónico”, porque a diferencia del “regionalismo abierto” que se constituyó como un mecanismo defensivo

⁶² En cambio, la suspensión del Mercosur sí tendría implicancias económicas para Paraguay. Por eso Cartes adoptó una postura pragmática al desistir de las protestas contra el ingreso de Venezuela para regresar al organismo.

frente a la globalización, la UNASUR intentó ser un espacio de contestación a la hegemonía norteamericana. A través del diálogo y la concertación política, los países de América del Sur conformaron un espacio regional que demostró tener una gran capacidad autónoma para resolver crisis intra-regionales, desafiando exitosamente la hegemonía tradicional y la importancia que Estados Unidos ha tenido como agente interventor en el continente.

Nuestro trabajo se ajusta al concepto de “autonomía relacional” de Russell y Tokatlian (2002), entendida como la capacidad que tiene un país para tomar decisiones con otros por voluntad propia y para hacer frente en forma conjunta a procesos ocurridos dentro y fuera de sus fronteras. Como se explicó en el marco teórico, para estos autores la autonomía ya no se define por el poder de un país para aislarse y controlar procesos y acontecimientos externos, sino por su poder para participar e influir eficazmente en los asuntos mundiales (Russell y Tokatlian, 2002).

A través de la integración regional, los países suramericanos encontraron una herramienta eficaz para contrarrestar la relación de poder asimétrica con Estados Unidos y limitar su influencia en la resolución de conflictos intra-regionales. En este sentido, la UNASUR puede ser enmarcada en lo que Russell y Tokatlian llaman estrategia de “contención acotada”, que implica la creación progresiva de espacios e instrumentos regionales de acción propios que reduzcan, excluyan o prevengan la influencia de Estados Unidos en una determinada área geográfica de la región, un tipo de relacionamiento que permite incrementar el poder y la autonomía de decisión sin confrontar con el hegemón regional (Russell y Tokatlian, 2009).

En línea con nuestra hipótesis, podemos decir que en este aspecto de la UNASUR se puede observar con claridad el objetivo del *continentalismo*, entendido como una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales, para alcanzar mayores niveles de autonomía en el sistema internacional. El acervo intelectual de los geopolíticos locales anteriormente analizados se ve reflejado en el accionar del organismo, porque tanto el pensamiento estado-céntrico como el integracionista contenía

postulados autonomistas, ya que concebían una región suramericana sin interferencia de potencias extra-regionales.

En cuanto al primero, esto se ve claramente en los autores de la escuela brasilera, que consideraban al subcontinente como su esfera de influencia natural y concebían a su país como el hegemón regional encargado de garantizar la línea de defensa del bloque occidental frente a la URSS. Es decir, no solo no desafiaban al hegemón regional, sino que promovían una alianza estratégica con Estados Unidos en el marco de la guerra fría, pero reclamaban ciertos márgenes de autonomía para actuar como *pais gendarme* –según los términos de Kissinger- y ordenar las relaciones inter-estatales en su zona de influencia. Una expresión en este sentido es la proyección geopolítica que realizaban sobre todo el Atlántico sur -en un área que se extendía desde el Caribe, pasando por la península ibérica y las costas africanas hasta llegar a la Antártida-, la cual excedía el territorio suramericano y abarcaba zonas de alto valor geo-estratégico como el Canal de Panamá.

En los geopolíticos integracionistas la búsqueda de autonomía aparece como elemento central, despojado de los límites que establecía la guerra fría y la alianza con Estados Unidos. El nuevo escenario mundial que surgió primero con el fin de la bipolaridad y luego con las tendencias estructurales que marcaban una progresiva distribución de poder multi-polar era interpretado como una oportunidad histórica por los autores, que coincidían en resaltar las ventajas de la integración en un mundo crecientemente globalizado y regionalizado. Bajo diferentes denominaciones –*Estado Continental Industrial o Mega Estado suramericano*- la construcción de un bloque de poder suramericano se concebía como una estrategia geopolítica para dotar de mayor autonomía a los países de la región.

De esta manera, tenemos elementos para afirmar que la UNASUR se nutrió del legado intelectual elaborado por los pensadores geopolíticos locales. En la demarcación regional suramericana, la búsqueda de intereses estratégicos comunes y de un espacio de autonomía se pueden ver expresados los preceptos del *continentalismo*, que condensa los principales aportes teóricos del pensamiento geopolítico local desde sus orígenes hasta la actualidad.

Conclusión

Este trabajo de investigación se propuso indagar sobre el pensamiento geopolítico local para encontrar bases teóricas sólidas que sean útiles a la hora de diagramar una estrategia de inserción internacional, tendiente a lograr mayores niveles de autonomía para los países suramericanos. De esa manera, pudimos arribar a nuestra hipótesis que sostiene que la evolución del pensamiento geopolítico local -desde una visión Estado-céntrica hacia una mirada integracionista- se puede ver plasmada en el surgimiento y la consolidación de la UNASUR como proyecto de integración regional. A lo largo de estas páginas, vimos que dicho organismo se nutrió del legado intelectual del *continentalismo*, entendido como una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales, para alcanzar mayores niveles de autonomía en el sistema internacional.

En primer lugar, se llevó a cabo una construcción del marco teórico que recogió los principales aportes disciplinares de la geopolítica desde su surgimiento hasta la actualidad. Para ello se realizó un profundo análisis de las principales escuelas y pensadores geopolíticos del mundo, que también tuvo en consideración el contexto histórico que los impulsó a elaborar su obra, utilizando un criterio de selección que ponderó la importancia de la obra del autor en función de su repercusión en el campo de estudios y su incidencia en las decisiones tomadas en materia de política exterior. De esta manera, se arribó a las definiciones actuales que sintetizan el concepto y que mejor se adaptaron a los parámetros de búsqueda de este trabajo.

El desarrollo del marco teórico nos sirvió para analizar la evolución histórica de la geopolítica como disciplina de estudio, pero también para resaltar su rol en materia de asesoramiento en el ámbito político-estratégico de las grandes potencias. Allí, pudimos observar que las elaboraciones de los postulados teóricos de los principales autores fueron concebidas a través de un razonamiento práctico, que se realizaba en función de los intereses de su país. En ese sentido, la vinculación estrecha entre la disciplina y los círculos de decisión de alto nivel fue creciendo a medida que ganaba terreno el estudio de la

disciplina. Por caso, los ejemplos que mejor ilustran esta relación lo constituyen la escuela alemana, con la influencia que tuvo Haushofer durante el nazismo. Si bien este autor no ocupó cargos de importancia –a diferencia de su hijo, que tenía un lugar destacado en la diplomacia alemana- el régimen adoptó parte de sus postulados teóricos para justificar su política de expansión territorial, a través de la teoría del *espacio vital* fundada por Ratzel y desarrollada luego por Haushofer y sus colaboradores. Otro ejemplo lo constituye la escuela estadounidense, que alcanzó su máximo nivel de expresión con Kennan, Brzezinski, Huntington y Kissinger, intelectuales que ocuparon lugares destacados en el aparato diplomático norteamericano -dentro del Consejo de Seguridad Nacional o incluso encabezando el Departamento de Estado en el caso del último- y sus obras tuvieron una gran influencia sobre los lineamientos de la política exterior de su país en temas estratégicos, como el enfrentamiento con la URSS, el manejo de las relaciones con las potencias emergentes y los desafíos que surgían hacia el fin de la “guerra fría” y el comienzo del nuevo período histórico.

En segundo lugar, se realizó un estado del arte mediante el repaso de los principales trabajos académicos realizados en los últimos años que analizaron los proyectos de integración regional contemporáneos. Allí vimos que la literatura académica fue sumamente prolífera y abundante, porque el arribo de gobiernos progresistas favorables a la cooperación y el surgimiento de nuevos procesos de concertación regional despertaron el interés de los científicos sociales especializados en integración regional. Así, cobraron notoriedad los trabajos de una generación de estudiosos de las relaciones internacionales que abordaron el fenómeno utilizando categorías nuevas, para dar cuenta de los cambios que se dieron con respecto a las experiencias de integración anteriores.

Sin embargo, existe una línea poco explorada en la comunidad académica, que es el estudio de estos procesos desde una perspectiva geopolítica. La visión Estado-céntrica predominante durante gran parte del desarrollo de la disciplina chocaba de lleno con las ideas integracionistas, porque estaba fuertemente influenciada por el contexto histórico del siglo pasado. Además, su estudio se limitaba a los círculos castrenses y estaba emparentado con el pensamiento estratégico que se estructuraba a partir de las hipótesis de guerra con los

países vecinos, bajo un marco de interpretación “realista” de las relaciones internacionales. A pesar de los cambios en las condiciones históricas que favorecieron el diálogo y la cooperación regional, los estudios que abordaron estos fenómenos desde una perspectiva disciplinar estrictamente geopolítica fueron escasos, y la vinculación entre el pensamiento geopolítico local y los procesos de integración regional contemporáneos fue completamente desestimada.

En tercer lugar, se llevó a cabo un análisis de los principales pensadores geopolíticos de Brasil y Argentina en el período que va desde el surgimiento de la disciplina hasta el fin de la “guerra fría”. El corte temporal se realizó en función de enmarcar el enfoque “Estado-céntrico” característico en los geopolíticos de ambos países, que se correspondía con el contexto histórico donde las relaciones internacionales estaban fuertemente atravesadas por el esquema bi-polar, con cierto sesgo militarista. Allí se dio una simbiosis entre la geopolítica clásica y la escuela realista de las relaciones internacionales, puesto que ambos enfoques tenían como premisa que el accionar de los Estados está motivado por la búsqueda de poder y la lucha por su supervivencia, lo cual genera un marco de relaciones conflictivas que dejan poco espacio para la cooperación.

Sin embargo, en el análisis de la obra de los autores nos encontramos con algunos matices con respecto a este punto. En el caso del pensamiento brasileiro, vimos que Meira Mattos promovía una actitud cooperativa con respecto a los países vecinos, porque consideraba que su país sólo podía liderar la región si era el centro articulador del subcontinente, de manera consensuada y pacífica. En cuanto a los geopolíticos argentinos, vimos que Guglielmelli y Rojas eran favorables a tener una relación cooperativa con el país vecino para desarrollar la navegación fluvial interna al sub-continente, porque era un punto estratégico para desarrollar el potencial geopolítico de Argentina. Como pudimos observar, estas visiones no escapaban al paradigma Estado-céntrico porque se enmarcaban dentro de una concepción instrumental de la cooperación, supeditada a alcanzar objetivos nacionales, en el marco de un relacionamiento fuertemente competitivo entre los países de la región.

También pudimos constatar que, tal como ocurría con los pensadores geopolíticos mundiales, el estudio de la disciplina en la región se encontraba profundamente ligado a los

ámbitos de decisión de más alto nivel, un aspecto reforzado por la estrecha relación existente entre poder político y poder militar durante este período. En el plano doméstico la influencia del pensamiento geopolítico en el accionar gubernamental fue evidente, porque ambos países pusieron en práctica una política territorial con una gran dosis de planificación estratégica -en Brasil se concretó la “marcha hacia el oeste” que interconectó los espacios poco desarrollados del interior con las ciudades costeras y en Argentina se consolidó la ocupación del Noreste Argentino, la Patagonia y la Antártida-, y también llevaron a cabo un proceso de fuerte modernización de las fuerzas armadas y de desarrollo de la industria de la defensa.

Sin embargo, también nos encontramos con profundas diferencias en cuanto al desarrollo interno de ambos países. En Brasil, se aplicó un modelo de industrialización por sustitución de importaciones que tuvo un carácter de política de Estado y se mantuvo prácticamente durante todo el período analizado, mientras que Argentina atravesó un proceso de fuerte inestabilidad política, social y económica, que en parte se explica por las desavenencias hacia dentro del sector castrense, que oficiaba como árbitro de los sectores políticos enfrentados por la antinomia “peronismo-antiperonismo”, pero a su vez, también se encontraba profundamente dividido en torno a cuestiones centrales como la necesidad de mantener un proyecto industrializador de signo proteccionista. En este sentido, vimos que el contrapunto entre Storni y Guglielmelli graficaba con claridad el debate histórico que se dio en Argentina entre apostar a un modelo agro-exportador o al desarrollo industrial interno. Esta discusión tenía un trasfondo particular en el ámbito castrense, ya que las bases de formación de la armada y el ejército argentino eran completamente diferentes: mientras la principal influencia de los primeros fue el pensamiento naval anglosajón, los segundos se formaron bajo las fuentes teóricas alemanas, lo cual hizo que ambas fuerzas tengan visiones políticas y proyectos de país sumamente contradictorios.

La existencia de estas profundas diferencias ideológicas en el seno de las Fuerzas Armadas -el principal centro de producción de conocimiento geopolítico durante este período- es un factor que explica la ausencia de una escuela geopolítica argentina. Como pudimos observar a lo largo del capítulo 3, no existió una línea de continuidad entre los

autores, porque si bien compartieron inquietudes y preocupaciones similares, lo hicieron desde visiones completamente diferentes. En cambio, sí se puede hablar de una escuela geopolítica brasilera porque sus autores compartieron inquietudes intelectuales y abordaron temáticas comunes, con contenidos que dialogaban entre sí generando un intercambio permanente, bajo visiones que partían de un diagnóstico compartido.

Otra diferencia importante que encontramos fue que el ideario geopolítico brasilero tuvo un correlato práctico en cuanto a la política regional, lo cual no se pudo apreciar en el caso argentino. Allí, identificamos un primer período histórico donde Brasil tuvo una fuerte determinación por consolidar su influencia en el “área de soldadura continental” y un segundo período donde hubo un interés por avanzar con los países de la Amazonia, que se cristalizó en la firma del “Tratado de Cooperación Amazónica”.

Por último, señalamos un aspecto compartido por ambos países, que fue la asociación del pensamiento geopolítico con la “Doctrina de seguridad nacional” que guio el accionar gubernamental de las dictaduras durante gran parte de este período. Si bien esta relación no se reflejó de manera directa en los contenidos analizados, sí se pudo observar en la participación de los autores en los gobiernos militares y su lectura estratégica de la “guerra fría”. Los postulados de esta doctrina se emparentaron rápidamente con algunos conceptos geopolíticos clásicos, pues el Estado era concebido como un organismo vivo, cuya salud y reproducción estaba amenazada por la existencia del “cáncer” comunista que representaban las formaciones subversivas internas, en el marco de la alianza estratégica que tenían los países de la región con Estados Unidos.

En cuarto lugar, se realizó un análisis de la obra de los principales pensadores geopolíticos de ambos países en el período de posguerra fría, incluyendo también los aportes del uruguayo Methol Ferré, de suma utilidad para sistematizar los contenidos autóctonos y establecer un enfoque geopolítico local. A partir del cambio de las condiciones históricas, pudimos observar que los estudios geopolíticos fueron mutando y aparecieron enfoques que abandonaron definitivamente el perfil Estado-céntrico que caracterizó a la etapa anterior. Por otro lado, la recuperación del sistema democrático y la retirada del poder de las fuerzas armadas provocó una apertura de la disciplina hacia la

sociedad civil que modificó la lógica desde la cual se reflexionaba la vinculación entre poder, estrategia y proyección espacial.

Este proceso de apertura se pudo observar en dos aspectos fundamentales: la procedencia académica de los autores analizados -a diferencia del período anterior donde predominaban ampliamente los intelectuales del sector castrense-, y en la creación de instituciones nuevas que dieron cuenta de la mayor vinculación cívico-militar existente en el ámbito de los estudios estratégicos y geopolíticos. De todas formas, las principales usinas de producción de pensamiento continuaron siendo las instituciones estatales, en particular aquellas dedicadas a la planificación estratégica, las relaciones exteriores y la defensa, con lo cual, los contornos institucionales que alojaron el estudio de la disciplina no variaron demasiado con respecto al período anterior.

A pesar de estos cambios, también pudimos constatar que los autores de ambos períodos comparten algunas premisas del enfoque geopolítico clásico, establecidas por Kjellen a partir de las reflexiones fundacionales de Ratzel. Tanto los miembros de la escuela geopolítica brasilera como los autores argentinos establecieron que el *lebensraum* o *espacio vital* para el desarrollo integral de sus naciones incluía necesariamente territorio suramericano que estaba fuera del alcance de las fronteras nacionales. Aunque con algunos matices, porque mientras que en los pensadores brasileros siempre estuvo claro que este espacio se concebía bajo su hegemonía, en los argentinos este planteo aparece con timidez en las propuestas de integración fluvial durante la primera etapa, pero luego cobra fuerza con la formulación de estrategias de inclusión de otros países, como Venezuela, para equilibrar la relación asimétrica con Brasil. Otro elemento del pensamiento clásico que está presente en los autores de ambos bloques es el enfoque industrialista, aunque también vimos que en la escuela brasilera tenía una centralidad mayor, porque los autores argentinos estaban atravesados por los debates sobre el modelo de país que mencionamos anteriormente.

De esta manera, pudimos encontrar algunas conexiones teóricas que nos permitieron identificar un perfil propio en materia de pensamiento geopolítico: el *continentalismo*, entendido como una estrategia que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones

continentales, para lograr una inserción autónoma en el sistema internacional. A través del estudio en bloques temporales, pudimos ver que el establecimiento de condiciones históricas más favorables para el diálogo y la cooperación regional fueron determinantes para la evolución del pensamiento geopolítico local desde una lógica nacionalista-competitiva hacia una visión integracionista-cooperativa.

En quinto lugar, en el último capítulo abordamos la vinculación que existe entre el pensamiento geopolítico local anteriormente analizado y el proceso de conformación y desarrollo de la UNASUR. Allí, se llevó a cabo una breve lectura histórica y una descripción de las principales características del organismo, con el objetivo de poner de relieve tres aspectos fundamentales en ese proceso: la construcción de América del Sur como espacio regional diferenciado, la identificación de intereses estratégicos comunes entre sus miembros y el rol del organismo como plataforma de gestión de crisis.

En cuanto al primer punto, observamos que la flexibilidad institucional y la amplitud temática fueron herramientas cruciales para alcanzar consensos mínimos entre los países que integran el organismo, los cuales presentaban divergencias en cuanto a sus estrategias de inserción internacional. Por un lado, el diseño institucional intergubernamental otorgó una centralidad absoluta al poder ejecutivo de cada país, cuya dinámica de funcionamiento se estructuró a partir de la “diplomacia de cumbres”, y por otro lado, la ampliación y diversificación de temas hizo posible la confluencia de los heterogéneos intereses nacionales.

También pudimos constatar que algunas nociones elaboradas por los geopolíticos locales como la definición del *espacio vital* suramericano y la apelación a componentes identitarios comunes aparecen como elementos fundacionales de la UNASUR. Como vimos, la demarcación regional acotada al ámbito suramericano se puede observar tempranamente en la proyección geopolítica que realizaban los autores clásicos de la escuela brasilera, mientras que en los geopolíticos integracionistas alcanzó un punto de maduración más alto, ya que diagramaron una estrategia de integración concreta, que tenía a la alianza Argentina-Brasil como motor principal del proyecto unionista, y en algunos casos incorporaba a Venezuela como factor de equilibrio. Por otro lado, pudimos observar

que la apelación a la historia en común o la existencia de patrones culturales compartidos entre los países miembros aparecen en las declaraciones fundacionales del organismo, y también forman parte de los conceptos centrales de los geopolíticos integracionistas, bajo la acepción de *Estado Continental Industrial* o *Mega-Estado suramericano*.

En cuanto al segundo punto, señalamos la importancia del Consejo de Defensa Suramericano (CDS) y el Centro de Estudios Estratégicos de Defensa (CEED) como instrumentos fundamentales para identificar intereses estratégicos comunes entre los países miembros. Allí hicimos un análisis de los documentos principales de estos organismos, donde se afirma que la defensa de los recursos naturales se puede transformar en un “interés regional”, porque ninguno de los Estados nacionales puede garantizar su protección efectiva, en virtud de la asimetría de poder militar que existe con las grandes potencias y la dispersión geográfica que tienen estos recursos.

Además, destacamos la vinculación que tienen estos conceptos con el pensamiento geopolítico local. Hicimos un repaso de los autores clásicos, cuyos planteos en materia de defensa se hacían desde una óptica “westfaliana” de soberanía nacional y estaban atados al esquema bi-polar de la guerra fría, que ubicaba a la región suramericana como parte de la estructura de seguridad occidental liderada por Estados Unidos. Y luego, de los geopolíticos integracionistas, que retomaron estas preocupaciones y las enmarcaron dentro del contexto de pos-guerra fría, donde la regionalización del poder, el surgimiento de potencias emergentes y el perfilamiento hacia un mundo multi-polar hacían posible pensar en la creación de una estructura de seguridad regional suramericana, desligada de la tradicional tutela estadounidense.

Por último, señalamos el rol de la UNASUR como plataforma de gestión de crisis, destacando su eficacia para resolver conflictos internos que podían afectar la estabilidad política regional. En este apartado, realizamos un análisis de casos, que incluyó la crisis política en Bolivia (2008), Ecuador (2010) y Venezuela (2013), donde pudimos observar que existió un consenso generalizado entre los países acerca del diagnóstico de la situación y su potencial resolución, lo cual hizo posible que la UNASUR pueda actuar con rapidez, contundencia y eficacia. El caso de Venezuela presentó mayor complejidad, porque

inicialmente hubo diferencias entre los países miembros, pero el método de la “diplomacia de cumbres” demostró tener una gran capacidad para alcanzar consensos *in situ* y tomar resoluciones con rapidez. También analizamos la crisis paraguaya a raíz de la destitución del presidente Lugo (2012), la cual presentó algunas particularidades que hicieron difícil caracterizar la actuación de la UNASUR con los mismos parámetros que en los casos anteriores, porque tuvo resultados ambiguos, ya que por un lado no pudo incidir en la maniobra destituyente, pero luego tuvo un rol protagónico en el proceso que desembocó en las elecciones presidenciales posteriores.

De esta manera, pudimos demostrar que la UNASUR tuvo una gran eficacia para resolver las crisis políticas intra-regionales. Sobre este aspecto, logró constituirse como alternativa a la Organización de Estados Americanos (OEA), limitando la influencia que Estados Unidos tuvo históricamente en la región y fortaleciendo de esta manera la autonomía de los países suramericanos.

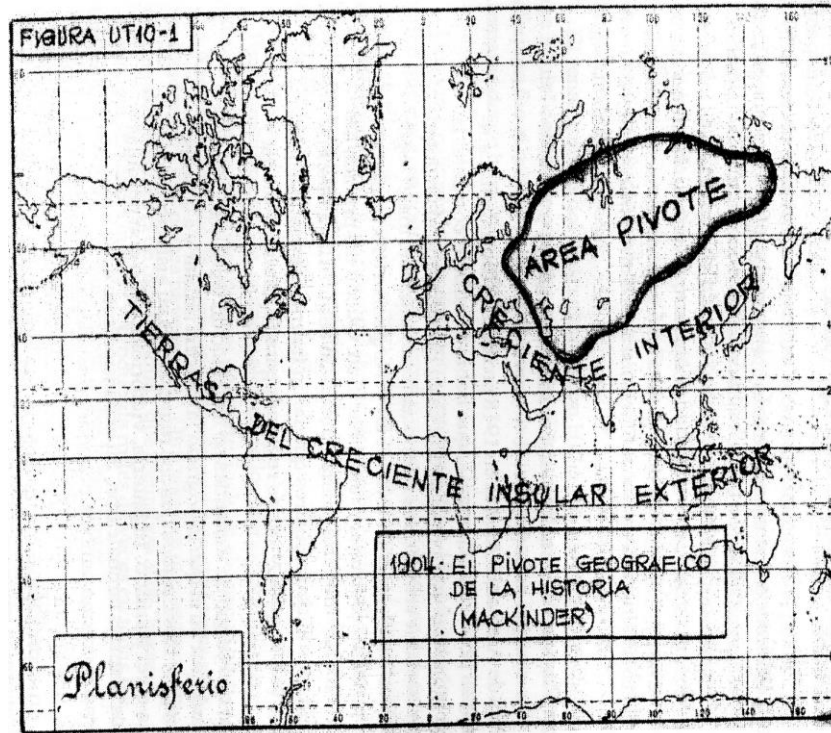
Así, a través del análisis del accionar concreto de la UNASUR, pudimos constatar que existe una correlación con el objetivo del *continentalismo*, entendido como una estrategia geopolítica que impulsa la creación de espacios estatales de dimensiones continentales, para alcanzar mayores niveles de autonomía en el sistema internacional. El acervo intelectual de los geopolíticos locales anteriormente analizados se pudo ver reflejado en el accionar del organismo, porque tanto el pensamiento Estado-céntrico como el integracionista contenía postulados autonomistas, ya que concebían una región suramericana sin interferencia de potencias extra-regionales.

En cuanto al primero, vimos que los autores de la escuela brasilera consideraban al subcontinente como su esfera de influencia natural y concebían a su país como el hegemon regional encargado de garantizar la línea de defensa del bloque occidental frente a la URSS, mientras que en los geopolíticos integracionistas la búsqueda de autonomía aparece como elemento central, despojado de los límites que establecía la “guerra fría” y la alianza con Estados Unidos, en un nuevo escenario mundial que ofrecía oportunidades históricas para avanzar hacia la integración regional y la conformación de un mundo multi-polar.

Con este trabajo intentamos generar un aporte para la construcción de un pensamiento geopolítico autóctono, que brinde herramientas útiles a la hora de pensar una estrategia de inserción internacional autónoma, que nos permita modificar progresivamente el estatus dependiente que tienen los países suramericanos. A pesar de su parálisis actual, creemos que la UNASUR expresó y aún expresa esa posibilidad, porque es una iniciativa que se apoya en una lectura geopolítica que contempla los factores geográficos, políticos, culturales y sociales de los países de la región y por lo tanto, posee una proyección estratégica.

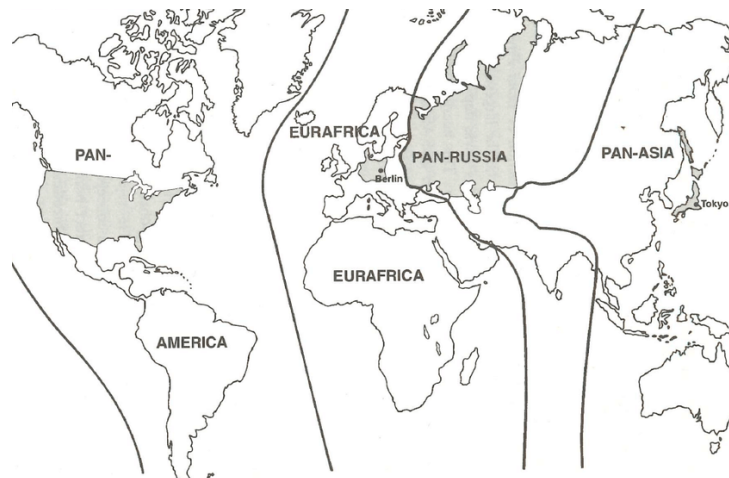
Anexo

Mapa 1



Fuente: Sarno (2004): Lecciones de Geopolítica. Volumen uno”

Mapa 2



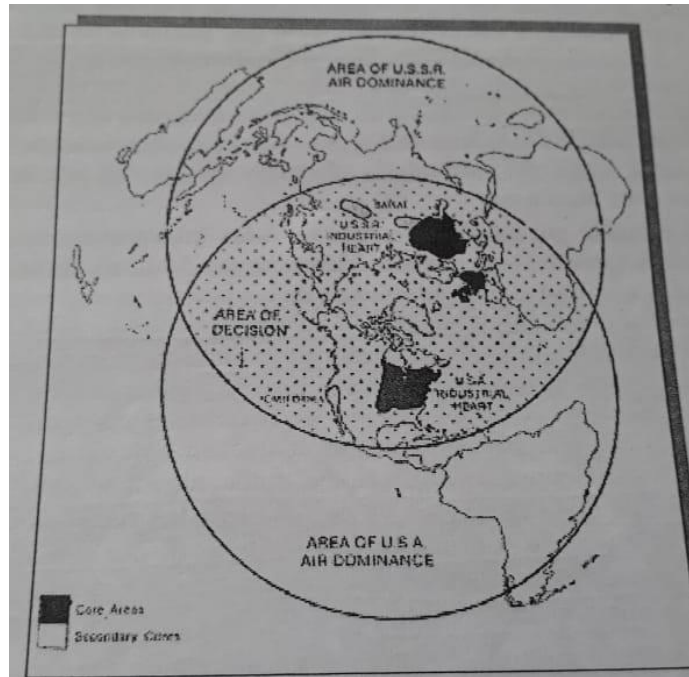
Fuente: Karl Haushofer, Geopolitik der Pan-Ideen (Berlin: Zentral, 1931).

Mapa 3



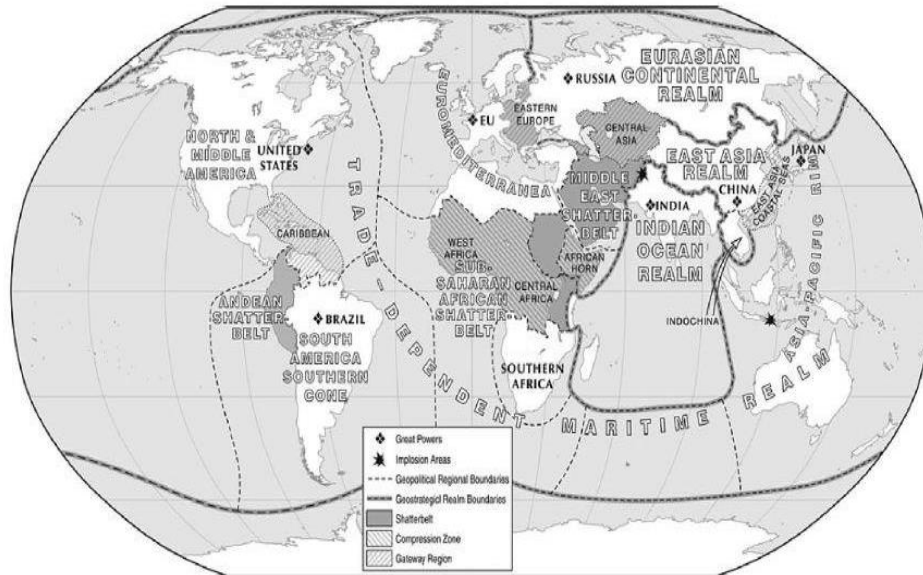
Fuente: Mendez Gutierrez (2011): "El nuevo mapa geopolítico".

Mapa 4



Fuente: Seversky (1950)

Mapa 5

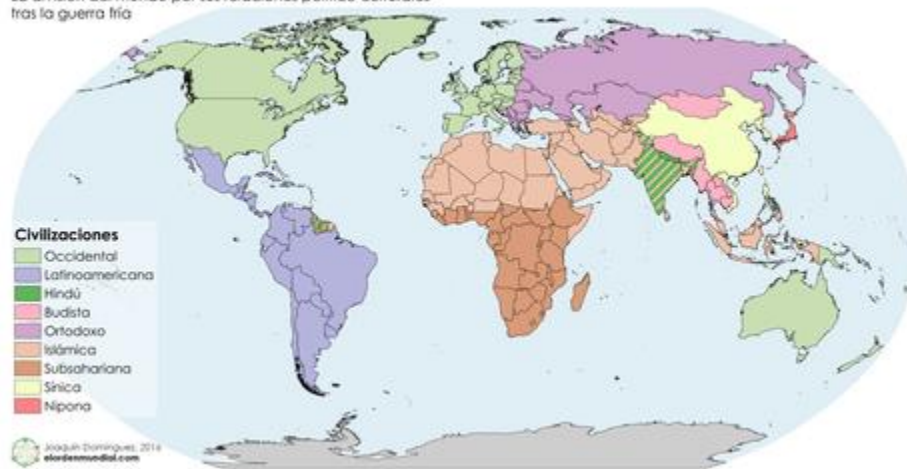


Fuente: Cohen S. B (2010). Pag. 157.

Mapa 6

El choque de civilizaciones (Samuel Huntington)

La división del mundo por sus relaciones político-culturales tras la guerra fría



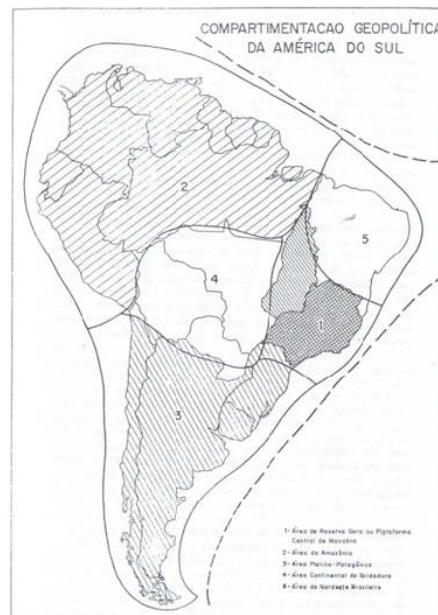
Fuente: Huntington, S. (1997)

Mapa 7



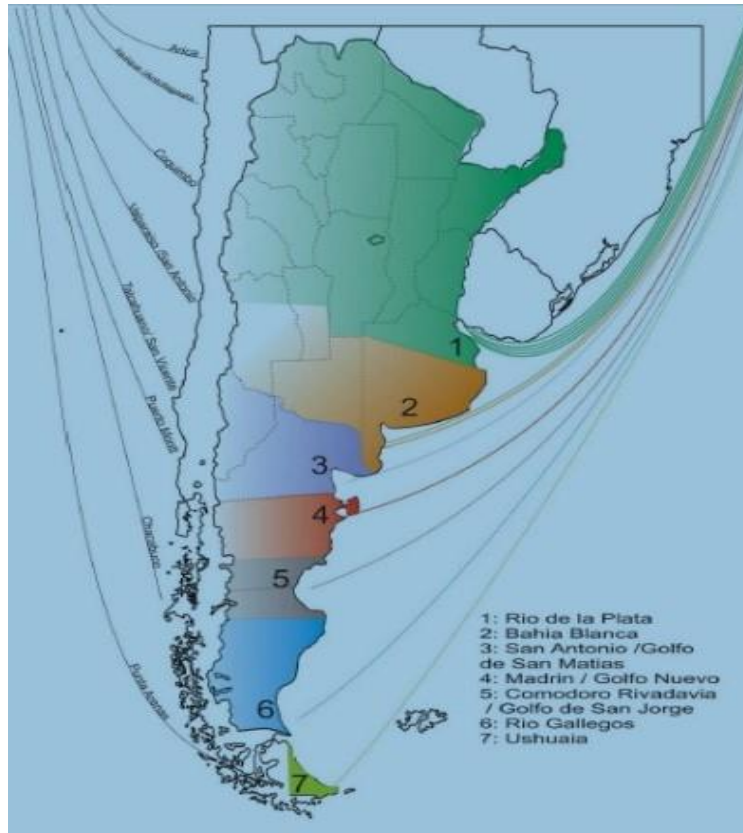
Fuente: Schilling, P. (1978).

Mapa 8



Fuente: Couto e Silva (1967).

Mapa 11



Fuente: Covelli, E. (2016).

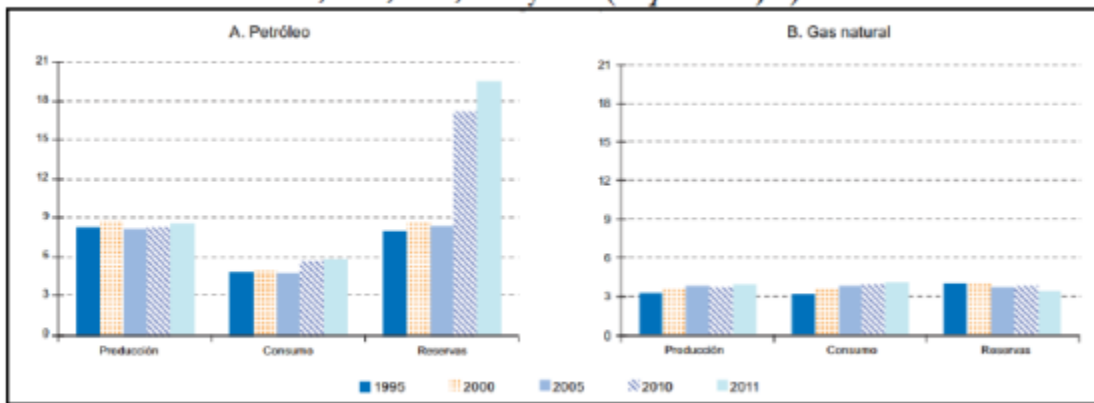
Mapa 12



Fuente: Covelli, E. (2016).

Cuadro 1

América del Sur: Participación en los sectores del petróleo y el gas natural, 1995, 2000, 2005, 2010 y 2011 (en porcentajes)



Fuente: Altomonte, *et al.* 2013: 36.

Fuente: Altomonte ,et al. (2013).

Bibliografía

- I Cumbre Sudamericana de Jefes de Estado (2000). *Comunicado de Brasilia*. 31 agosto de 2000. Brasilia, Brasil.
- II Cumbre Sudamericana de Jefes de Estado (2002). *Consenso de Guayaquil*. 27 de Julio, 2002. Guayaquil, Ecuador.
- III Comunidad Sudamericana de Naciones (2004). *Declaración de Cusco*. III Cumbre Presidencial Sudamericana. 9 de diciembre 2004. Cuzco, Perú.
- Acharya, A. (2009). '*Regional Worlds in a Post-Hegemonic Era*'. Bordeaux: Spirit Working Paper, Junio.
- Acharya, A. (2018). *The End of American World Order*. Cambridge: Polity Press.
- Altomonte, H. A. (2013). *Recursos naturales en UNASUR. Situación y tendencia para una agenda de desarrollo regional*. CEPAL/UNASUR. Santiago de Chile, Chile.
- Agnew, J. (1998). *Geopolitic, revisioning world politics*. Londres: Routledge.
- Aquino, M. (2013). *Sudamérica apoya triunfo electoral de Maduro, pero pide diálogo en Venezuela*. Reuters. 18 de abril de 2013 Obtenido de <https://www.reuters.com/article/latinoamerica-venezuela-unasur-idLTASIE93H05G20130419>
- Atencio, J. (1982). *Qué es Geopolítica*, 4ª ed., Pleamar, Argentina, 1982, 383 pp.
- Backheuser, E. (1952). *A Geopolítica Geral do Brasil*. Río de Janeiro, Biblioteca de Exército.
- Balassa, B. (1961). *Towards a theory of economic integration*. *Kyklos*, 14(1), 1–17.

- Banco Mundial (2016). *Índice de Gini*. Disponible en <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI>. Consultado el 04/03/2020.
- Banco Mundial (2014). *The changing wealth of nations 2018: building a sustainable future*. Disponible en [http://documentos.bancomundial.org/curated/es/727941517825869310/pdf/123137-
Replacement-PUBLIC.pdf](http://documentos.bancomundial.org/curated/es/727941517825869310/pdf/123137-Replacement-PUBLIC.pdf). Consultado el 04/03/2020.
- Barbé, E. (1987) “*El equilibrio del poder en la Teoría de las Relaciones Internacionales*”. Afers Internacionals.
- Barrenengoa, A. C. (2016). *Geopolítica de la integración sudamericana: la estrategia del COSIPLAN en la UNASUR*. Ensenada: UNLP.
- Barrios, M. A. (2011). *Consejo suramericano de defensa: desafíos geopolíticos y perspectivas continentales*. Buenos Aires: Biblos.
- Battaglia, M. (2011). *UNASUR, la consolidación del pensamiento geopolítico brasileiro*. Buenos Aires: FLACSO/Argentina.
- Battaglino, J. (2015). “*Democracia, reconfiguración de amenazas y la paz sudamericana*”. Revista de Ciencias Sociales, núm. 51, enero-febrero, 2015, pp. 171-186.
- Biobiochile. (2013). *Nueve muertos y 78 heridos en protestas de opositores en Venezuela*. 24 de abril de 2013. Obtenido de <https://www.biobiochile.cl/noticias/2013/04/24/nueve-muertos-y-78-heridos-en-protestas-de-opositores-en-venezuela.shtml>. Consultado el 7/07/2020.
- Borda, S. (2014). *Multilateralismo en transición: la UNASUR*. Anuario de integración 10. CRIES, España.
- Borón, A. (2014), *América Latina en la geopolítica del imperio*. Buenos Aires, Luxemburg.
- Boscovich, N. (1999). *Geoestrategia para la integración regional*. Buenos Aires: Ciudad Argentina.

- Briceño Ruiz, J. (2011). *Del regionalismo estratégico al regionalismo social y productivo*. Buenos Aires: TESEO.
- Briceño Ruiz, J. (2014). *Del regionalismo abierto al regionalismo estratégico en América Latina*. Flaco Ecuador, 23-35.
- Bruckmann, M. (2011), *O inventamos o erramos: La nueva coyuntura latinoamericana y el pensamiento crítico*. Tesis de Doctorado. UFF. Brasil.
- Brzezinski, Z. (1988). *El juego estratégico*. Buenos Aires: Planeta.
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Planeta.
- Burdman, J. (2015). *Geopolítica latinoamericana: nuevos enfoques y perspectivas*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Burdman, J. (2020). *La innovación de Perón en 1953: fundamentos históricos para una geopolítica crítica en Sudamérica*. Revista de estudios sobre espacio y poder, 185-200.
- Bruckmann, M. (2011), *O inventamos o erramos: La nueva coyuntura latinoamericana y el pensamiento crítico* (Tesis de Doctorado, UFF, Brasil).
- Cairo Carou, H. (2011). *La Geopolítica como «ciencia del Estado»: el mundo del general Haushofer*. Revista de estudios sobre espacio y poder, 337-345.
- Centro de Estudios Estratégicos de Defensa (2010). *“Estatuto del Centro de Estudios Estratégicos de Defensa del Consejo de Defensa Suramericano”*. Guayaquil.
- Ceresole, N. (1972), *Geopolítica de liberación: Argentina, el grupo andino y las naciones del Plata*, Buenos Aires, Corregidor.
- Cirigliano, G. (1975), *La Argentina triangular: geopolítica y proyecto nacional*. Buenos Aires: Humanitas.

- Comini, N. & Bergez, T. (2017). “*Las alianzas en América Latina*”. En A. Serbín, L. Martínez & H. Ramanzini (Eds.), *América Latina y el Caribe: una compleja transición* (Págs. 95-117). Buenos Aires: CRIES.
- Comini, N. & Frenkel, A. (2014). *Una Unasur de baja intensidad. Modelos en pugna y desaceleración del proceso de integración en América del Sur*. Nueva Sociedad, (250), 58–77.
- Comini, N. & Frenkel, A. (2016). *Unasur: de proyecto refundacional al fantasma del sudamexit*. Coordinadora Regional de Investigaciones Economicas y Sociales (CRIES). Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe, No. 13.
- Comini, N. & Sanahuja, J. (2018). *Las nuevas derechas latinoamericanas frente a una globalización en crisis*. Nueva Sociedad No 275, mayo-junio de 2018, ISSN: 0251-3552.
- Costa, D. (2005). *Estrategia nacional*. Buenos Aires: Prometeo.
- Costa, D. (2007). *Caminando hacia el Futuro: el Mega-Estado Sudamericano*. Brasilia: Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil.
- Couto e Silva, G. (1978). *Geopolítica del Brasil*. México. Cid Editor.
- De Paula, G. (2014). *Modelo de cooperación e impacto en el sector defensa de los países miembros del CDS*. Cuadernos de actualidad en defensa y estrategia, numero 4.
- Dodds, K. (2001). *Political Geography III: critical geopolitics after ten years*. Progress in Human Geography, 469-484.
- Donnelly, T. (2003). *Preserving America’s Supremacy. Institutionalizing Unipolarity*. Washington: American Enterprise Institute, National Security Outlook.
- Dougherty, J. y. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*. Buenos Aires: Grupo editor latinoamericano.
- Dugin, A. (2014). *Bases*. Buenos Aires: Nomos.

Dugin, A. (2017). *Geopolítica existencial*. Buenos Aires: Nomos.

Dugin, A. (2018). *Identidad y soberanía: contra el mundo posmoderno*. Buenos Aires: Nomos.

El universal (2010). *Ecuador investiga el origen de insurrección*. Quito. Disponible en: <https://archivo.eluniversal.com.mx/internacional/69951.html>. Consultado el 31/08/2020.

Erazo, P. M. (2010). *Cumbre de Unasur acuerda un protocolo contra golpes de Estado*. 26 de abril de 2010. *BBC News*. Obtenido de https://www.bbc.com/mundo/noticias/2010/11/101126_colombia_ecuador_relaciones_resta_blecimiento_unasur_jg

Fondo Monetario Internacional (2019), *Report for Selected Countries and Subjects*. Disponible en <https://www.imf.org/external/>. Consultado el 03/03/2020.

Forti, A. (2013). “El papel de la defensa en la estrategia sudamericana”, *América Latina en Movimiento* n° 488, septiembre, pp. 26-29.

Fornillo, B. (2015). “*Centralidad y permanencia del pensamiento geopolítico en la historia reciente de sudamerica (1944-2015)*”. *Estudios Sociales del Estado*, Volumen 1, Número 2, segundo semestre de 2015.

Fraga, J.A. (1985). *Ensayos de Geopolítica*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Buenos Aires: Planeta.

Gallardo, M., Gonzalez, R., & Aguirre, P. (2012). Brasil: raíces geopolíticas y actual influencia en expansión. *Política y Cultura*, 233-253.

El universal (2010). “Ecuador investiga el origen de insurrección”. Quito. Disponible en: <https://archivo.eluniversal.com.mx/internacional/69951.html>. Consultado el 31/08/2020.

Gullo, M. (2005). *Argentina-Brasil, la gran oportunidad*. Buenos Aires: Biblos.

- Gullo, M. (2008). *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones*. Buenos Aires: Biblos.
- Gullo, M. (2012). *Insubordinación y desarrollo. Las claves del éxito y el fracaso en las naciones*. Buenos Aires: Biblos.
- Haass, R. Vol. (2008) “*La era de la no polaridad. Lo que seguirá al dominio de Estados Unidos*”. Foreign Affairs Latinoamérica. Volumen 3.
- Haushofer, K. (1975). *Poder y espacio*. Buenos Aires: Pleamar.
- Held, D., & Mc Grew, A. (2003). *Globalización/anti-globalización: sobre la construcción del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- Huntington, S. (1999). *The Lonely Superpower*, Foreign Affairs.
- Hurrell, A. (2009). *On Global Order. Power, Values and the Constitution of International Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Kagan, R. (2004). *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*. Madrid: Taurus.
- Kissinger, H. (1974). *Política exterior americana*. Barcelona: Rota-tiva.
- Kjellen, R. (1975). *Autarquía*. Buenos Aires: Pleamar.
- Klare, Michael (2012). “Resource competition in the 21 st. century”. En *Resource Wars: The new landscape of global conflict*. New York: Metropolitan Books.
- Koutoudjian, A. (2015). *La geopolítica de sudamerica en los ultimos años*. Cuadernos de geopolítica. Editorial Ad Hoc.
- Levine, R. (1982). *Brazil: the dimension of democratization*. Washington: Current History.

- Llenderrozas, E. (2013). *Relaciones internacionales: teorías y debates*. Buenos Aires: Eudeba.
- Llenderrozas, E. (2016). “Unasur: desafíos geopolíticos, económicos y de política exterior”. En Pensamiento Propio, *La arquitectura de gobernanza regional en América Latina: condicionamientos y limitaciones* (Págs. 195-215). Buenos Aires: CRIES.
- Luchetti, J. (2012). “La UNASUR y el protocolo sobre compromiso con la democracia”. Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
- Mackinder, H. (1975). *El eje geográfico de la historia*. Buenos Aires: Pleamar.
- Marini, J. F. (1985). *El conocimiento geopolítico*. Buenos Aires: Circulo Militar.
- Marini, J. F. (1987). *Geopolítica latinoamericana de integración*, Buenos Aires, Humanitas.
- Mead, W. (2014). The Return of Geopolitics. *Foreign Affairs*.
- Meira Mattos, C. (1980). *Una Geopolítica Pan-Amazónica*. Ediciones Livraria José Olimpo.
- Meira Mattos, C. (1984). *Geopolítica y Trópicos*. Biblioteca del Ejército.
- Meira Mattos, C. (1997). *Geopolítica y teoría de las fronteras*. Buenos Aires, Círculo Militar.
- Mendez Gutierrez, R. (2011). *El nuevo mapa geopolítico del mundo*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Methol Ferre, A. (1967). *El Uruguay como problema*. Montevideo: Publicaciones del Sur.
- Methol Ferre, A. (1991). *El mercosur y los Estados Continentales*. Buenos Aires: Ediciones Instituto Superior Arturo Jauretche.
- Methol Ferre, A. (1992). “El Mercosur: un acontecimiento fundamental para América Latina”. Conferencia magistral. (En línea). Disponible

en:<http://metholferre.com/obras/conferencias/capitulos.php?id=2>. Consultado el 6/09/19.

Methol Ferre, A. (1996). “Geopolítica del Mercosur”. Conferencia magistral, Mendoza. (En línea). Disponible en:

<http://www.metholferre.com/obras/conferencias/capitulos/detalle.php?id=76>. Consultado el 24/04/2020.

Methol Ferre, A. (2002). “De los Estados Ciudad al Estado Continental Industrial”. Conferencia en el Centro Cultural Hernández Arregui, Buenos Aires. (En línea). Disponible en: <http://www.metholferre.com/obras/conferencias/capitulos/detalle.php?id=72>. Consultado el 24/04/2020.

Moñiz Bandeira, L. (2009). *Geopolítica e política exterior: Estados Unidos, Brasil e America do Sul*. Brasilia: Fundação Alexandre de Gusmão.

Moñiz Bandeira, L. (2004). *Argentina, Brasil y los Estados Unidos*. Grupo Norma.

Nye, J. (2011). *The Future of Power*. Nueva York: Public Affairs.

Núcleo de Assuntos Estratégicos. (2006). *Projeto Brasil 3 Tempos: 50 Temas Estratégicos*. Disponible en: <http://www.resdal.org/ultimos-documentos/mainbrasil-estrategia-def-06.html>. Consultado el 02/04/2020.

Organización de Estados Americanos (1947). *Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca*. Disponible en: <http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/b-29.html>. Consultado el 11 de mayo de 2021.

Ohmae, K. (1997). *El fin del Estado nacion*. Santiago de Chile: Andres Bello.

Organización de Naciones Unidas (2020). *Department of economic and social affairs. Population dynamics*. Disponible en

<https://population.un.org/wpp/Download/Standard/Population/>. Consultado el 03/03/2020.

- Ostos Cetina, M. D. (2014). Aplicación de modelos geopolíticos en America Latina: los casos de Brasil y Colombia. . *Politica y sociedad*, 147-167.
- Página 12 (2012). *Unasur ratificó su rechazo al "golpe de Estado" en Paraguay*. 23 de junio de 2012. Obtenido de <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-197082-2012-06-23.html>. Consultado el 14/07/2020.
- Peregil, F. (16 de 6 de 2012). *El pais*. Obtenido de https://elpais.com/internacional/2012/06/15/actualidad/1339782823_762410.html
- Perón, J. D. (1953). *Archivo peronista*. Recuperado el 27 de julio de 2020, de <http://archivoperonista.com/discursos/juan-domingo-peron/1953/discurso-en-escuela-nacional-guerra/>
- Perón, J. D. (1967). *La hora de los pueblos*. Buenos Aires: CS Ediciones.
- Perrotta, D. (2012) “La integración regional como objeto de estudio. De las teorías tradicionales a los enfoques actuales y de la prescripción a la aprehensión de la nueva realidad regional”, en Llenderozas, E. (ed) (2012) *Teoría de Relaciones Internacionales*, Buenos Aires: EUDEBA [en prensa].
- Perrotta, D. (2018). *El campo de estudios de la integración regional y sus aportes a las relaciones internacionales: una mirada desde América Latina*. Madrid: Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) - Universidad Autónoma de Madrid.
- Prieto, G., & Betancourt, R. (2014). *Entre la soberanía, el liberalismo y la innovación: un marco conceptual para el analisis de la Alianza del Pacífico*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Programa de Aceleración del Crecimiento. (2011), *Programa de Aceleração do Crescimento*. Disponible en:<http://www.pac.gov.br/i/2bee3ffc>. Consultado el 02/04/2020.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2019). *2019 Human Development Index Ranking*. Disponible en: <http://hdr.undp.org/en/content/2019-human-development-index-ranking>. Consultado el 03/03/2020.

Protocolo Adicional al Tratado Constitutivo de UNASUR sobre Compromiso con la Democracia. Georgetown, República Cooperativa de Guyana, 26 de noviembre de 2010.

Puig, J. C. (1980). *Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana*. Caracas, instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar.

Ramos, J. A. (2012). *Historia de la nación latinoamericana*. Ed. Peña Lillo: Buenos Aires.

Rattenbach, A. B. (1985). *Antología geopolítica*, Pleamar, Buenos Aires.

Ratzel, F. (1975). *Antología Geopolítica*. Buenos Aires: Pleamar.

Rebollar, V. (2010). *Discurso geopolítico brasileño en el marco de la creación de la UNASUR*. Mexico D.F.: FLACSO Mexico.

Riggirozzi, P. (2012). Reterritorializando consensos: hacia un regionalismo poshegemónico en América Latina. *Anuario de integración regional de América Latina y el gran Caribe Numero 9. Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES)*, 129-159.

Rivarola Puntigliano, A. (2012). *El retorno de la geopolítica: una perspectiva sudamericana*. San Pablo: Fórum Universitário Mercosul - FoMerco.

Rivarola Puntigliano, A. (2014). Autonomía y geopolítica. En J. Briceño Ruiz, & A. Simonoff, *Integración y cooperación regional en América Latina* (págs. 71-95). Buenos Aires: Biblos.

Rojas, I. F. (1974) *Intereses argentinos en la Cuenca del Plata, su abandono antihistórico a partir de la quiebra institucional de la libertad*. Buenos Aires: Ediciones Libera.

- Rojas, I. F. (1979). *La Ofensiva Geopolítica Brasileña en la Cuenca del Plata*. Buenos Aires: Ediciones NEMONT.
- Russell, R. & Tokatlian, J. G. (2002). *De la autonomía antagónica a la autonomía relacional*. Perfiles Latinoamericanos, Revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Volumen 10, Número 21. México.
- Russell, R. & Tokatlian, J. G. (2009). *Modelos de política exterior y opciones estratégicas. El caso de América Latina frente a Estados Unidos*. En revista CIDOB D'AFERS Internacional, Los retos de América Latina en un mundo en cambio. Barcelona: 2009.
- Russell, R. & Tokatlian, J. G. (2013). *América Latina y su gran estrategia: entre la aquiescencia y la autonomía*. Revista CIDOB d'Afers Internacionals n.104, p. 157-180.
- Corporación de Radio y Televisión Española. (2010) *Las revueltas policiales en Ecuador dejan al menos ocho muertos y 274 heridos*. 10 de febrero de 2010. RTVE. Obtenido de <https://www.rtve.es/noticias/20101002/revueltas-policiales-ecuador-dejan-menos-ocho-muertos-274-heridos/358299.shtml>. Consultado el 30/07/2020.
- Sanahuja, J. A. (2009). *Del 'regionalismo abierto' al 'regionalismo post liberal'*. Crisis y cambio en la integración en América Latina y el Caribe. Anuario de la integración regional de América Latina y el Gran Caribe 2008-2009, editado por L. Martínez, L. Peña y Mariana Vazquez (Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales-CRIES).
- Sanahuja, J. A. (2011). *Multilateralismo y regionalismo en clave suramericana: el caso de la UNASUR*. Pensamiento Propio, N° 33, Año 16, pp. 115-158.
- Sanahuja, J. A. (2012). *Regionalismo post-liberal y multilateralismo en Sudamérica: el caso de Unasur*. A. Serbin, L. Martínez & H. Ramanzini (Eds.), El regionalismo post-liberal en América Latina y el Caribe: nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos (págs. 1972). Buenos Aires: CRIES.

Sanahuja, J. A. (2016). *Regionalismo e Integración en América Latina: de la fractura Atlántico Pacífico a los retos de una globalización en crisis*. En Sanahuja, J. A., Pensamiento Propio. América Latina: de la bonanza a la crisis de la globalización, no. 44, Buenos Aires, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2016, pp. 29-73.

Sanahuja, J. A. (2018). *Crisis de globalización, crisis de hegemonía: un escenario de cambio estructural para América Latina y El Caribe*. América Latina y el Caribe: Poder, globalización y respuestas regionales. Buenos Aires: ediciones CRIES (Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales).

Sanahuja, J. A. & Verdes-Montenegro, F. J. (2014). *Seguridad y defensa en Suramérica: regionalismo, cooperación y autonomía en el marco de UNASUR*. En Serbin, Andrés; Martínez, Laneydi; y Ramanzini, Haroldo (Jr.) (Coords.) Anuario de la Integración de América Latina y el Caribe 2013-14, Buenos Aires: CRIES, pp. 487-529.

Sarno, H. (2003). *Lecciones de Geopolítica*. Buenos Aires: Centro FICCH.

Sautu, R. (2005). *Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación*. Buenos Aires: Lumiere.

Serbin, A. (2011). *Regionalismo y soberanía nacional en América Latina: los nuevos desafíos*. En Rojas Aravena, Francisco (ed.), América Latina y el Caribe: multilateralismo vs. Soberanía. La construcción de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, Buenos Aires: Teseo/FLACSO, pp. 49-98.

Soderbaum, F. & Shaw, T. M. (2003). *Theories of New Regionalism. A Palgrave Reader*. Hampshire, Palgrave Macmillan.

Spykman, N. (1975). *América's Strategy in World Politics*. Buenos Aires: Pleamar.

Stockholm International Peace Research Institute. *SIPRI Publication*. Disponible en <https://www.sipri.org/publications>. Consultado el 04/03/2020.

- Storni, S. (1916 [2009]) *Intereses argentinos en el mar*. Buenos Aires: Armada Argentina. [Edición digital en URL: <<http://www.mindef.gov.ar/publicaciones/pdf/Libro-Intereses-Argentinos-en-el-Mar-Segundo-Storni.pdf>>. Consultado el 08-04-2020.
- Tobar Mora, S. E. (2015). *Geopolítica y escenarios regionales de cooperación en seguridad y defensa: el liderazgo brasileño en el marco institucional de la Unasur y el Consejo de Defensa Suramericano*. Quito: Universidad de las Américas.
- Travassos, M. [1930] (1978). *Proyección continental del Brasil*, México, El Cid editor.
- Trias, V. (1967). *Imperialismo y geopolítica en América Latina*, Montevideo, El Sol.
- Tuathail, G., & Dalby, S. (1998). *Rethinking geopolitics*. New York: Routledge.
- Unión de Naciones Suramericanas (2008). *Tratado Constitutivo*. Brasilia.
- Unión de Naciones Suramericanas (2010). *Declaración de Buenos Aires sobre la situación en Ecuador*. Buenos Aires, Argentina. 1 de octubre de 2010.
- Unión de Naciones Suramericanas (2008). *Declaración de La Moneda*. Santiago, Chile. 15 de septiembre de 2008.
- Unión de Naciones Suramericanas (2008). *Declaración de Santiago de Chile*. Santiago, Chile. 11 de diciembre de 2008.
- Unión de Naciones Suramericanas (2013). *Declaración de Lima*. Lima, Perú. 19 de abril de 2013.
- Uribe Escalante, A. K. (2016). *La integración regional en un sistema mundo en crisis. Un análisis geopolítico a partir del caso de la UNASUR*. Chiapas: Centro de Estudios Superior de Mexico y Centroamerica.
- Vazquez, M. (2011). *El mercosur social. Cambio político y nueva identidad para el proceso de integración regional en America del Sur*. Montevideo: Centro de Formación para la Integración Regional (CEFIR).

Velazquez Rivera, E. (1992). *Historia de la doctrina de seguridad nacional* .
Convergencia, 11-39.

Vesentini, J. W. (2007). *La crisis de la geopolítica brasileña tradicional ¿Existe hoy una
nueva geopolítica brasileña?*. Política y Estrategia, 108-117.

Waltz, K. (2005). *El realismo estructural después de la guerra fría*. Farid Kahhat (comp.)
el poder y las relaciones internacionales. México: CIDE.

World Wildlife Found (2012). *Planeta Vivo Informe 2012: Biodiversidad, biocapacidad y
propuestas de futuro*. ISBN 978-2-940443-55-0.

Zakaria, F. (2009). *El Mundo después de USA*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.